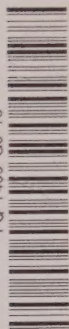


PQ 7499 G6 T5



3 0600 01293 1565

PQ
7499
G6
T5

CALIFORNIA STATE UNIVERSITY, SACRAMENTO

This book is due on the last date stamped below.

Failure to return books on the date due will result in assessment of prescribed fines.

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

Apartado de Correos 117. Madrid (España).

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

TIERRAS MÁRTIRES

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

Tomos publicados últimamente:

- IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristobal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.
Precio: 3 pesetas.
- V.—PEDRO DE RÉFIDE: *Los espejos de Clío*.
Precio: 3,50 pesetas.
- VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana*.
Precio: 3,50 pesetas.
- VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire*. (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)
Precio: 4,50 pesetas.
- VIII.—F. GÓMEZ CARRILLO: *Tierras mártires*.
Precio: 3 pesetas.
- IX.—MANUEL MACHADO: *Sevilla y otros poemas*.
Precio 2,50 pesetas.
- X.—EMILIO CASTELAR: *Vida de Lord Byron*.
Precio: 3 pesetas.
- XI.—R. CANSINOS-ASSENS: *Poetas y prosistas del novecientos*. (España y América.)
Precio: 4 pesetas.
- XII.—R. BLANCO-FOMBONA: *Pequeña Ópera lírica.—Trovadores y Trovas*.
Precio: 3,50 pesetas.
- XIII.—RAFAEL LASSO DE LA VEGA: *El corazón iluminado y Otros poemas*.
Precio: 3,50 pesetas.
- XIV.—JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS: *Paisajes y cosas de Castilla*.
Precio: 3,50 pesetas.

E. GÓMEZ CARRILLO

TIERRAS MÁRTIRES

(SEGUNDA EDICIÓN)

EDITORIAL-AMÉRICA

MADRID

1919

—

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 21

A

RUFINO BLANCO-FOMBONA

HIJO ESPIRITUAL DE FRANCIA,
DEDICA ESTE LIBRO DE LA GUERRA
SU FRATERNAL AMIGO Y COMPAÑERO,

E. G. C.

Madrid, 1918.

I

LOS CAMPOS DEL MARNE

Como hace tres años, voy á recorrer ahora, guiado por un capitán de Estado Mayor, los campos gloriosos y trágicos del Marne. La campiña parisiense, con sus casitas tapizadas de madreselvas, se queda atrás, y las nobles llanuras de la Isla de Francia extienden, ante nosotros, sus líneas onduladas. Yo no había vuelto á pasar por esta carretera desde los días legendarios de la lucha de Ourc. Y á cada instante, sin poderlo remediar, una voz misteriosa murmura en mi alma: "Como hace tres años... como hace tres años..." Es cierto. Pero entonces era en invierno, bajo las últimas lluvias de Septiembre, en una atmósfera gris y helada... Entonces el cañón nos indicaba sitios cercanos en los cuales desarrollábase el drama... Entonces las llamas del incendio iluminaban aún estos paisajes... ¡Ah, mis visiones

de aquellos días, mi primer encuentro con la máscara horrible de la tragedia, mis palpitantes congojas de Monthyon, humeante; de Barcy, convertido en cementerio; de Vareddes, aún lleno de cadáveres!... Los rostros de los lugareños, en aquel momento, no reflejaban sino odio y dolor. En el espacio de unas semanas habían visto destruido todo el fruto de una larga vida de paciente esfuerzo. Sus casas estaban convertidas en montones de escombros. Sus guías espirituales, sus maestros, sus jefes, sus pastores, habían sido llevados como esclavos hacia lugares desconocidos. Sus hijas habían sido violadas, ultrajadas. Y en los campos desiertos, las innumerables cruces rústicas de las tumbas eran los únicos signos de paz y de reposo.

—Esos son los más felices...

Fué un anciano de rostro lívido el que pronunció á mi oído, señalando una sepultura, esta frase desesperada.

Les plus heureux...

Y es que á fines de Septiembre de 1914 todo parecía perdido para siempre en estas llanuras. El cañón anunciaba la victoria militar, y el enemigo retrocedía siempre hacia el Norte. Pero ante sus granjas incendiadas, ante sus tierras convertidas en camposantos, los labradores no veían, para el porvenir, sino miseria.

¿Quién iba á pensar, efectivamente, en que

de nuevo el arado pasara por aquellos interminables cementerios? Como Atila, el kaiser parecía haber secado para siempre la hierba con los pies de su caballo.

Hoy, sin embargo, la vida palpita en estas campiñas. Hoy nada nos habla de muerte, de dolor, de desesperación. Hoy, en medio de los trigales dorados, los rostros rudos sonrín. Hoy, en lugar de cruces, vemos las amapolas que manchan de alegre sangre la llanura.

Y yo pregunto con algo de congoja:

—¿Qué ha sido de las tumbas de hace cuatro años? ¿Dónde han ido á parar los huesos de los héroes del Marne?

—Los campesinos los han reunido en los cementerios provisionales—me contesta mi guía.

Los campesinos han restaurado también sus chozas.

En Francia las horas de desaliento no son nunca durables. Con paciencia y con constancia, el aldeano, después de maldecir su suerte, después de declarar que no le queda ninguna esperanza, después de quejarse de la ruina irremediable, vuelve á la tierra para fecundarla con el sudor de su frente. Ya sea el Croquant del Poitou, ó el Santurlu de Borgoña, ó el Va-nupieds de Normandía, ya sea en tiempo de Enrique IV, ya sea durante la Revolución, ya sea ahora, ya sea en épocas de

sequía ó en épocas de inundaciones, para él la existencia es una perpetua queja y un perpetuo esfuerzo. Oídló hablar, y veréis que nada le resulta nunca como él lo desea. ¿La cosecha? Muy mala, siempre muy mala... ¿El cielo?... Siempre inclemente... ¿La salud? Siempre quebrantada... ¿Los impuestos? Siempre terribles... Y el estribillo final, siempre el mismo:

—Ya no se puede vivir... ya es preciso abandonar la tierra...

Pero hoy, como ayer, su amor del trabajo es admirable. En 1484, un orador de los Estados generales, decía: “Después de las grandes guerras, hemos vistos á los labradores que, por no tener caballos ni bueyes, arrastran ellos mismos el arado igual que animales para abrir el surco.” Luego, durante las campañas napoleónicas, los comisarios denunciaban á los campesinos que, “arriesgando su vida, entregábanse á la labranza en terrenos expuestos al fuego de la artillería”. Ahora, en fin, los generales se quejan de que, “por codicia, los aldeanos de las zonas de combate no quieren abandonar sus granjas, á pesar de las órdenes de la autoridad militar”. Lo de la codicia, es cierto. Comparado con un *cultivateur*, Harpagón resulta desprendido. Pero hay también una gran parte de pasión, de entusiasmo casi religioso, de sentimiento inconsciente, en

el alma oscura y tenaz de los trabajadores de la gleba. Hay pasión, sí, en esa vida de sacrificio constante, y por lo mismo hay goce y orgullo: un goce algo sórdido, un orgullo silencioso, receloso.

*Il n'y a roi ni prince
ni duc"que" ni seigneur,
qui n'vive de la peine
du pauvre laboureur.*

El *pauvre laboureur* de la Isla de Francia ha logrado, en tres años, devolver á los campos del Marne su esplendor y su belleza. Por todas partes la tierra aparece cubierta de mieses que prometen cosechas magníficas, y nuestro guía, hombre práctico, nos da detalles de estadística agrícola.

—*C'est un grenier cette terre*—murmura enternecido.

A mí, más que un granero, me parece un jardín. En las cercas, en los bordes de los caminos, en los patios de las granjas, en las viejas tapias, las flores del campo abren sus corolas humildes. Hay una alfombra roja y azul en el vasto espacio. Y bajo el sol de oro, que todo lo anima, la campiña sonríe feliz, cual si de aquellos días aciagos de 1914 no quedara ya, en el suelo y en el alma, ni siquiera el recuerdo.

En Creil, donde nos detenemos para almorzar, esta sensación de dulzura, de bienestar, de trabajo alegre, se acentúa y se convierte en un símbolo nacional.

Hay en el aire, en el cielo, en los árboles, en el río, en las flores, en la sonrisa de la gente que me rodea, una suavidad ligera y activa, clara y armoniosa, que hace amar la vida en lo que tiene de más humilde y de más íntimo, en sus gracias sin fiebre, en sus dones modestos, en lo que apenas es una caricia que nos envuelve y nos anima, en lo que sólo es un perfume que nos alienta sin embriagarnos, en las miradas juveniles que pasan, en la cordialidad que nos halaga, en el canto de los pájaros, en la sombra de los bosques, en los reflejos del agua.

Para oírlos hablar, hago que los lugareños que se acercan me refieran sus impresiones del principio de la guerra, de la invasión alemana, del incendio de sus casas, de la tragedia local de 1914, en fin. Y como todos tienen algún recuerdo personal, todos quieren hablar á la vez. Pero hay tal cortesía en la buena gente, que nadie se atreve á cortarle la palabra al vecino, nadie grita, nadie gesticula.

—Aquí todo era alemán antes de la guerra —dice una muchacha rubia.

Y como un viejo territorial protesta, ella replica, riendo:

—*Mais oui, mon vieux... mais oui... tout Boche...* ¿Te acuerdas la famosa Sociedad Parisiense de Anilina? El director era un alemán, Mittrueyer, y los ingenieros eran alemanes—. ¿Y la Fábrica de Electricidad? El director era otro alemán, Zingler... Así, cuando las tropas prusianas entraron en la población, los oficiales que las mandaban conocían las casas mejor que nosotros mismos... Pregúntale á M. Verlé, nuestro juez de paz, con quién se encontró al ir al Cuartel general á pedir al jefe “boche” que respetara nuestros bienes... Nada menos que con uno de los ingenieros de la Anilina, á quien había tratado antes amistosamente y que venía de coronel. ¡Ah! ¡Y cómo lo recibió!... Aquí, en tiempo de paz, habíase mostrado muy amable, muy obsequioso, muy entusiasta de todo lo francés. Al volver, á la cabeza de su regimiento, nos llamaba “perros franceses”... Ese fué el que dió la orden de incendiar toda la rue Gambetta...

El viejo territorial no puede ya contradecir y murmura:

—Es cierto... nos habíamos dejado invadir por los “boches” y por sus fábricas...

Creil, á principios de 1914, era una ciudad mitad industrial, mitad campesina, que gozaba, en medio del más bello paisaje de la Isla de Francia, de una existencia paradisíaca. Rodeada de jardines, enriquecíase sin prisa, con-

servando siempre, á pesar de sus 10.000 habitantes, un aspecto de "petite ville" patriarcal y tranquila, apenas turbada al caer de la tarde, por los cortejos de obreros que salían de las fábricas. Un núcleo de familias burguesas, dueñas de las antiguas casas solariegas, formaba lo que en los pueblos pequeños se llama "la aristocracia". Su antiquísima iglesia de San Medardo y algunas nobles viviendas, ennegrecidas por el tiempo, concedíanle un abolengo de antigüedad señorial.

Hoy una gran parte de la población está en ruinas y su industria se halla paralizada. Porque los "boches", queriendo pagar, sin duda, la hospitalidad aquí recibida en tiempos tranquilos, se apresuraron, apenas dueños del lugar, á incendiar los barrios en los cuales no había fábricas alemanas. Y no sólo incendiaron. El relato oficial de los acontecimientos de Septiembre de 1914 contiene la página siguiente, relativa á Creil:

"El 3, bajo la dirección de un capitán que había querido obligar á los señores Guillot y Demonts á que le indicasen las moradas de los propietarios más ricos, invadieron los alemanes las casas, destrozando puertas y ventanas y entregándose al saqueo con la complicidad de sus jefes, á los que iban á mostrar á cada instante las alhajas de que se habían apoderado. Demonts y Guillot fueron conducidos en

seguida al campo, en el que se unieron á un centenar de habitantes de Creil, de Nogent-sur-Oise y de los alrededores. Todos estos prisioneros debieron pasar por la vergüenza y sufrir el dolor de trabajar contra la defensa de su patria, cortando el maíz de un campo que podía dificultar el tiro del enemigo y abriendo trincheras destinadas á proteger á los alemanes. Siete días fueron retenidos, sin darles ningún alimento, y gracias á que las mujeres del país pudieron procurarles algunas provisiones. En este tiempo fueron muertas varias personas de la ciudad. El Sr. Parent, al escaparse, fué muerto en la calle de Víctor Hugo por el disparo de un ulano. Tan pronto cayó, se precipitaron sobre él unos jinetes para registrar sus vestidos. Al Sr. Alejandro le destrozaron el cráneo en la esquina de la calle de Gambetta y de la calle de Carnot. Otros alemanes entraron en el establecimiento de bebidas del Sr. Brèche. Pareciéndoles que no les servía bastante pronto, lo arrastraron hasta el patio de su vecina, la señora Egasse, en el que un oficial, que lo acusó de haber disparado contra los soldados, ordenó, á pesar de sus negativas, que fuese fusilado en el acto. La señora Egasse intentó aplacar á los verdugos, pero recibió el mandato brutal de retirarse. Desde la habitación á que se trasladó oyó las detonaciones, y vió por la ventana el cuer-

po de Brèche tendido en el suelo. Cuando salió, como no pudiese reprimir su dolor, le replicó el oficial: «De un hombre muerto no hacemos caso. ¡Se ven tantos! Además, allí donde se nos tira, matamos é incendiamos.»

“Un joven llamado Odener fué conducido desde Liancourt hasta Creil cargado con un saco de arroz. Al llegar á la plaza de la Iglesia, extenuado por la fatiga y los malos tratos, arrojó la carga é intentó escapar. Dos soldados le apuntaron, hicieron fuego y lo mataron. Otro vecino llamado Leboeuf, que había sido su compañero de cautiverio, murió en Creil al cabo de algunos días, á consecuencia de una herida recibida en la marcha.”

Todo esto la gente de Creil no lo olvida. Ni lo olvida, ni lo olvidará nunca. Pero á pesar de su luto y de sus ruinas, la ciudad ha recobrado su animación, su sonrisa, su espíritu laborioso, su confianza en el futuro, su orgullo del presente, su dulzura de vivir, en fin.

—Es la fuerza de nuestro país á través de los siglos—me dice nuestro guía, oyéndome elogiar esta virtud de la Francia provinciana.

Luego murmura:

—Lo malo es que los extranjeros no conocen sino las fiebres de París, de Niza, de Biarritz, de lo menos francés...

Cierto... Para darse cuenta de lo que constituye el verdadero carácter de este pueblo

fuerte, paciente y sonriente, hay que penetrar en la existencia modesta de sus "petites villes", que continúan cultivando sus antiguas tradiciones en un cuadro de viejas tapias, de viejas torres y de viejos jardines. Hay, en primer lugar, en este carácter, un sentimiento exquisito de la cortesía, de la medida, de la amabilidad. Los campesinos mismos, en la Isla de Francia, conservan algo de aquellas *bonnes façons* que tanto enternecían á Juan Jacobo en la época de sus pastoriles filosofías. El jardinero se acerca siempre con el sombrero en la mano, como en las estampas desteñidas de Emilio, no sólo cuando dirige la palabra á su amo, sino cuando tiene que responder á cualquiera que lo interroga. La hostelera sale hasta la puerta á acompañar al parroquiano que se marcha. La muchacha que recibe un piroppo, lo paga con una sonrisa. El campesino que se encuentra con alguien en el sendero, lo saluda. El burgués que se ve precisado á preguntar por un camino, pide perdón primero, luego da las gracias y se inclina. Y es que la más elemental de las virtudes francesas es la cortesía, una cortesía innata, instintiva, hecha, no de deseos de halagar, sino de la voluntad de gustar; una cortesía que es una coquetería, que tiene algo de voluptuoso, que se complace en sí misma, y que hace de las relaciones sociales, por humildes que sean, un comercio

agradable. “Es el pueblo más sociable del mundo”—dice Kipling. Sin duda, y á un inglés esto le sorprende. Es el pueblo más sociable, porque es el que mejor ha comprendido lo grato que resulta ofrecer una flor para recibir una flor en recompensa. Además, es el pueblo más optimista, más confiado, más ingenuo en sus relaciones. Oid hablar á la gente y notaréis que muy á menudo exclama, refiriéndose á las personas de quienes se trata: “Me quiere mucho.” El cariño, en efecto, es un artículo de primera necesidad en este país. “Puesto que hemos de vivir—piensan todos—, vivamos lo mejor posible, no nos atormentemos inútilmente, gocemos de todos los goces, endulcemos cada minuto la existencia.” Y si esto acarrea el dolor de las desilusiones, en cambio esto establece una general confianza, una general obsequiosidad, un general bienestar moral. Hay que ver en las fiestas públicas y en los lugares públicos el cuidado que cada uno pone en no molestar á los demás. El “perdón, señor”, que á los extranjeros les choca, es un símbolo nacional. En los pueblos pequeños, sobre todo, se pide perdón hasta para entrar en la taberna. ¡Y en la mesa, aun en la mesa de familiar! El acto de comer tiene algo de ritual en este pueblo, que ha hecho de la cocina un arte, del apetito una delicia, del vino un néctar. Es una pura fór-

mula, sin duda, el "perdón" que precede á cada acto social, pero es una fórmula exquisita.

Ahora mismo, alrededor de la mesa de la venta donde unos cuantas lugareños nos acompañan á tomar unas copas, entre *perdones s'il vous plait*, sentimos hasta qué punto la cortesía, al servicio de las almas fuertes, es un resorte de felicidad para un pueblo. Hemos evocado recuerdos amargos. Hemos hablado de los enemigos ancestrales, de los invasores incendiarios. Hemos removido las cenizas de las más crueles memorias. Y, sin embargo, no hemos oído ni frases groseras, ni fanfarronadas violentas. La misma muchacha rubia, sobrina del ventero, que es la más exaltada de todos, la que más hondamente siente el odio del "boche", se ha contentado con servirse de las armas del sarcasmo.

—¡Ah!—exclama—. ¡Lo feos que son con sus barrigas y sus espejuelos!... ¡Ah! ¡Y cómo corrían, después de habernos jurado que estaban aquí para toda la vida!...

Luego, ella, y los demás, han hablado de la victoria y del porvenir con una confianza sencilla y sincera; han hablado de sus esfuerzos por reconstruir lo destruído; han hablado de los esplendores del estío.

Y cuando un anciano ha dicho á la moza si su boda es para este año, ella, franca, clara, encendida de esperanza, ha contestado:

—¡Ojalá!...

Y todos han reído, apurando una nueva copa y diciendo, con el brillo de sus ojos, el poema de la *donceur de vivre*.

De Creil á Château-Thierry, el viaje es un paseo por un parque, un paseo algo largo, pero que hemos escogido de intento para recorrer los bosques armoniosos de Ermenouville y de Halatte, donde los alemanes creyeron triunfar en 1914, y los campos idílicos del Valois, poblados de fantasmas galantes. A cada paso se nos figura oír un nombre ilustre acompañado de un nombre acariciador. Por aquí paseaba Jean Jacques, soñando en Heloísa; por aquí se encuentra una torre donde el rey Enrique visitaba á la bella Gabriela; por aquí está el lugar donde el Taso comenzó su *Jerusalén Libertada*; por aquí se descubre, de vez en cuando, la mano de mago de Le Notre; por aquí nació Racine; por aquí vivió La Fontaine...

Justamente á hacer una visita á La Fontaine vamos. Pero al llegar á su villa natal, el que nos sale al encuentro no es el indolente fabulista, sino el general alemán von Kluck...

Von Kluck... ¡Cuánto tiempo hacía que yo no escuchaba este nombre, ayer popular, ayer mundial, ayer legendario y hoy ya casi tan

remoto como el de los héroes de guerras antiguas!... Von Kluck... Por aquí pasó, según me asegura mi guía; aquí estuvo con sus tropas, aquí dejó su Estado Mayor... Y aquí no se condujo como en otros lugares vecinos. Aquí casi puede decirse que se mostró caballeroso y clemente. Aquí no fusiló alcaldes, ni incendió iglesias, ni saqueó palacios... Sus oficiales, que permanecieron en este mismo castillo durante una semana, no pensaron sino en comer y beber. Uno de ellos, que había vivido antes en la ciudad y que conocía á todas las familias ricas, llamó á la puerta una mañana, de principios de Septiembre, y preguntó al jardinero si la vieja Fany estaba siempre en la cocina.

—Siempre—contestó el jardinero.

—¡Ahl, muy bien—clamó el ulano, frotándose las manos de alegría—. En ese caso, no tienen ustedes nada que temer. Lo único que pedimos es que la famosa Fany se encargue de hacernos nuestra comida. ¡Aún me acuerdo de un admirable *ragout* que aderezó el año pasado, la última vez que su amo me invitó á cenar!... Es una maestra, la buena Fany... Vaya usted á decirle que el varón von Stein, que antes era viajante en cobres de arte y que ahora es coronel de S. M. el Kaiser, desea saludarla...

Después de repetirme este noble discurso,

mi "cicerone", me asegura que desde el 3 hasta el 9, ó sea durante toda la ocupación prusiana de Château-Thierry, los oficiales de von Kluck no pensaron sino en saborear los platos de la tía Fany y en cantar coplas francesas bajo estos árboles seculares.

—Ella los domesticó—murmura, con una sonrisa socarrana.

Ella, sin duda, ella con sus *ragouts*... Pero también el paisaje, también el aire suave, noble y galante del lugar. También la sombra de La Fontaine, que sigue errando por estos boscajes, con su sonrisa burlona, glotona y bonachona. Hay cuadros que no se prestan á la tragedia. Una hecatombe, en estos parques señoriales que parecen conservar el ritmo malicioso de las viejas violas á cuyos acordes danzaban las amigas del fabulista, es una cosa absurda. Una lucha en trajes de seda y de encajes, una lucha de caballeros armados de lanzas, eso sí, eso se comprende. Pero una matanza como las actuales, no. Las mismas ruinas del viejo *château*, que tan formidables parecían á los contemporáneos de Luis XIV, no resistirían á un solo cañonazo de una pieza mediana. Por fortuna, los obuses alemanes no han querido aquí deshonorarse como en otros lugares cercanos, destruyendo una inofensiva reliquia histórica. Nada, ó casi nada de malo hicieron en realidad los hombres de von

Kluck en Château-Thierry. En el relato oficial de las atrocidades no se encuentran sino estas líneas relativas á esta ciudad:

“En Château-Thierry, en donde permanecieron las tropas alemanas desde el 2 hasta el 9 de Septiembre, el saqueo se efectuó á la vista de los oficiales. Más tarde, los médicos militares que se habían quedado en la ciudad después de la marcha de su ejército, fueron comprendidos en un canje de prisioneros. Abiertos sus bagajes, se encontraron en ellos varias prendas de vestir procedentes de saqueo de las tiendas.”

Ahora bien: el saqueo, el simple saqueo, sin incendios, sin fusilamientos, sin violencias, sin rehenes, casi representa un estado paradisiaco en la crónica de los acontecimientos de hace tres años. Desde las altas terrazas del castillo que domina los verdes campos de la Brie, se descubren aldeas mártires, aldeas que conservan recuerdos trágicos y siniestros, aldeas que asistieron, impotentes, á las más espantosas orgías de sangre, de vino y de sacrificio. Allá, hacia el Oeste, se halla Senlis, cuyos nobles hoteles fueron quemados; cuyo alcalde fué asesinado...; aquí, más cerca, hacia el Sur, se hallan los campos de desolación y de abominación de Meaux, con sus iglesias en ruinas y sus cementerios de víctimas civiles; aquí, hacia el Norte, se halla Villers Cotterets, donde

las mujeres llevan aún luto... En Château Thierry no hubo nada verdaderamente grave, nada realmente trágico. Cuando, en nombre de los burgueses del lugar, un funcionario municipal salió al encuentro del jefe de los invasores para pedirle que respetara los bienes y las vidas, el militar tudesco, que era una especie de Porthos rubio, exclamo:

—¡Ahl ¡Ahl... ¡Ya tenéis miedo!...

El funcionario se echó á reir:

—Miedo—dijo—. En esta ciudad, ni las liebres tienen miedo...

—Así me gusta.

Luego, el Estado Mayor vino á instalarse en esta casa, que la gente llama castillo, y que es, en realidad, una suntuosa villa edificada por un rico industrial en medio de un parque antiguo. Y aquí, gracias á la cocina de Fany, gracias á los encantos del lugar, gracias á la suavidad irónica y socarrona del pueblo, los mismos que la vispera habíanse complacido entre llamas y matanzas, se convirtieron en pacíficos saqueadores de casas linajudas. Los buenos burgueses los veían llenar las maletas de *bibelots*, de cubiertos de plata, de adornos femeninos, y sonreían. “Mientras no se atrevan á entrar en la vivienda de La Fontaine—decían todos—, que hagan lo que quieran.” Porque aquí la religión local es el culto al gran poeta, y el más venerado santuario es la

vieja casa solariega, casa en que se conservan los libros, los papeles, las estampas, los tinteros y las plumas del glorioso *bonhomme*.

—¿Quiere usted un consejo?—murmuró el funcionario al oído del comandante de la plaza.

—Prefiriría un jamón y unas cuantas botellas de Borgoña—contestó el germano.

—Para todo hay tiempo.

—Pues venga el consejo.

—Que no se les ocurra á los soldados penetrar en el Museo La Fontaine, si desea usted vivir en paz.

Porthos se puso serio. Que los soldados no profonaran aquel templo de los recuerdos locales, parecíale muy justo. Pero, ¿y él?... ¿No podía él solo visitar el hogar del fabulista?... Era justamente su autor favorito.

—Usted, sí—contestóle el concejal.

Y se fueron juntos al barrio silencioso, donde el *manoir* alza su torrecilla y juntos admiraron el orden claro del aquel interior burgués del tiempo de Luis XIV. Y al marcharse, emocionado, el alemán dijo al francés:

—Debe usted estar orgulloso de ser paisano de un poeta tan grande. Nuestro Goethe sabía sus fábulas de memoria. Yo, también..

Luego, al encontrarse juntos en la calle, como el alemán parecía buscar algo con la vista, el francés preguntóle:

—¿Quiere usted ver otras cosas?

—Estoy tratando de descubrir el torreón de María de Mancini... Por aquí debe encontrarse, puesto que La Fontaine podía desde su ventana saludar á su linda vecina...

Hoy, después de ver por fuera la casa del poeta, esta casa que él mismo describió diciendo que era una "bicoca cubierta de teja, con un jardincillo delante y un gallinero detrás", nosotros también queríamos descubrir el torreón en el cual soñaba y se aburría la gran musa de La Fontaine. En toda la calle no se encuentra una sola torre. Las casas, con sus ventanas cuadradas y sus portalones oscuros, parecen viviendas de canónigos. Pero balconcillo florido como aquel en que la dama melancólica esperó en vano, durante años y años, el regreso definitivo del duque de Bouillon, no hay ninguno.

—*C'est bien la province française*—murmura melancólicamente mi guía.

En realidad, es una aparición encantadora de la antigua Francia, con su gravedad discreta y risueña, con su calma algo monótona, con su elegancia un poco gris, con su amor de las líneas puras, de las balaustradas cubiertas de hiedra y de los nobles enrejados, con su silencio, que no es nunca tétrico, que no es nunca completo, que está lleno de rumores galantes que suben de los jardines, y de melodías

suaves que se escapan por las ventanas, con su sentimiento de las gratas reverencias de las imágenes irónicas y de las claras ambiciones, en fin... Y aquí, esta aparición se anima al recuerdo del gran hombre que pasó su vida entre estas piedras y que fué, con su gracia bonachona, con su espíritu sutil y burgués, con su urbanidad risueña, con su profundo sentido de la existencia voluptuosa y tranquila, la encarnación verdadera del alma francesa de antaño.

II

LOS ALEMANES EN COMPIEGNE

— Aquí estuvieron..., aquí se instalaron como para no volver á marcharse... aquí ataron sus caballos en los troncos de los árboles... aquí las mujeres de mala vida vinieron á buscarlos, con la esperanza de tomar parte en el saqueo... Aquello comenzó el 1.º de Septiembre, hace tres años, en 1914...

Y el poeta Gabriel Monrey, conservador del palacio de Compiègne, continúa lentamente, melancólicamente, la historia patética de aquellos días en que los alemanes se creían dueños para siempre del castillo de Napoleón, del parque de María Luisa, de los baluartes de Juana de Arco... Sin prisa, nos paseamos bajo los tilos que abrigaron el último idilio imperial. Aquí, á nuestra derecha, está el emparrado que la archiduquesa austriaca, convertida en señora del mundo, mandó construir,

para recordar su jardín de Schoenbrunn... Aquí está el banco rústico en el cual, una noche, una clara noche de verano, el vencedor de Austerlitz se arrodilló antesu "fiel" Louise, para jurarla que no había visto á Josefina... Aquí las blancas estatuas, en sus actitudes seculares, nos invitan, con gestos mitológicos, á no evocar sino memorias galantes. Y hay tal embeleso en el aire sueve de la tarde, hay tal encanto en los boscajes del parque, hay tal paz en el ligero temblor de las flores, que las palabras de mi mentor me parecen un cuento extraño, una historia de otros tiempos, de otros lugares, casi de otros mundos.

—El primero que llegó—me dice—cuando los ingleses desalojaron el parque, fué un general muy cortés, muy serio, que antes de hablar de la guerra, me pidió como un favor especial que le enseñara la alcoba del emperador. Yo tenía pocas ganas de abrir las puertas del palacio. Pero el deseo de humillar á aquel hombre, mostrándole las reliquias de nuestro héroe, me hicieron apresurarme á complacerle... "Esta es su cama—murmuraba,—esta es su mesa, esta es su almohada". Y con la cabeza descubierta inclinábase trémulo de emoción y de respeto... Luego, cuando salimos del santuario, después de detenernos un instante en el *boudoir* de la emperatriz, me estrechó la mano, diciéndome que aquello

había sido una de las más hondas emociones de su vida... “No tema usted nada—agregó;—no hay un alemán, por bárbaros que ustedes nos crean, que sea capaz de profanar este relicario de la epopeya francesa”. Poco después, otro general, igualmente cortés, me entregó un papel que decía: “Queda terminantemente prohibido penetrar en el palacio, que contiene obras de arte, que nadie debe tocar.” Pero ¡ay! al mismo tiempo aquel hombre, excusándose, hizo arriar la bandera francesa y enarboló, sobre nuestra fachada, el negro pabellón alemán!... ¡Si usted hubiera visto lo que pasó en mi alma! Todo el espacio parecióme, de pronto, ennegrecido. Todo el parque se me antojó cubierto por la sombra cruel de aquel trapo que palpitaba allá arriba. Los tilos, las parras, las flores, todo era oscuro. Todo era lúgubre... Ahora mismo, cuando pienso en aquello...

Ahora, sin embargo, todo es oro, púrpura y esmeralda, todo sonríe con sonrisa de gozo, todo canta, todo murmura en el jardín. Los alemanes, desde hace tres meses, se hallan tan lejos, que ni siquiera pueden ya entregarse á su *sport* de enviar unas cuantas bombas de vez en cuando para asustar á los pájaros que pueblan las enramadas. Y más le-

jos todavía están los recuerdos de 1914, los tristes días en que el vuelo del águila extranjera amenazaba el relicario de la otra águila, del águila latina. Dijérase que es el alma fría de su creador la que anima, esta tarde, las enramadas que nos rodean. Hay algo de "muy siglo xviii", algo de muy Luis XV en este paisaje armonioso, apacible, ligero y galante. La interminable alameda de los tilos extiéndese, penetrando en el corazón del bosque vecino. De trecho en trecho, otros caminos transversales se abren con misterio para ir hacia los quioscos propicios. Entre la hierba, las flores de tiempos pasados, las flores que se encuentran en los viejos libros pastoriles, los jacintos, las anémonas, las violetas, las flores pasadas de moda, rompen la monotonía del verde tapiz. De vez en cuando se descubre una estatua con su zócalo cubierto de musgo y de rosas. La brisa suave y tibia nos trae del fondo del parque aromas fugaces de mirto, de lavándula y de romero, con algo misterioso que se nos antoja una añeja exhalación de pelucas empolvadas.

—¿En qué piensa usted?—me pregunta mi mentor al verme distraído.

Como sé que él piensa en otra cosa, le contestó:

—En lo que usted me decía.

Entonces continúa su relato de guerra en estos términos:

—A pesar de la orden escrita del general von der Marwitz, los soldados comenzaron por invadir el antiguo Cuerpo de Guardia. El parque se llenó de carros, de cocinas de campaña, de aparatos de ingeniería. La primera noche un capitán, que no tenía la cortesía de sus jefes, exigió que encendiéramos todas las luces eléctricas. Luego, un pregón nos hizo saber que el alcalde del pueblo había sido detenido, y que al día siguiente sería fusilado en caso de que á algún alemán le pasase algo desagradable. La verdadera ocupación militar á la prusiana, con sus amenazas, sus exigencias y su método de terror, comenzaba. El 3 de Septiembre pasó un regimiento, después otro, después otro... Todos iban cantando, todos llevaban su rumbo fijo, todos estaban seguros de que entrarían en París al paso de parada... Los que se quedaban aquí, no perdían oportunidad de interrogar á la gente sobre las delicias de la capital. Este mismo palacio parecíales despreciable, comparado con lo que se figuraban que iban á poseer en París. “¡París!...” Note usted que estábamos á principio de Septiembre, y que la ironía que más tarde habíamos de poner al repetir aquel estribillo, era entonces angustia. De los alrededores nos venían noticias desesperantes.

La ola enemiga arrollaba nuestras fuerzas. Gallieni preparábase á resistir en las calles, si era necesario. La visión de una lucha en la cual nuestra gran ciudad iba á sufrir los horrores del bombardeo nos oprimía el pecho. Y mientras tanto aquí, los oficiales eruditos, lectores del Baedeker y adoradores de recuerdos históricos, no me dejaban un instante tranquilo. Era preciso ser el guía perpetuo de aquellos señores. Yo había establecido un curso de esplendores pasados y me vengaba de mis carceleros exaltando el recuerdo de nuestras glorias. Desde aquí, por las tardes, complacíame en irles enseñando las huellas de nuestros huéspedes de antaño. Ellos abrían la boca llenos de respeto y pedían más detalles, siempre más detalles. Aquellas murallas ruinosas—decíales—son las que Juana de Arco defendió contra los borgoñones... ¡Juana de Arco!... Aquí Luis XV recibió á María Antonieta cuando vino para casarse con el delfín... Aquí Napoleón, el gran Napoleón, el dueño del mundo, pasó su luna de miel con Maria Luisa.

Juana de Arco, Luis XV, María Antonieta, Napoleón, María Luisa... ¡Cuánto fantasma glorioso bajo estas enramadas!... Gabriel Mourey los evoca por orden, ejerciendo de con-

servador de los recuerdos, lo mismo que es conservador de palacio.

—Napoleón es tan grande, tan absorbente —murmura— que lo invade todo, lo conquista todo, y hasta de este paisaje, que no es de su época, hace un panorama imperial... Los otros huéspedes desaparecen ante su sombra...

Es cierto, tan cierto, que ni siquiera se nota la presencia en el desfile de los augustos fantasmas, de un rey español que cambió sus dominios por este palacio y este parque. ¡Pobre y débil Carlos IV, juguete del gran aventurero corso, y que vino aquí sin corona, sin cetro, sin honra, para soñar, en estas alamedas, los más vanos sueños! Yo me lo figuro de pie en uno de los boscajes, tal cual lo pintó Goya, con casaca, calzón y chupa de color de pasa, bordados de plata y llevando al cuello, como supremo signo de ironía, el collar de la Orden de Cristo de Portugal... En un medallón que contempla, aparece una dama delgada, de perfil imperioso, vestida con una basquiña negra, una falda naranjada y una mantilla de blonda. “Mi reina—murmura—, mi reina amada, la única que me ha sido siempre fiel...” Y de entre las ramas sedesgrana una lluvia de trinos burlescos é irrespetuosos, iguales á los que otra noche habían comentado la fe de Napoleón que, á los pies de su emperatriz, se creía el hombre más amado del mundo... Y por prime-

ra vez aquellos dos soberanos, tan grande el uno, tan miserable el otro, me parecen iguales al presentármeme con sus caras serias de maridos burlados, en este parque que fué creado por el frívolo Luis XV para idilios sin fe, sin penas y sin consecuencias...

—Los alemanes—me dice Mourey sacándome de mis meditaciones filosóficas—, los alemanes...

—¡Ah! sí... los alemanes... Continúe usted.

Mi buen mentor sonríe melancólicamente, contemplando el desfile de los fantasmas imperiales y de los fantasmas reales, que convierten este parque en uno de los sitios más animados de la historia francesa... Juana de Arco y Napoleón, la archiduquesa austriaca y el pobre rey español sin cetro... Y antes de ellos, cuando aún no había aquí ni emparra-dos, ni palacios, otros reyes, otros príncipes... Y después, casi en nuestros días, ya en plena república, un emperador, entonces todopoderoso, hoy cautivo, el infeliz Nicolás de Rusia... ¡Cuánta corona!... ¡Cuánto manto de armiño!... Y de todo, apenas queda en el ambiente un poco de gloria mezclado con un poco de tristeza...

—Los alemanes mismos—murmura Gabriel Mourey—pasaron para no dejar sino las hue-

llas de sus botas en los pavimentos... ¡Con qué orgullo marchaban, creyéndose dueños de todo!... “Cuando S. M. el Kaiser se digne venir—me dijo una tarde un capitán—será preciso alojarlo en los aposentos de Napoleón.” Aquella soberbia, aquella *assurance*, me indignaban entonces. Ahora comprendo que á eso es á lo que se debe la conservación de los tesoros históricos del palacio. Creyendo que todo les pertenecía durante mucho tiempo, pusieron empeño en conservarlo intacto. El día en que impusieron á la ciudad una contribución de quinientos mil francos, el intendente de von Kluck, después de contar el dinero, exclamó contemplando las obras de arte de uno de los salones: “Esta suma es una miseria comparada con lo que valen los tesoros aquí amontonados.” Y con sus ojos claros examinaba los muebles, como si quisiera juzgar de su valor. Todos los oficiales, hasta los que menos aire de artistas tenían, esforzábanse por hacer gala de sus conocimientos históricos y arquitectónicos. Me acuerdo de un grupo de tenientes, muy finos de aspecto, que invadieron, el 4 de Septiembre, la galería Coypel, y que se empeñaron en hacerme comprender que lo único que Francia necesita para ser el país más dichoso del mundo, es un rey. “Vea usted este palacio—me decían—, vea usted Versailles, vea usted Fontai-

nebleau, vea usted todas las grandes cosas de su patria: no hay una sola que no esté llamando á gritos una restauración monárquica." Yo me reí de ellos. Ellos no se enfadaron. Al marcharse, uno exclamó: "Un día ú otro un futuro rey francés hará la alianza franco-alemana, y entonces seremos hermanos." Yo me divertía, por la tarde, recordando estas tonterías, cuando el jardinero me trajo la copia de un cartel impreso que el comandante de la plaza acababa de hacer colocar en la puerta del Ayuntamiento, y en el cual se amenazaba á la población con el incendio, en caso de que algún paisano atacará á algún soldado ó cortara las líneas telefónicas de campaña. Por fortuna, nada grave pasó. Pero yo temblaba ante la idea de que un borracho tuviese la ocurrencia de cortar el teléfono ó de atacar á un militar. Cada día algún nuevo funcionario se instalaba en el Komandatur y daba órdenes, profiriendo amenazas. Con cualquier pretexto, aquellos señores hablaban de fusilar. Para salir del placio, yo y los demás empleados teníamos necesidad de una tarjeta llena de firmas. Eramos prisioneros. Y con el alma acongojada, yo no perdía de vista á los innumerables oficiales que iban y venían, que invadían mis salones, que daban gritos imperiosos, que pedían víveres, que examinaban los muebles con ojos recelosos. El 6, por la

mañana, tuve un susto terrible. Estaba vistiéndome cuando de pronto oí algunos disparos de fusil. ¿Sería el ataque provocado ó simulado, para poder realizar las amenazas de incendio? Precipitéme hacia la terraza, y en la escalera me encontré con un capitán de ulanos que vociferaba, amenazando á un guardián con su revólver. “¿Qué pasa?”—preguntéle. Él me contestó: “Que no salga nadie de aquí..., que se cierren las puertas..., que nada se mueva mientras yo no vuelva...” Y desapareció como un fantasma. Al cabo de dos horas, viendo que no volvía, me decidí á salir. No había un solo alemán en el parque. Todos habían desaparecido. En los alrededores, tampoco había nadie. Por la tarde supimos que el Estado Mayor había ido á instalarse al Hotel de la Pasarela, del otro lado del Oise. ¡Libres!... Nos sentimos libres, nos encontramos solos, sin carceleros, sin enemigos. ¡Libres! No puede usted imaginarse nuestra alegría.

Al recuerdo de aquellas horas en las cuales tuvo una prematura ilusión de libertad, mi mentor sonríe con las pupilas lucientes de alegría. Toda una tarde, según me dice, la pasó examinando el daño que los enemigos habían hecho al noble palacio napoleónico. “En realidad—exclama—nada ó casi nada.”

Y abriendo su cartera, me hace leer la pá-

gina escrita en su cuaderno de apuntes aquel mismo día.

Hela aquí:

“Comment se peut-il, nous écriions-nous, en examinant minutieusement chaque pièce, qu'ils n'aient pas pris ceci, qu'ils n'aient pas pris cela, qu'ils aient épargné ceci, qu'ils n'aient pas même touché à cela? Ils ont pénétré partout, ils ont ouvert toutes les portes, portes d'appartements, portes de vestibules, portes d'armoires, portes de meubles, ils ont ouvert tous les tiroirs de toutes les commodes, de tous les secrétaires, de toutes les tables du palais, ils ont traîné partout, dans toutes les caves et dans tous les combles. Qui aurait pu les empêcher de faire main basse sur n'importe lesquels des objets d'art et des objets usuels dont les palais est plein?”

“Qu'ont-ils volé? Bien peu de chose, et la liste, heureusement, en est courte:

„Les seize grandes pièces, rois, reines, fous, cavaliers et tours en corail et en lave sculptés du jeu d'échecs offert par Caroline de Naples à Napoleón 1^{er};

„Près d'une douzaine et demie de poignards, stylets, trousses faisant partie des panoplies qui ornent les murs de la salle des Gardes;

„Uu sujet de pendule en bronze doré, du premier Empire, représentant Atalante;

„Trois flambeaux en bronze doré;

„Un binet en bronze ciselé appartenant à un candélabre en biscuit de Sèvres;
„Enfin, huit couvertures de laine.“
Luego, tornándose sombrío, agrega:

—Mi alegría no duró sino un día... El 8, un soldado vino á ordenarme que preparara alojamiento para un general, para un gran general, para el más gran general... „¿Von Kluck?“—le pregunté—.El se echó á reir.“ Más grande“, me dijo. Poco después supe por el director del Haras de Compiègne que acababan de llegar algunos oficiales de la guardia personal del kaiser, y que, seguramente, Guillermo II tenía la firme intención de esperar en este palacio la conquista de París. El 9, sin embargo, no recibí sino la visita de un coronel que quiso visitarlo todo, como sus compañeros y que exclamaba: „¡Kolossal! ¡Kolossal“ á cada paso. Pero el 10, ¡ay!, la horda entera volvió á invadir el parque, las galerías, los salones, todo, todo... En la plaza, frente á la entrada, un batallón entero se detuvo. En la verja, dos centinelas montaron la guardia con caras crispadas y ojos terribles... ¿Sería el kaiser que llegaba? No. En la insolencia del jefe que daba órdenes, se adivinaba que no había ningún gran general en las inmediaciones. Para todo, gritos y blasfemias. „¡Que abran

las ventanas!“—dijo, como si mandara bombardear—. “¡Que se alejen los guardianes!“ “¡Que lo traigan!“ Y yo me figuré que iban á traer algo enorme, cuando penetró, sonriente, erguido, desdeñoso, un pobre soldado francés prisionero. Al verlo, el jefe germano se calmó y ordenó que dieran café al cautivo. *Merci*—contestó el soldado con aire burlón—. “¡Que se lo lleven!“ Y se lo llevaron, Dios sabe á dónde. Luego comenzó una visita militar minuciosa. Los oficiales hablaban entre ellos y examinaban, desde las ventanas, los puntos estratégicos. Se veía que estaban dispuestos á defenderse dentro del palacio. Yo temblé por las reliquias, por los objetos de arte, por los muebles históricos. Pero al mismo tiempo sentí la inefable alegría de pensar que si se preparaban así á defenderse, era porque los nuestros los perseguían... En efecto, por la noche, el rugido del cañón se aproximó. Al mismo tiempo, las noticias tristes comenzaron á circular. En los viejos hoteles cercanos, los oficiales organizaban orgías, saqueaban las bodegas, obligaban á las mujeres de mala vida á bailar con ellos... Se notaba un gran desorden, una gran agitación... Y por la mañana del 11, los regimientos enemigos principiaron á desfilar hacia el Norte... ¿Era el éxodo? Nosotros ignorábamos la derrota del Marne; nosotros no sabíamos nada á punto

fijo. Pero adivinábamos que algo pasaba y que ese algo no era lo que esperaban los alemanes. ¡Ah, no!... ¿Dónde estaba el “nach” París de los primeros días de Septiembre? Ya nadie hablaba de París. Ya no se hablaba tampoco de los “grandes generales” que debían venir... Ya no pensaba nadie en María Antonieta, en María Luisa, en Luis XV... Toda la elegancia erudita de los caballeros de monóculo había desaparecido. Una fiebre general animaba á los alemanes, que bebían, que gritaban, que pasaban corriendo, que parecían no entenderse entre sí... ¡Bendito sea Dios!., El 12 vimos un interminable desfile de carros de cañones, de caballos, de ambulancias. Era el éxodo, al fin, el éxodo verdadero, el éxodo definitivo... ¡Se iban!... Se iban todos, se iban sin volver la vista hacia atrás; ¡se iban con prisa, nerviosos, en montones!... Y el rugido del cañón acercábase de hora en hora, llenando el aire, haciendo temblar los vidrios de las ventanas... Eran los nuestros, que se aproximaban... ¿Serán franceses ó ingleses?—nos preguntamos todos. En el fondo, lo mismo daba... Pero, íntimamente, deseábamos que fueran franceses... ¡Ah! La dicha de volver á contemplar nuestro uniforme, de volver á oír nuestras canciones de marcha, de volver á escuchar bromas de cuartel, francas é ingenuas!... Al fin, por la tarde, supimos que eran

los nuestros, en efecto, los que se acercaban. Los habíamos esperado con paciencia diez días, y de pronto los instantes nos parecían largos, largos... Y los alemanes seguían pasando... ¡Qué día!...

Después de un largo silencio, mi amable mentor concluye diciéndome:

—Iban hacia allá, hacia el Norte... Un gran silencio reinaba en el parque... De nuestras almas, que habían sufrido tanto, una oración elevábase, una oración de gracias... Pero, al mismo tiempo, las llamas del espacio nos hacían temblar de piedad y de espanto... ¿Qué ardía á lo lejos?... Era una tarde como ésta, con luces de fragua en el poniente... ¿Ve usted?...

En el fondo, por encima del Bosque, una inmensa llamarada enciende el ocaso... Ahora que los alemanes están muy lejos, muy lejos, allá por Noyon, allá por Coucy, sabemos que no son ni las aldeas ni los castillos de las inmediaciones los que arden, que no es sino la apoteosis del sol en su agonía. Pero sin duda, aquella tarde del éxodo, aquella tarde sagrada en que las alas de la victoria pasaron por encima del palacio napoleónico, las iluminaciones de lontananza deben de haber tenido una grandeza de tragedia...

III

NOYON

¿Qué será de Noyon, qué de sus monumentos, qué de sus reliquias históricas, qué de sus viejas casas abaciales y de sus jardines sombríos?... En este vasto panorama de ruinas, la esperanza de encontrar intacta la cuna de Calvino resulta absurda. Lo mismo que en las aldeas, en la noble ciudad los alemanes han debido encarnizarse contra las piedras que guardan los anales franceses... Y del fondo de mi memoria surge la imagen de *la belle ville endormie dans son passé*, tal cual le vimos todos los peregrinos apasionados hasta hace tres años, con la noble masa negra de su catedral, con las claras galerías de su Biblioteca de los Canónigos, con la fachada florida de su Ayuntamiento en una plaza que es una joya, con sus tapias claustrales, con su fuente alegórica de las virtudes cardinales,

con su atmósfera pensativa, silenciosa y tibia; con su murmullo de preces, con su olor de humedad y de incienso, en fin... Y en la melancolía de mis evocaciones, la ciudad aparece en toda su grandeza remota. "Ahí en ese pueblo que hoy no debe ser sino una subprefectura de tercera clase—me digo—fué donde nació la nación francesa." ¡Cómo olvidar, en efecto, que hace mil años, según rezan las letras carcomidas de una lápida, fué allí elegido rey el fundador de la dinastía que reinó hasta el siglo XVIII en Francia, y que sigue reinando en España? Y alrededor de Hugo Capeto, ¡cuántas otras figuras augustas en este nido de águilas, en el cual yace Chilperico, del cual sale coronado Carlomagno, en el cual oran San Medardo y San Eloy!...

A medida que nos acercamos á Noyon, el campo parece menos desolado. Los campesinos trabajan tranquilamente, y el trigo extiende sus ondas áureas á uno y otro lado de la ruta. De trecho en trecho, en las puertas de las granjas, destácanse, como recuerdos de la ocupación, letreros alemanes: "Eingang"... "Rein Ausgan"... "Lebensgefaher"... En los cráteres abiertos en la tierra negra por las explosiones de las bombas, la hierba ha crecido ya, "la buena hierba florida del buen

Dios", convirtiendo estos agujeros redondos en jardincillos agrestes. La carretera, según parece, fué desempedrada por los zapadores germanos la víspera de la retirada general. Pero ya los franceses han reparado el daño, y los carros de la Intendencia, que forman inmensos cortejos, ruedan por aquí tranquilamente.

—Vea usted—me dice mi guía levantando la mano—; vea usted... la catedral...

Ya estamos en la puerta de la ciudad, en efecto. Por encima de los techos álzanse, armoniosas y grises, las torres de Nuestra Señora. Están intactas.

Un sargento de la territorial, que sale á nuestro encuentro para pedirnos nuestros "papeles", nos dice:

—Aquí no hay muchas ruinas materiales. Ningún edificio público ha sido destruído. El Municipio, la plaza de la Villa, la Biblioteca de los canónigos, la catedral, todo está como antes de la guerra. Sólo esta calle y el boulevard exterior y algunas casas del centro han sido destruídas por las explosiones...

En el barrio por el cual penetramos en la cuna de Calvino se ven, realmente, algunas ruinas. Pero ¿qué importancia tiene eso, puesto que el viejo centro de la ciudad ha guarda-

do sus viejas tapias conventuales, sus viejas iglesias, sus viejos hoteles abaciales, sus viejos torreones tapizados de yedra?... Hay en los rostros de los habitantes una expresión extraña, que hace pensar en los convalecientes, en los escapados de presidio, en los náufragos que se salvan. Hay alegría y espanto en esos ojos. Hay dolor y dulzura en esos labios. Los niños juegan en las plazas y los ancianos charlan en las puertas de las tiendas. No vemos más que ancianos y niños.

—Los que podían luchar, los que podían trabajar, fueron enviados como cautivos á Alemania—nos dicen todos.

Una anciana de rostro gris, en cuyos ojos se lee una tristeza infinita, murmura:

—Mis nietas... mis nietecitas.

Y sin poderse contener, rompe á llorar, silenciosamente, como una estatua milagrosa de cuyos párpados de piedra brotaran lágrimas.

¡Cuántas otras abuelas, cuántas otras madres se hallan en el mismo caso! Porque antes de marcharse los oficiales alemanes escogieron á las muchachas más guapas del pueblo y se las llevaron "para su servicio"... El comandante de Ham, que viendo á una linda niña de diez y seis años le dijo cínicamente al alcalde: "esa es para mí", no es un tipo único en ese ejército de reitres. En Noyon, más de cincuenta militares escogieron también sus pre-

sas, sin que el general se diera siquiera por enterado de tamaño crimen. A las que lloraban se las tapaba la boca con un pañuelo. A las madres que protestaban se les contestaba con sarcasmos obscenos.

—Además—nos dice un funcionario municipal que nos sirve de *cicerone*—, se llevaron cerca de 800 personas, entre las cuales se hallan los cinco curas de nuestras parroquias, nuestro juez, M. Hubert; el director de *El Liberal de Noyon*, M. Vidal; nuestros únicos médicos, los doctores Vedoudart y Hallot; el marqués de Escayrac, el director de la gran fábrica, M. Kiener: lo más notable, en fin.

A medida que nos acercamos del centro, yo reconozco las calles vetustas, los paredones carcomidos, los ventanales señoriales, los pórticos labrados. Las huellas de la invasión han desaparecido por completo. Una vida lenta, apacible, igual á la de antaño, anima la vieja ciudad monástica. Los curiosos detalles que en otro tiempo me interesaron, vuelven á interesarme hoy. He aquí una capilla gótica convertida en taller...; he aquí una fachada de convento en la cual campea un rótulo industrial...; he aquí un ábside románico en el cual hay un puesto de frutas... Y al final de una

calle callada y solitaria, he aquí, al fin la plaza del Mercado, con sus casitas del siglo xvii, muy estrechas, muy puntiagudas, muy ligeritas... He aquí el Bazar, he aquí las *Nouvelles Galeries*, he aquí la *Grande Epicerie*, he aquí la Farmacia, he aquí la casa Gasset, con sus escaparates tapados... Es la existencia entera de la *petite ville* francesa, en la cual hay de todo y todo es pequeño, todo es tradicional, todo viene de padres á hijos.

¿Y la fuente, la fuente de Chilperico, de Carlomagno y de Hugo Capeto?

—*La voilà.*

Es cierto: en el centro, detrás de una barraca de tablas, está intacta, ofreciendo siempre la frescura de su chorro, atrayendo siempre con el prestigio de sus inscripciones, inspirando siempre curiosidad con la inocencia de sus figuras alegóricas, la famosa, la tutelar fuente de las Virtudes Cardinales. El Amor acaricia siempre á un cordero...; el perro está siempre en su lugar, con su hocico leal...; las flechas se salen siempre del carcaj... Es la fuente de Noyon...

Sin prisa, como romeros que saben gozar del día, de la hora, del lugar, vamos hacia la catedral por las viejas calles noyonesas y nos detenemos á cada paso para admirar algún

detalle pintoresco. Toda la antigua Francia revive aquí, con sus nobles líneas armoniosas y sus matices discretos. Estamos en pleno verano, y, sin embargo, el cielo es gris, de un gris algo celeste, con ligeros reflejos de cobre y con suaves pátinas de humedad. No sin algo de nostalgia, pienso en otras ciudades hermanas de ésta, que en otros países representan una concepción tradicional de vida y de belleza. Pienso en la púrpura de Sena, en el azul de Venecia, en la blancura de Cádiz. Y me pregunto: "¿Cuál es el color de Noyon, cuna de la Francia monárquica?" Pero Noyon no tiene color, no tiene más que medias tintas y claroscuros. Sus altas tapias, á lo lejos, se funden en el ambiente pardo. Si estuviéramos en España, pensaría que tanta penumbra responde á una voluntad monacal. En Francia no es la Iglesia, sino la clase media enriquecida y ennoblecida, la que así se hizo antaño una existencia de puertas adentro, una vida entre grandes patios y grandes jardines. Hay, sin duda, en las plazas que atravesamos y en las calles que recorreremos huellas de alto clero. Hay casas que son nidos de canónigos, colmenas de monjes, retiros de beatas. Hay, sobre todo, mansiones solariegas, no de las que ostentan en sus fachadas orgullosos escudos de piedra, sino de las otras, de las que abrigaron á las familias de los magistrados de pe-

luca, de los consejeros del Parlamento, de los cancilleres provincianos, de los prebostes municipales, de los contralores de Hacienda. De vez en cuando, al ver que un portalón se abre, me figuro que voy á asistir á la salida de *Monsieur le Procureur* en su carroza ó de la señora consulesa en su silla de manos. Mi *cicerone* me dice: "Si Calvinio resucitase, reconocería su casa y su barrio." Ni los siglos, en efecto, ni las guerras, ni las revoluciones, han logrado hacer cambiar el carácter de este pueblo silencioso y orgulloso, lento y contento. Sólo que no es á Calvinio, con sus fiebres de fanatismo, con sus exaltaciones de reformador, con sus energías de iluminado, á quien evoco, sino á los consejeros y á los canónigos algo ironicos que acogieron sus ideas con una sonrisa, pensando cuerdamente que en asuntos religiosos lo mejor es no meterse é discutir lo que manda la Santa Iglesia.

—Vea usted—exclama de pronto, en la esquina de la calle de los Tanneurs, mí guía.

Unas cuantas casitas humildes, sin ninguna importancia histórica, sin ninguna gracia arquitectónica, aparecen, desventradas, enseñando el interior calcinado de sus estancias. Los alemanes las mandaron saltar el mismo día en que abandonaron la ciudad como para ha-

cer ver á los noyoneses lo que eran capaces de hacer con sus bombas perfeccionadas. La puerilidad, la inutilidad de este juego de niños bárbaros, inspira sonrisas más que cólera. ¿Para qué un crimen tan pequeño?... Para nada; para dejar siquiera un recuerdo...

Ante los escombros, mi *cicerone* me hace leer un cartel de la *komandatur* pegado aún en una tabla, y que dice: "Aviso al público.—Se recuerda á la población, que por orden superior todos los habitantes del sexo masculino, de edad de doce años para arriba, deben saludar cortésmente á todos los oficiales del ejército de su majestad, así como á los funcionarios asimilados y con rango militar. El comandante de la plaza ha notado que, á pesar de las ordenanzas anteriores sobre esta materia, muchos hombres, en especial los muy jóvenes, no saludan ó lo hacen de un modo inaceptable. En consecuencia, y para evitar medidas rigurosas, la población queda invitada á conformarse de una manera estricta á este aviso." Mi guía sonríe.—Tenían empeño—murmura—en obligarnos á adoptar la cortesía prusiana, que consiste en inclinarse ante los uniformes. Fué una lucha de tres años. Dejar de obedecer era imposible. Pero nosotros nos arreglábamos de tal suerte, que los oficiales inteligentes hubieran preferido no ser saludados. Un día les hacíamos ceremonias de

corte, como las que se usan en el teatro. Otro día les saludábamos militarmente, cuadrándonos. Otro día, á la mosquetera, con un amplio ademán ciranESCO... ¡Si no hubiera sido más que aquello!—Y mi buen noyonés, tornándose grave, exclama:

—¡Si supiera usted lo que fué nuestra existencia!... A cada instante era una amenaza, una injuria, un susto. En Agosto de 1914, cuando los alemanes llegaron ebrios de orgullo, seguros de su triunfo, nos trataron como si hubiéramos sido un tribu rebelde. Fué el último día del mes. Los jefes que mandaban las tropas dirigieron al Ayuntamiento, donde se encontraba nuestro alcalde, el sabio M. Noel, senador y director de la Escuela de Artes y Manufacturas de París. Sin respeto por su edad ni por su nombre, que todos ellos conocían, lo amarraron y se lo llevaron. Detrás de él iban también los dos tenientes de alcalde, M. Jouve y Falix, atados á los estribos de dos capitanes. El calor era espantoso. El pobre M. Jouve, que no podía seguir el trote del caballo al cual iba atado, cayó al suelo. Un soldado le obligó á levantarse á culatazos. Y así recorrieron todas las calles nuestros magistrados municipales, entre las risas de los alemanes. Cuando se convencieron los invasores de que no había tropas francesas escondidas en las casas, soltaron á nues-

tros pobres alcaldes y les metieron en calabozos, declarando que en cuanto le sucediese algo á algún germano serían fusilados los tres. Y para hacernos ver que no bromeaban fusilaron, frente al Ayuntamiento, á M. Dévaux, industrial modesto que no quiso abrir las puertas de su casa á un grupo de sargentos... Por fortuna, no pasó nada en las tabernas, donde los soldados, apenas libres del servicio, se reunían para beber y cantar. Nuestros compatriotas evitaron las disputas para no dar pretexto á que M. Noel fuese víctima de la crueldad teutónica. El comandante de la plaza, un tal Josepshon, una vez seguro de que no tenía nada que temer de los noyoneses, ocupóse de saquearnos. Todas las cosechas de trigo, avena, cebada, etc., fueron requisicionadas. Todos los campesinos fueron obligados á trabajar sin retribución ninguna. Vea usted... Vea usted...

En una esquina mi *cicerone* me enseña un cartel firmado por el coronel Gloss, que dice literalmente:

“Todos los obreros, y hombres y niños de más de quince años, están obligados á los trabajos del campo todos los días, también los domingos, de las cuatro de la madrugada á las ocho de la noche.

„Los que se muestren perezosos serán separados y trabajarán á las órdenes de solda-

dos, y luego serán encarcelados; alimentos para éstos: sólo pan y agua.

„Las mujeres perezosas serán enviadas á Holnon para trabajar; luego, seis meses de prisión.

„Los niños perezosos serán estimulados á palos.

„El comandante se reserva, además, el derecho de castigar con 20 palos al día á los obreros que no trabajen.“

—¿Qué le parece á usted el régimen á que estuvimos sometidos durante tres años?—me pregunta mi *cicerone*.

—Vamos á la catedral—le contesto.

En la plaza del Parvis, entre los severos muros de la catedral y las armoniosas fachadas de las casas de los canónigos, en la suavidad gris y florida de este rincconcillo de la antigua Francia cristiana y sibarita, es donde mejor se siente el contraste de esta continuidad de una vida milenaria, en medio de una comarca asolada. ¿Por qué ninguna de estas piedras, que conservan las huellas de varias generaciones de reyes y de santos, tentó al enemigo? ¿Por qué los alemanes de Noyon no se condujeron lo mismo que los alemanes de los pueblos comarcanos?

—Un milagro de Nuestra Señora—mur-

mura un joven sacerdote que ha venido á colocarse á nuestro lado, deseoso de enseñarnos su catedral. Pero otro sacerdote que también nos acompaña y que parece, con su cara pálida y seca, una figura de piedra salida de un nicho del ábside, sonríe maliciosamente y contesta:—No es á Nuestra Señora, no, á quien le debemos el milagro, sino á un hereje... No hay que olvidar que Noyon es la cuna de Calvin y los alemanes se preparan á celebrar el cuarto centenario de la Reforma... Más de una vez, los militares que venían á visitar nuestro gran santuario, nos decían que un día ú otro, gracias á ellos, este templo dejaría de ser un lugar de idolatría para convertirse en una basílica del calvinismo...

—Lo importante—exclama el clérigo mozo—es que no hayan destruído nada, que no se hayan llevado siquiera los ángeles de bronce del altar mayor.

En el interior de la catedral, en efecto, todo parece intacto. Sólo las campanas y las trompetas del órgano fueron requisadas por la *komandatur* para fabricar proyectiles. Lo demás está en su sitio, como hace cuatro años, como hace cuatro siglos... Mis compañeros de viaje, que no tenían idea de que Noyon poseyera una iglesia tan admirable, se muestran

maravillados ante la belleza de las naves. Desde la entrada, el conjunto aparece en todo su esplendor, sin que ninguna de sus partes se interponga entre el vestíbulo y el ábside. Es quizás el único santuario de Francia que así se ofrece en su total hermosura al que penetra en su seno. “En nuestras catedrales—dice Hallays—admiramos el coro, luego cada nave, luego el santuario, y cuando queremos abarcarlas de una sola ojeada, nos sentimos asombrados por su grandeza; pero nuestra vista no experimenta el mismo placer. En nuestra Señora de Noyon, colocándonos junto á la primera puerta central, vemos una obra armoniosa sin la menor discordancia: la unidad del edificio es incomparable; el coro es el remate de la inmensa nave gótica, que parece encaminarse hacia esa encrucijada de luz con un ritmo tranquilo; esta es la singularidad artística del monumento”. Nosotros, en esta tarde de penumbra, sin tiempo para apreciar los detalles de la fábrica y las preciosidades de las ornamentaciones, nos contentamos con sentir la impresión inefable de la atmósfera de paz y de austeridad que reina bajo las altas bóvedas. No hay un alma en el místico recinto. Un absoluto silencio, sólo interrumpido por nuestros pasos indiscretos, llena el espacio. Un ligero aroma de flores y de incienso flota en el aire tibio. En los altares las llamas de los cirios

iluminan, temblando, los pies de Nuestro Señor y los mantos de las madonas milagrosas. Los ángeles de bronce que sostienen el altar mayor brillan apenas en la sombra. El coro está vacío. Hay algo de mortuorio, algo de exquisitamente acongojador, algo que despierta imágenes de consoladora melancolía... Y para aumentar esta sensación, las enormes losas funerarias del pavimento, con sus epitafios y sus versos latinos, nos recuerdan que nos hallamos en uno de los más antiguos panteones de Europa. En una lápida tumbal de cobre aparecen las escenas del día del Juicio esculpidas por un artista que quiso, sin duda, inspirarse en las danzas macabras de la Edad Media, y que rodeó al Juez Supremo de esqueletos envueltos en sudarios desgarrados. En medio de los huesos corren unas estrofas que no alcanzamos á descifrar.

—Es la tumba de Coquevil—murmura el sacerdote joven que nos acompaña.

De pronto, como para animar las figuras de la lápida, un largo lamento se escapa del órgano nuevo y llena de armonías descarnadas el santuario. Es el lamento angustioso, monótono, interminable y entrecortado de suspiros del *Dies iræ*... Es el *Dies iræ*, *Dies illa*, que á través de los siglos hace estremecerse á los

mueritos en los féretros de las catedrales góticas... Es el himno del eterno terror, del eterno vacío, del eterno desprecio de la carne... Y poco á poco, escuchando sus notas solemnes, se me figura que los versos que antes no podía leer se iluminan de claridades fosforescentes para clamar la terrible vanidad de todo con las palabras del antifonario:

*Dies iræ, dies illa,
crucis expandens vexilla,
solvent, sæculum in favilla
quantus Tremor est futurus,
quando Judex est venturus
cuncta stricte discussurus...*

Todos los cuadros trágicos que antes hemos visto en nuestras excursiones de estos días, todos los huertos talados, todas las aldeas convertidas en campos de escombros, todos los cementerios profanados, todo lo que es el horror y las miserias de la guerra, aparece de pronto amontonado en un panorama de sangre, de lágrimas y de fuego ante mis ojos alucinados. El inmenso santuario que antes era un refugio de paz, de esperanza, de consuelos, de preces graves, se convierte, poco á poco, en un antro de visiones macabras. La voz milenaria de la Muerte llena las naves, tratando de escaparse por los ventanales para ir á clamar al mundo entero el espanto de la

guerra, para ir á implorar la piedad universal, para ir á despertar á las almas que duermen en medio de la tormenta.

*Oro suplex et acclinis,
cor contritum quasi cinis,
gere curam mei finis...*

Mis compañeros, que también deben experimentar entre este clamor de voces implacables una sensación penosa, se encaminan hacia el atrio en silencio. El aire frío refresca nuestras sienes, y el espectáculo provinciano, gris, discreto y bienaventurado de la plaza del Parvis, con sus macetas, en las cuales se marchitan los últimos geranios del año, nos devuelven poco á poco la calma de los nervios. Algunos pasos la Librería de los Canónigos, con su fachada carcomida, nos habla de la existencia tranquila de esta ciudad, que ni aun durante los largos meses del cautiverio perdió su serena gracia monótona. Las casas burguesas, cuyos portalones están siempre entreabiertos, dejan ver el lento ir y venir de las buenas mujeres que trabajan.

Uno de los sacerdotes que nos ha acompañado nos habla con orgullo de las bellezas de la catedral y de sus altas torres chatas que levantan sobre nuestras cabezas sus masas negras.

—Hay que ponerle una vela á Calvino—nos dice sonriendo—, si es cierto que á su intercesión le debemos el haber conservado intactos nuestros tesoros... Ustedes han visto que en el interior del santuario no faltan sino las trompetas del antiguo órgano... Pero ya tenemos otro, ustedes lo han visto... Y lo importante era que no destruyeran los altares... El altar mayor es uno de los más preciosos que hay en el mundo... Los arqueólogos lo encuentran un poco frívolo para nuestra iglesia... Dicen que los ángeles de bronce que lo sostienen parecen cupidos paganos... Lo cierto es que es una joya... Yo siento un verdadero placer cada vez que lo contemplo... Hace un momento, cuando oíamos el órgano nuevo, yo no pensaba sino en la pena que me habría causado la ruina de ese altar... ¿Están ustedes contentos de su visita?...

—Muy contentos—contestan mis compañeros—, mucho... Ha sido el espectáculo más agradable de nuestro viaje...

Oyéndolos así hablar me convenzo, con algo de rubor, de que el único que ha sufrido, el único que ha creído escuchar voces trágicas, el único que ha sentido un lamento desgarrador en el fondo del alma, he sido yo...

IV

EN LOS CAMPOS RECONQUISTADOS

Haciendo parar el automóvil en las cercanías de Chauny, nuestro guía nos invita a continuar á pie nuestro camino, para darnos una cuenta exacta del estado en que estos campos, ayer risueños, han sido dejados por los alemanes. A derecha é izquierda extiéndense las líneas negras de las trincheras abandonadas, bombardeadas, removidas por las zapas y por las minas. Hay ahí en esas interminables fosas comunes muchas reliquias macabras y muchos recuerdos épicos. Ahí lucharon, cuerpo á cuerpo, haciendo prodigios de valor, los héroes republicanos y los héroes imperiales. Ahí se leen, confundidos, al pie de cruces rústicas, nombres germanos y nombres franceses. Ahí se descubren todavía jirones de uniformes grises y de uniformes

azules, fragmentos de armas, cascos de granadas y también, cuando se escarba un poco, miembros humanos arrancados por la metralleta. En los labios del oficial que nos acompaña, y que fué uno de los actores del drama de Abril, se nota un ligero temblor, que á mí se me antoja de preces piadosas por las almas de sus pobres compañeros caídos en estas siniestras zanjias para no levantarse más.

—¡Qué días aquéllos!—murmura, evocando las rudas peleas de hace tres meses.

Hoy, sin embargo, no es la batalla lo que nos interesa, sino la tierra redimida, el suelo mártir que, después de un cautiverio de tres años, sufrió, antes de sentirse libre de la planta enemiga, una terrible agonía. Durante días y días una verdadera tormenta de hierro y de fuego sacudió estas campiñas, convirtiéndolas en un infierno. Por todas partes la huella del odio, la huella de la rabia, la huella de la voluntad devastadora, la huella de la locura sanguinaria, la huella de la ferocidad humana aparece, á cada paso, metódica, casi científica. No hay nada que sea obra del puro azar. El orden más absoluto ha presidido á la catástrofe. Las aldeas incendiadas, los pozos cegados, los árboles cortados, los campos talados, las granjas destruídas, todo lo que es

ruina ha sido objeto de un plan metódico. En una orden del día que los ingleses encontraron en la *komandatur* de Demicourt, y que lleva la firma del comandante Tyede, se leen las líneas siguientes:

“El jefe de los zapadores dirigirá en persona la destrucción de las localidades á medida que sean desalojadas por las tropas imperiales. La destrucción de Grevillers, Biefvillers, Aubin y Avesnes comenzarán á las tres. Para cubrir los grupos encargados de incendiar, cada comandante de sector dará dos suboficiales y 20 hombres de los batallones B y dos enfermeros con camillas. La destrucción de Farreuil, de Benguatre y de Freuicourt comenzará el segundo día de marcha, á las tres. La destrucción de Morchies será ejecutada en la mañana del tercer día y deberá estar terminada á las cinco. La destrucción de Lonveral, Boursies y Demicourt comenzará el mismo día. Para estas destrucciones el jefe de zapadores se entenderá con el comandante del sector III de la vanguardia de la división 8, mayor Nechtrichz, de modo que todas las no indicadas sean llevadas á cabo por la división S. La destrucción de todos los pozos, fuentes, etc., es indispensable.”

Y para darse cuenta del escrupuloso modo de cumplir estas órdenes, hay que recorrer las campañas de estos alrededores de Chauny,

hay que ver las ruinas de los pueblos, hay que contemplar la desolación de los huertos. Tres amigos españoles me acompañan hoy en mi excursión por las tierras reconquistadas. Los tres han visto ya escombros y campos de batalla. Y, sin embargo, los tres confiesan que no hubieran nunca creído que se pudiera convertir una comarca rica, fértil, activa, en el erial siniestro que visitamos.

—Allá hubo una aldea—nos dice cada cinco minutos nuestro guía, señalándonos un punto del horizonte.

De esas aldeas no queda nada, nada, nada... Haciendo alardes de despilfarro, los zapadores de Tyede y de sus colegas empleaban toneladas de explosivos para volar unas cuantas casas, un campanario, algunas granjas... Y la lista es tan larga, tan larga, que resulta imposible publicarla. “Entre Nesle y Peronne—dice el *rapport* americano—no queda sino un desierto.” Lo mismo puede decirse del espacio comprendido entre Noyon y San Quintín, entre Chauny y Ham... Las estepas más áridas de Castilla pueden apenas dar una idea de lo que es el antiguo Noyonnais, que hasta hace cuatro años parecía un jardín.

Nuestro guía nos repite:

—Ahora van ustedes á ver Chauny...

Chauny era una villa industrial de 12.000 habitantes, famosa por sus fábricas de espejos. No tenía monumentos antiguos, y sus casas, de ladrillo, carecían de belleza. Durante treinta meses, los alemanes vivieron en Chauny satisfechos, según sus propias declaraciones, de la actitud pacífica de sus habitantes. Nunca nadie les dió pretexto á represalias. Y, sin embargo, Chauny es, realmente, la obra maestra de la destrucción. Con método, con calma, los alemanes, al notar que sus primeras líneas del frente de Noyon comenzaban á caer en poder de los franceses, preparáronse á abandonar Chauny á su manera. Durante una semana, dos compañías de zapadores visitaron los sótanos de las casas, una por una, y colocaron en ellas la cantidad de explosivos indicada por la *komandatur*. Algunas infelices familias, temiendo por sus vidas, quisieron abandonar sus hogares. La policía se lo prohibió. Había que dormir sobre la dinamita, había que esperar, había que tener paciencia... Al fin, sonó la hora de la retirada, y la población fué autorizada á refugiarse en las inmediaciones para contemplar el espectáculo maravilloso de la voladura general. En una hora, todo fué consumado.

—Ya ven ustedes lo que queda—nos dice nuestro guía.

No hay una sola habitación intacta, habita-

ble, reparable siquiera. La pobre ciudad ha desaparecido para siempre.

Mis compañeros recorren las calles, silenciosos, emocionados, preguntándose, sin duda, cuáles pueden ser las razones militares de este atentado contra la vida de un pobre pueblo de trabajadores. En Lovaina, al principio de la guerra, los germanos invocaron, para excusar su vandalismo, la dura necesidad de castigar á los paisanos, que, según ellos, habían atacado á las tropas imperiales. En Chauny, no hubo ni la sombra de un atentado.

Pero, á decir verdad, Chauny no me conmueve más que cualquiera de las aldeas que hemos visto antes convertidas en eriales, y hasta siento, ante sus calles de necrópolis, menos tristeza que ante algunas granjas aisladas, de las cuales sólo quedan las cenizas.

Toda la comarca es un campo de escombros. Las estadísticas oficiales son espantosas. En las tierras reconquistadas en la primavera de este año hay 250 pueblos destruídos, 36.000 casas destruídas, 222 iglesias destruídas... De los árboles frutales, el 90 por 100 fué talado. Las fábricas fueron incendiadas en su totalidad. ¿Y los habitantes?... El prefecto del Paso de Calais escribe: "En las comunas de mi departamento abandonadas por el enemigo, no se ha encontrado un solo habitante"...

Y uno se pregunta con angustia, pensando

en las 563 aldeas que quedan en poder de los alemanes, lo que aún habrá que ver mañana, cuando todo el territorio esté reconquistado...

Al salir de Chauny para recorrer de nuevo las campiñas vecinas, nuestro guía nos hace leer una nota de la Embajada Alemana en Berna, en la cual se anuncia solemnemente al mundo que las "medidas tomadas durante la retirada de Noyon fueron tomadas muy á pesar del buen deseo de S. M. el Kaiser y sólo para asegurar la tranquilidad de las tropas imperiales conforme á los métodos modernos de guerra".

¡Los métodos modernos! No hay un solo pueblo en las vastas comarcas ocupados por los germanos cuyos habitantes de más de diez y seis años y de menos de sesenta hayan podido, salvo casos de salud aceptados por los médicos militares, escapar á esa forma contemporánea de la esclavitud que se llama "la deportación". Las escenas que en Noyon, en Nesle, en Ham, en Fremicour provocaron las órdenes de deportaciones fueron tan crueles que los mismos oficiales encargados de ejecutarlas se sintieron más de una vez emocionados ante tanto dolor. En Nesle, el 17 de Febrero de este año, en el momento de llevarse á unas cien muchachas condenadas á los duros

trabajos del campo, un capitán declaró que "no podía resignarse á tal oficio" y pidió á sus jefes que lo relevaran de su misión, "tan ajena á la guerra". Por desgracia no todos fueron como éste. El relato francés publicado por el Gobierno dice: "Un día de Noviembre de 1915, una mujer, enloquecida de dolor, presentóse dando gritos ante el Municipio de Chauny. Pedía que le devolvieran á sus hijas, que habían sido deportadas á un lugar desconocido. El alcalde, lleno de piedad, condujo á aquella infeliz al despacho del comandante militar Bergschmidt, de la reserva prusiana, abogado del colegio de Berlín. Este militar echó á empujones á la mujer, diciéndole que dejara de molestarlo. Luego, dirigiéndose en tono descompuesto al alcalde, exclamó: "Usted debiera saber, puesto que se lo he repetido cien veces, que las palabras humanidad y piedad están borradas del Diccionario." Después de hablar así despidió también al alcalde, empujándolo. Casos como éste los hay á centenares, á millares, en el proceso que Francia instruye en las tierras reconquistadas. Cada vez que algún ingenuo cura, algún infeliz maestro de escuela, algún inocente edil pedía á los incendiarios que tuvieran lástima de sus pobres aldeas, los militares, impasibles, contestaban:

—Son las leyes de la guerra moderna. To-

dos los países harían lo mismo puestos en nuestro caso.

¿Es esto cierto? No lo creo. No puedo creerlo. Pero si en realidad la guerra científica obliga á las tropas de países civilizados á arrasar el terreno por el cual pasan, á no dejar detrás de sí más que cenizas, lágrimas, maldiciones; si el progreso militar ordena tanta barbarie, tanto horror, tanto exterminio, convengamos en que los tiempos de Atila eran menos inhumanos que los nuestros.

No es siquiera indispensable penetrar en los pueblos para notar la dureza metódica con que los invasores trataron esta comarca antes de abandonarla. Entre Lasigny y Noyon, en el vasto campo de líneas armoniosas que era ayer el vergel de la Picardía, sólo se extiende ahora un desierto. Los grandes chopos murmurantes que daban sombra á la carretera yacen en el suelo, descuajados. "Es para interceptar el paso del enemigo", dirá, sin duda, la *komandatur*. Muy bien que los chopos sufran en nombre de la seguridad de los hombres. Pero ¿y los pobres manzanos, y los frágiles almendros, y los infelices cerezos? Pero ¿y los arbustos de los huertos? Pero ¿y los simples plantíos de flores?... No se comprende el móvil de la larga, de la ardua, de la pa-

ciente labor que consistió en ir cortando, uno por uno, todos los árboles frutales, todas las plantas floridas de estos humildes cotos. ¿Qué mentalidad pudo presidir á esta hecatombe de ramas inofensivas? Por insensible que uno sea, al cabo de algunos minutos de muda contemplación, no puede menos que sentirse el alma inundada de congoja ante una obra que ha sido ejecutada por seres como nosotros, por hombres que son nuestros semejantes.

Desde una altura desierta descubrimos, á lo lejos, ruinas de alquerías, de pueblos, de granjas, de iglesias, de fábricas... La tarde está brumosa y bajo el cielo gris, de un gris muy suave, los horizontes se estrechan entre tenues muselinas de niebla. Es el cielo y la atmósfera que convienen á estas comarcas húmedas, tibias y melancólicas, donde la vida tiene siempre algo de velado, algo de quieto, algo de contemplativo. De las copas abatidas de los árboles que el sol del verano ha tostado, elevase un interminable murmullo de quejas y de preces. En un estanque el agua verde tiene fosforescencias cadavéricas. Todo nos habla de muerte.

—¡Cuánta desolación!—dice mi grúa.

Y yo recuerdo otras jiras de otros tiempos ya lejanos, otros paseos autumnales por estos

misimos campos antes risueños, antes ricos, otros días pasados en las márgenes floridas del Oise. Recuerdo Noyon, donde Oscar Wilde encontraba un encanto sólo comparable con el de Oxford. Recuerdo los paisajes discretos que para Ruskin eran "entre Amiens y Arras, con sus álamos y sus fuentes", más bellos que los de Italia. Recuerdo mis siestas de pescador que no pescaba nunca, bajo los manzanos que se miraban en los arroyos... Y con el pecho oprimido, me pregunto si realmente esta campiña es la misma de antaño, de un antaño que fué ayer y que parece remoto; si esta Isla de Francia es la de Racine, la de La Fontaine, la de cien idilios legendarios; si es la región de los boscajes geórgicos, de los firmamentos color de flor de malva, de las inspiraciones suaves, ligeras, apenas veladas de voluptuosas soñaciones.

No, este Noyonnais ya no es el mío, ya no es el de los horizontes limitados por verdes florestas, ya no es el de los huertos que parecían jardines, el de las canciones campesinas, el de las romerías apacibles, el de los perennes rumores de campanas, el de la lenta labor virgiliana... ¿Qué puede cantar en una comarca de donde hasta los pájaros han huido? Una estadística oficial nos asegura que de las 37 al-

deas que componían, en 1914, el distrito de Roye, no quedan sino tres. De las 19 del distrito de Ham, quedan 4... Y como las aldeas, sus coronas de frondas han desaparecido en la tormenta de hierro, de fuego, de odio. Y del paisaje, del suave paisaje francés, no se ve ahora sino el esqueleto.

Silenciosos y acongojados, continuamos nuestro camino, meditando en eso que se llama "los horrores de la guerra", en eso de que todos hablan y que nosotros sentimos hoy con más fuerza que en ninguna de nuestras excursiones anteriores. Todo es horror, en efecto, en esta comarca. Todo es horror metódico, todo es obra matemática de desolación, todo es resultado de un cálculo de pesadilla. Y uno piensa, por la centésima vez, en cuál puede ser la idea fundamental de este sistema espantoso que no perdona ni los árboles ni las chozas, que todo lo arrasa, que todo lo tala, que todo lo incendia. Allá, á comienzos de la tragedia, cuando las tropas germánicas, al penetrar en las ciudades, mostrábanse despiadadas, podíase creer en un principio casi bíblico, que consistía en aumentar la visión terrorífica para lograr más pronto la victoria, "Huid de nuestras huestes—parecía decir von Kluck—; huid de nuestro brazo vengador y dejadnos el terreno libre para que nuestro dominio haga reinar pronto la paz alemana." Pero hoy, des-

pués de tres años de lucha, hoy que el mundo se ha convencido de que ni los más inverosímiles azotes logran amedrentar á los pueblos, no se percibe claramente el resorte moral que así mueve á las masas destructoras de campos y de aldeas.

—¡Ved!—exclama nuestro guía señalándonos un huerto intacto.

El espectáculo es tan inesperado, que todos nos detenemos para contemplarlo. Y, sin embargo, no hay en él nada de grandioso, nada de bello. En medio de una estrecha pradera verde corre un arroyo de aguas claras. Una cortina de álamos temblorosos limita un plantío de habas. Unos cuantos parrales cuyos racimos brillan al sol con traslucideces de granate alegra el cuadro. En el fondo de mi memoria, una voz algo pedante murmura: “És el mismo paisaje que llenó de regocijo el alma de Ulises en el país de Nausícaa: es el mismo riachuelo, son las mismas viñas, son los mismos arbolitos, son las mismas habas.” Cierto. Pero no es el recuerdo de la poesía clásica lo que nos hace encontrar tanto encanto en un panorama que ayer se nos hubiera de seguro antojado insignificante en esta tierra de praderas, de granjas y de linfas cristalinas, sino el contraste entre lo que su aspecto representa

en la vecindad de tanta desolación. Como no hay aquí ni riquezas que puedan tentar á los conquistadores extranjeros, ni alturas que puedan inquietar á los estrategas, como no hay más que una estrecha llanura muy humilde, ningún capitán germano quiso detenerse para destruir unas cepas y un huertecillo. Y los álamos siguen temblando de placer al contemplarse en el arroyo.

—¿Sabe usted para qué han dejado esto intacto?—me pregunta mi guía.

—No—le contesto.

—Pues para hacer sentir mejor los horrores del resto del paisaje...

Algo ingenuas me parecen en su diabólica complicación estas explicaciones. Pero no hay duda de que, sin quererlo, los alemanes han aumentado el horror de los campos talados y asolados con esta mancha verde, fresca, idílica en medio del gran desierto del Noyonnais...

V

HABLANDO CON LOS QUE SALEN DEL INFIERNO

Al llegar á la frontera suiza, nos encontramos con una sorpresa, que, en un principio, nos parece desagradable. “La visita de los pasaportes para los viajeros—nos dicen—no se verificará sino dentro de dos ó tres horas.” Y cuando preguntamos el porqué de tal retraso, el inspector de Policía, que preside á nuestras evoluciones con aire impasible, conténtase con señalarnos del otro lado de una barrera de hierro un cortejo extraño y lamentable.

¿Es un pueblo entero que emigra, huyendo de alguna catástrofe?... ¿Es un éxodo de réprobos, que van á pagar en el destierro algún crimen común?...

¿Es una tribu maldita que recorre el mundo doblugada por el peso de pecados milenarios?...

—Son los repatriados—murmura alguien con voz llena de emoción.

¡Los repatriados!... ¡Los infelices que, después de vivir dos años en los departamentos del Norte de Francia, bajo el yugo extranjero, comienzan á obtener, gracias á la diplomacia española, salvoconductos para salir de la tierra mártir!... Y el cuadro más espantoso de esta espantosa guerra, el que no está animado por sublimes heroísmos de guerreros, aparece, de pronto, ante nuestra vista con todos sus dolores, todas sus crueldades, todas sus miserias y toda su inverosímil grandeza. Basta contemplar estos rostros para comprender lo que es la tragedia de los territorios ocupados. Cada uno de estos seres, lívidos, crispados, deshechos, parece salir de algún antro dantesco.

—¿No podríamos hablar con ellos?—le pregunto al comisario.

—En el *buffet* pueden ustedes ver á los que ya han pasado por la Aduana—me contesta.

Y ahí les encontramos, ante las mesitas llenas de vituallas, comiendo cual autómatas, silenciosos, medrosos, con algo de fantasmal en los gestos.

—¿Viene usted de los departamentos del

Norte de Francia?—pregunto á una anciana de nobles facciones y de blanca cabellera.

Sin contestarme siquiera, vuelve la cabeza hacia un sacerdote que lee cerca de ella un libro de horas.

—¿Y usted?—digo á otra.

—Yo vengo de Avesnes en el Norte... Yo soy parienta del diputado de Fontaine...

—¿Qué impresiones tiene usted de su largo cautiverio?

La anciana me contesta con un ademán vago, triste, desmayado, que indica un terrible cansancio de la vida, una gran desesperanza de la suerte.

¿Lograré hacer hablar á alguna de estas infelices? Todas parecen obedecer á una consigna. Todas huyen de mis indiscretas y piadosas curiosidades. Todas parecen avergonzadas de haber sufrido tanto, tanto, durante tanto tiempo.

—Monsieur—oigo, al fin, que me dicen.

Una mujer rubia, aún joven, de una delgadez cadavérica, y que oye mis preguntas con interés, me hace sentar á su lado.

—Lo que hemos sufrido—me dice...—sólo Dios lo sabe... Yo vengo de Lille, en donde poseía una papelería elegante, en el centro de la población... Tengo dos hijas; pero, afortuna-

damente, ninguna de ellas ha cumplido los doce años... Porque el peligro mayor es ser mujer joven... Con las niñas no se atreven. Con las muchachas, en cambio, no se puede saber lo que hacen... De repente, en medio de la noche, llaman á las puertas de las casas, entran armados y exigen que todas las mujeres se levanten, sin darles tiempo de vestirse... Una vez, hace cuatro meses, en Septiembre último, al oír los gritos que daban al lado de nuestra casa, ocurrióseme abrir la ventana y vi salir á unos cuantos soldados, revólver en mano, llevándose á las tres hijas de un relojero vecino nuestro... Eran tres muchachas preciosas... Cuatro días después, las infelices volvieron á su hogar, medio locas, contando en frases incoherentes lo que habían tenido que hacer para evitar la muerte... Una de ellas tenía una herida en la cara... las otras dos tenían las muñecas magulladas, porque las habían atado á una cama... Este es un caso... uno entre ciento... Uno de que yo fuí testigo... Interrogue usted á cualquiera de las personas que se hallan aquí y se convencerá de que á cada momento pasa lo mismo en cualquiera de las ciudades invadidas...

Oyendo hablar á esta mujer cadavérica, algunas de las personas que nos rodean animanse y se acercan, haciendo gestos de aprobación.

—Sí..., sí..., sí...—murmura un anciano.

—Sí—exclama un hombre relativamente joven, enorme, obeso, jadeante.

—¿Me ve usted á mí?—dice una mujer vestida de harapos—. ¿Me ve usted?... Yo soy monja... Yo he viajado por países lejanos... Yo he estado en Siria en las escuelas cristianas... Yo he estado en Armenia... Yo he visto matanzas... Yo he tratado de evangelizar á los druzos, sin conseguirlo... Pero en ninguna parte he presenciado tantos dolores como en mi pobre patria, en mi pobre Francia invadida... Yo me encontraba en las inmediaciones de Lille en el momento en que entraron los alemanes, en una ambulancia llena de heridos.... Al cabo de una semana no nos quedaba un solo herido francés... No se adónde se los llevaron. Lo que sé es que á nosotras nos obligaron á cuidar á nuestros enemigos, amenazándonos con los más severos castigos... A una pobre enfermera, porque se resistió á obedecer á una dama diaconesa prusiana, la dejaron todo un día atada á un pilar.

Poco á poco, alrededor de la mesa á la cual nos hemos sentado, los infelices repatriados van acudiendo. Los recuerdos de unos parecen avivar los de los demás. Las caras lívidas se animan, y en los ojos tristes enciéndense

chispas de fiebre. El aire de la libertad, al que aún no están acostumbrados por completo estos infelices escapados del infierno, refresca sus frentes. Cada uno quiere decir algo, cada uno tiene alguna pesadilla que confiarnos..

—¡Si usted supiera!

—Pero oiga usted al señor cura...

El señor cura cierra su libro de horas, levanta hacia mí sus ojos infantiles, murmura entre dientes algo que puede ser una excusa y que también puede ser una oración, y luego mueve lentamente, con intenciones negativas, su cabeza rubia.

—¿Ha estado usted mucho tiempo en el cautiverio?—le pregunto.

Una mujer contesta por él:

—Ha estado más de dos años—exclama—. Desde la batalla del Marne... Porque este santo hombre no es de los territorios ocupados, sino del departamento del Marne... Los alemanes lo cogieron en su retirada y lo condenaron á muerte... ¡El miedo que debe haber pasado el pobrecito!...

Con un ademán paternal, el señor cura impone silencio á su habladora amiga y dice:

—No hay que exagerar... A muerte, en realidad, no me condenaron nunca... Los soldados me amenazaban con matarme como un perro

si no les entregaba á los ingleses heridos que yo tenía en mi iglesia... Pero el general no me trató mal. “—Abate—dijome—, no seas terco y enseña el lugar en que están escondidos los ingleses.” Yo le contesté: “—No tengo ingleses.” Entonces dió orden de quemar la pobre casa del Señor y me hizo llevar atado á un pueblo, en el cual se hallaban otros sacerdotes prisioneros. Ahí pasamos dos días, al cabo de los cuales fuimos enviados á la frontera belga, primero, y después á Alemania, al campamento de Gustrow, donde he permanecido todo este tiempo.

—¿Y los otros sacerdotes?

—Los otros... Verá usted... Como eran muy ancianos, no pudieron soportar el cautiverio... Uno tras otro, sucumbieron en los primeros seis meses de esclavitud... El abate Lisel, de Champaña, con sus ochenta años, fué el primero en abandonarnos... Se apagó cual una llama, suavemente, sin una queja, bendiciéndonos, aconsejándonos que tuviéramos paciencia, rogándonos que pensáramos en nuestra dulce Francia... ¡El pobrecito se había quedado seco cual un sarmiento á fuerza de ayunar y de no dormir!... Porque la verdad es que, sobre todo á principios de 1915, se nos tuvo sometidos á un régimen de severidad y de hambre que difícilmente puede imaginarse. Por la menor queja, por la más leve falta á la disci-

plina impuesta por los guardianes del campamento, se nos aplicaban penitencias muy crueles. Un día, para castigarme por haber tratado de escribir una tarjeta postal á mis parientes, me ataron á un árbol, y me tuvieron así, sin darme de comer, durante varias horas... Yo no me quejo por mis dolores personales... Todo sea por el amor de Dios... Pero el ver padecer á mis compañeros de cautiverio me llenaba el alma de congoja. Cada quince ó veinte días, cuando penetraban en nuestro depósito los nuevos infelices que habían sido condenados á la deportación, el espectáculo de las desesperaciones de los recién llegados era tan doloroso, que nos arrancaba lágrimas, y á veces hasta nos hacía dudar de la bondad divina... No todos tenemos almas de santos; no todos sabemos bendecir nuestros males, como Job... La carne es cobarde... Nunca olvidaré el cuadro que presenciamos á principios de Julio del año pasado. Atados codo con codo, como malhechores, llegaron una mañana treinta y siete ancianos decrepitos, esqueléticos, que apenas podían sostenerse sobre sus pobres piernas. Yo quise acercarme á ellos para dirigirles algunas palabras de consuelo. Un *oberlieutenant* me apartó cortésmente de los ancianos, y dió orden de que se les impidiera hablar con nosotros. Más tarde, supimos que el crimen de aquellos infelices con-

sistía en no haber podido entregar á las autoridades alemanas la suma que se había impuesto como multa al pueblo en que vivían. En estos últimos meses, preciso es confesarlo, el régimen se ha suavizado, gracias á la intervención de la Cruz Roja americana...

Oyendo hablar al buen sacerdote rubio, algunas mujeres que vienen de los departamentos invadidos olvidan sus propias penas pasadas y lloran en silencio... Una atmósfera de angustia pesa en la vasta sala de la fonda. Los mismos inspectores de Policía, acostumbrados desde hace largos meses á contemplar cuadros como éste, parecen emocionados ante la suave pena de este cura de aldea, que sale del infierno sin que el dolor y las humillaciones hayan amargado su alma evangélica.

—Después de todo—concluye el clérigo—, estos dos años nos habrán servido para aprender á ser resignados...

Una mujer joven y bien parecida acércase á nuestra mesa y ofrece al cura que acaba de referir su calvario una taza de té.

—Yo también he sufrido—murmura—, pero no tanto como usted... Yo he sufrido moralmente más que físicamente... Yo he sufrido en mi corazón de francesa, sobre todo...

—La vida es un valle de lágrimas—dice el sacerdote.

Luego pregunta á la mujer:

—¿Viene usted de Alemania?

—No. Yo he permanecido en Francia hasta hace pocas semanas... En Joeuf... Yo era maestra de escuela... Cuando los alemanes entraron en Joeuf, el teniente de gendarmería me ofreció un asiento en un carro para que pudiera escaparme. Pero yo no quise abandonar á mis infelices niños... Después, lo confieso, más de una vez me arrepentí de no haber huído... ¡He sufrido tanto, tanto!... Pero pensando en el poco bien que he podido hacer, me alegro de no haber abandonado mi puesto. Ahora mismo, no sé si he cometido una cobardía al aceptar la libertad que se me ha concedido... Desde el principio de la ocupación, nuestra vida ha sido muy dura. Se ha quitado de nuestras escuelas cuanto podía recordar á Francia; las paredes están desnudas. No queda más que un Cristo y un reloj de pared. El catecismo lo dan en las clases los curas alemanes, y los niños tienen que cantar el himno nacional alemán y rezar en alemán. Las escuelas de Joeuf y de Homecourt asistieron el 1.º de Enero, en la plaza del Ayuntamiento de Joeuf, á la "Kaiser parada". Los militares obligaban á los niños á gritar: ¡Viva el emperador! Los míos no quisieron gritar. En las escuelas libres de Genibois y de Joeuf han limpiado los retretes con jirones de banderas francesas, y á los niños se les castiga por la menor cosa,

porque las institutrices alemanas son muy duras. El inspector que venía á nuestra clase decía un día: “—Pegadles en las nalgas hasta que no puedan sentarse.” Yo no lo hacía, naturalmente. Se nos maltrataba continuamente, llamándonos ladrones, descortesés y sucios, y se añadía que todo lo que tenemos no vale nada. En plena clase se llama á los franceses bandidos y asesinos... Y nosotros tenemos que oír todo eso sin protestar... Porque cuando alguien protesta, se expone á los más severos tratamientos...

—Es cierto—murmuran varias voces.

El señor cura parece orar... Sus labios, delgados y exangües, palpitan nerviosamente, y sobre su pecho sus dos manos pálidas se unen en gesto crispado...

—Todo sea por Dios—dice, al fin...

Y las mujeres que lo rodean contestan con acento contrito:

—Todo sea por Dios y por Francia...

VI

EL SOLDADO BELGA, PINTADO POR SÍ MISMO

Los críticos suelen decir que de toda la literatura de la guerra, lo único que sobrevivirá á nuestra época son las cartas de los soldados...

En efecto, sin juzgar las obras ya escritas y sin prejuzgar las que han de escribirse, no es arriesgado vaticinar que el verdadero romancero y la verdadera gesta de la formidable aventura, nuestros nietos la buscarán de preferencia en los epistolarios del frente. Un Homero puede surgir mañana y una Iliada puede salir de su pluma. Es más: puede que "el libro de la guerra" exista ya, que sea una novela de Barbus, de Kipling ó de D'Annunzio... No importa. Tanto interés como la obra maestra de un genio, tendrán siempre las confidencias de los guerreros. "—¿Os figuráis lo

que sería Homero comparado con un soldado de Agamenón que hubiera escrito sus Memorias?"—pregunta un discípulo de Stendhal. Nosotros tenemos á ese soldado... En Inglaterra, en Italia, en Francia, en todas las naciones beligerantes, los epistolarios de las trincheras abundan. Y que sean rudas ó que sean tiernas, que estén llenas de sangre ó que contengan preces, que lloren ó que ríen, esas cartas, destinadas á un ser querido, son apasionadas, porque reflejan no sólo las palpitaciones inmediatas de la tragedia, sino también los matices infinitos de la sensibilidad de cada uno de los pueblos que desempeñan en ella un gran papel.

Hasta ahora, lo que mejor conocíamos era el humorismo elegante de los ingleses y la elegancia sensitiva de los franceses. Pero, ¿y los otros?... Y no hablo de los alemanes, de los austriacos, de los turcos, cuyas voces no llegan hasta aquí. Con la correspondencia de los aliados nos bastaría. ¿Qué dicen los serbios?... ¿Qué dicen los rumanos?... ¿Qué dicen los belgas?...

Respondiendo á esta última pregunta, Pierre Nothom escribió hace un año: "¿A quién queréis que nuestros guerreros dirijan sus cartas? Entre los campos de batalla donde luchan y los pueblos donde se hallan sus familias no existe comunicación ninguna." Es cier-

to. Las circunstancias del ejército flamenco son las más patéticas de la guerra. Luchando en la frontera contra un invasor que ocupa casi todo su territorio, se halla, desde hace más de tres años, como desterrado. Pero los hombres que viven una vida trágica, no se resignan fácilmente á no escribir, y cuando carecen de familia buscan confidentes. A cada momento, en los periódicos del Havre y de Rouen, se leen anuncios que rezan: "Soldado belga, desea encontrar madrina para entablar correspondencia." Las madrinas de guerra han inspirado ya muchas ironías á los autores de revistas y de canciones. ¡Es tan fácil reírse de esas cosas! ¡Es tan humano el considerar siempre con malicia las relaciones epistolares entre hombres y mujeres!... No obstante, si se estudia con ingenuidad la institución del madrinazgo, se nota la injusticia de los que lo ridiculizan. Esas damas jóvenes y bellas que en Londres, en París, en Roma se consagran á mantener una correspondencia amistosa con los pobres soldados que no tienen familia, desempeñan un verdadero ministerio espiritual. "Cartas á mi madrina" se titula uno de los epistolarios más poéticos y más sutiles que se han publicado en Francia. El epistolario belga, único que existe, y que no es muy voluminoso, podría llevar el mismo título. "Escritas en nuestra lengua—dice

un crítico parisiense—, esas páginas se confunden con las de nuestros propios peludos.“ Superficialmente, puede que esto sea exacto. Mas en cuanto se las lee con cuidado, adviértese en ellas un acento muy especial, un carácter muy genuino de raza.

Como el guerrero francés, el soldado flamenco se enternece, se indigna, ríe, bromea y cuenta sus intimidades de campamento. El asunto, en todos los narradores de la tragedia, es siempre el mismo. Lo que difiere es el tono. Lo que en el inglés se matiza de humorismo ó de poesía bíblica, y lo que en el francés es lirismo ó ingenio, en el belga es campechanería bonachona, sencillez de alma, buen humor lento, patriotismo positivista. La idea de patria en los súbditos del rey Alberto no está envuelta en velos gloriosos de estandartes, ni se exalta ante perspectivas de conquista, de dominio, de “imperialismo“, como ahora se dice. Lo que los entusiasma y los enternece, por el contrario, es la pequeñez y la inocencia del pueblo mártir. Cual un *leit motiv*, en todas sus cartas se hallan las mismas frases relativas á la injusticia de la suerte que así se encarniza contra una nación que vivía apartada de todas las luchas internacionales, y que sólo pensaba en cultivar su huerto y su taller. “No tengo miedo de morir—escribe un soldado de veinte años—, y hasta daría con

gusto mi sangre si este sacrificio bastara para barrer á los invasores que se han apoderado de nuestros hogares injustamente, cometiendo un crimen que la Historia no les perdonará nunca á causa de nuestra inocencia y de nuestra debilidad." Y resumiendo otra idea, muy generalizada entre sus compañeros de armas, agrega: "Que los alemanes peleen con países fuertes, como Inglaterra y Francia, se comprende; pero que se encarnicen con nuestra pobre Bélgica y que la saqueen y la castiguen como si hubiera cometido un delito al defender su independencia, es una mancha de la cual nada les lavará en el transcurso de los siglos, porque es una mancha de cobardía." No hay uno solo entre estos hombres que deje de experimentar iguales sentimientos de desprecio y de odio contra el invasor. En las cartas de los ingleses y de los franceses relativas al principio de la guerra, se encuentran á menudo elogios á la bravura de los regimientos germanos, que atacaban cantando y que sucumbían heroicamente. En las cartas flamencas, por el contrario, los alemanes desempeñan siempre un papel de verdugos, de incendiarios, de saqueadores. Las llamas de Lovaina, las matanzas de Lieja, las requisas de toda la riqueza nacional, la esclavitud impuesta á las masas trabajadoras, y, sobre todo, el trato dado á las mujeres, arranca á los desterrados

gritos de maldición. “Cuando pienso que en Amberes, esos mismos bárbaros que habían de atormentar más tarde á nuestras familias indefensas eran tratados por nosotros como hermanos—escribe un sargento—, me dan ganas de llorar de rabia. ¿Qué vamos á encontrar en nuestros hogares cuando logremos volver á ellos? Yo tiemblo de espanto al figurarme que han podido ofender á mis hermanitas, y así, en las batallas, cada vez que un enemigo se encuentra al alcance de mi bayoneta, siento una alegría feroz al atravesarlo.” Hay algo de venganza personal, en efecto, en la lucha de cada belga contra esos extranjeros que ocupan su patria y que martirizan á sus familias.

Un reservista gantés escribe á su madrina parisiense: “Cuando antes de la guerra los franceses nos decían que los alemanes eran un pueblo egoísta, absorbente, incapaz de sentimientos nobles, nosotros atribuíamos tales censuras al odio de razas y al rencor de 1870. En nuestras ciudades los alemanes se mostraban, por el contrario, no sólo amables, afectuosos y serviciales, sino hasta humildes. Nunca hubiéramos podido descubrir, detrás de la careta de buenos comerciantes con que todos ellos cubríanse el rostro, la mueca de odio que más tarde habíamos de verles. Los mismos que habían vivido á nuestro lado años y años fue-

ron los que, al estallar la guerra, aparecieron transformados en verdugos y se cebaron contra los que más favores les habían dispensado. ¡Ah! ¡Esos ingenieros que, vestidos de oficiales se presentaban á las puertas de las fábricas en las cuales habían trabajado, y, tuteando á sus antiguos jefes, los amenazaban de muerte!... ¡Pensar que nosotros, siempre cándidos, habíamos soñado en la fraternidad de todos los pueblos, y que pretendíamos dar el ejemplo acogiendo del mismo modo á los franceses que á los alemanes! Hoy lloramos, escarnecidos, nuestro error, y comprendemos demasiado tarde la burla sanguinaria de que hemos sido víctimas." Tanto ha abusado la literatura de la tragedia belga, que las lágrimas sobre las ruinas de Lovaina han llegado á perder su valor. Pero cuando es un soldado el que habla, y cuando lo hace con sencillez, sin acudir á grandes frases, se siente de nuevo el terrible estremecimiento que conmovió al mundo en los últimos meses de 1914. "Los aliados se sirven de la desgracia belga como de un fantasma—ha dicho Maximiliano Harden—, y tanto lo agitan, que acabarán por quitarle su fuerza conmovedora." Hay algo de cinismo, pero hay también algo de verdad en estas crueles palabras. Los discursos y los Libros de Oro han convertido una página que sólo debiera contener gritos y maldiciones, en un

tema académico. Por fortuna, en este punto, los que creen que de los innumerables volúmenes actuales sólo las cartas de los soldados sobrevivirán, tienen razón. En el epistolario flamenco, el dolor y la rabia de todo un pueblo martirizado conservan siempre su fuerza patética, su acento rudo, su carácter humano de angustia, de queja y de amenaza. Hay cartas que sangran y cartas que rugen. Hay una carta, sobre todo, que termina con estas palabras de Shakespeare, y que resume toda la filosofía del drama: "Si el crimen no debiera provocar ningún castigo; si la ejecución asegurara el éxito; si después del atentado, todo terminara con perdones, yo renegaría de la justicia divina." Y lo impresionante es que estas líneas, que se encuentran casi iguales en *Macbeth*, fueron escritas por un pobre obrero de Malinas que no conoce las obras del viejo Will.

En medio de sus miserias, de sus tristezas, de sus presentimientos y de sus rencores, los soldados belgas tienen, como sus hermanos ingleses y franceses, horas de suave melancolía, horas de esperanza feliz y hasta horas de franca, de exuberante jovialidad. Pero en estos matices es, tal vez, donde más profunda aparece la diferencia del flamenco comparado

con sus grandes aliados. Muy ingenuo y muy sencillo cuando se enternece y sueña; elévase, en cambio, cuando ríe hasta las cimas de lo grotesco cómico. El fondo de la raza, con su fortaleza sanguínea, con su calma sin nervios, con sus rudos apetitos campesinos, no se contenta nunca con la sonrisa, y á menudo llega á la carcajada.

“Hay algo de infantil en todos nosotros”—suele decir Maeterlinck. Y, en efecto, aun los más profundos, aun los más refinados espíritus belgas, conservan una puerilidad brusca, que se divierte con juegos inocentes, que no oculta sus deseos violentos, que confiesa sus instintos plebeyos, y que, lejos de avergonzarse de su sentido positivista, se enorgullece al revelarlo. En las cartas que ahora leo, hay á veces un olor de cocina y hasta una nostalgia de cocina... Los días en que la sopa es abundante, la carne succulenta y el vino agradable, el alma se ensancha con una bienaventuranza que hace pensar en la alegría gorda y sacarrona de las viejas kermesas: “Hoy—escribe un artillero de Dixmude á su madrina—tengo miedo de manchar el papel con la grasa de mis dedos. Hemos celebrado un verdadero banquete, nos hemos llenado el vientre de tocino y hemos bebido á la salud de nuestra reina, cantando como si estuviéramos en la escuela...” A las finas parisienses y á

las remilgadas londinenses que reciben epístolas como éstas, sus ahijados de guerra deben parecerles algo vulgares. Ellos lo saben, y se excusan confesando socarronamente su "mala educación". Pero no son exactos estos términos que encuentro en labios de dos jóvenes soldados de Dixmude. Por encima de la educación está el atavismo, el soplo misterioso de la sangre, el sentido ancestral de la buena sed, del buen apetito, de la franqueza sensual. Sentados ante un jarro de vino, con las pipas encendidas, después de una cena copiosa, los ciudadanos de Gante ó de Bruselas forman siempre un grupo de Jordaens ó de Teniers. Que la sirvienta de la venta pase muy cerca, y en el acto las manos tratarán de llegar hasta sus pantorrillas y de las bocas húmedas se escapará un vuelo de risas. "Nuestra resistencia ante la lluvia perpetua—escribe un peludo—me extraña, pues no estábamos muy acostumbrados á tanta agua. ¡Ah, si llovieran cántaros de vino, ya sería otra cosa, y en poco tiempo secaríamos las trincheras!" Todos los inconvenientes materiales de la existencia de campaña inspíranles bromas. Todo lo que no les hace llorar, les hace cantar. Para todo hallan excusas cómicas. Contestando á un amigo, que le envía una caja de polvos insecticidas, un gantés escribe la página siguiente, que parece arrancada de un

libro de Jules Renard: "Los reclutas que vienen de lejos no conocen el encanto particular de esos animalitos que, gracias á tí, voy á destruir. Pero al cabo de pocos días las relaciones se establecen. En general, el primer contacto se establece en el ejercicio: la compañía presenta las armas; el recluta siente de pronto, en la parte más carnosa de su individuo, un cosquilleo insoportable. Para no abandonar el fusil y rascarse necesita apelar á su heroísmo. Y mientras tanto la fiera se encarnaiza, pica que pica, chupa que chupa. Otras veces es por la noche, y entonces el infeliz se despierta y empieza á rascarse; y mientras más se rasca más le pican las fieras. Al fin se decide á encender una vela y la cacería comienza, bajo la camisa, hasta que lo coge y lo mata... Tric... trac... No puede negarse, sin embargo, que el piojo es un animalito muy bonito, muy coqueto, casi gentil. Se le clasifica en dos categorías: los intelectuales, que viven en la cabeza, y los voluptuosos, que se pasean por el cuerpo. Unos dicen que los que prefieren el cuerpo son las piojas... Para suprimirlos nos ha dado el capellán una receta, que consiste en separar los machos de las hembras, para evitar la reproducción. Yo voy á probar primero con tu remedio, y si no me sirve recurriré al del capellán."

Una particularidad de la correspondencia

belga es que muy á menudo comienza en prosa y acaba en verso. No hay ejército, en efecto, que posea tantas liras como el del rey Alberto. M. Henri Davignon, que ha reunido en un tomo las cartas que sus compatriotas escriben desde las trincheras, nos ofrece un porcentaje de páginas poéticas muy superior al de cualquiera antología francesa. Verdad es que los belgas respetan menos que los demás pueblos las reglas de la retórica. Como Verhaeren, los peludos de Flandes y de Valonia se permiten todas las libertades, y á veces, sin duda porque escriben en la venta en que cenan, tratan á las musas lo mismo que á las sirvientes. Para dar una muestra típica de esta poesía copio á continuación un canto de artillero:

Ah! les beaux soirs de fête et de splendeur,
Les soirs rouges et bleus
Des villes et des villages
Farandolant, crâmnignant, gais et volages
A l'heure de l'entre-chien-et-loup
Où pleuvent les baisers doux.
Tandis que les canous,
Soixante-quinze et cent-vingt longs,
De leurs gites sous terre,
Continûment,
Font siffler dans l'espace
Et le vent
Leurs obus, messagers de carnage et de mort,
Dont le sol tremble et de crevasse.

Le joueur d'accordéon
Avez autour de lui
La nuit
Et toute la batterie en rond,
Chante au gré de son humeur dolente
Le regret du pays et la valse enlaçante
Des lointains amours;
Et il pleure, sans qu'on le remarque.
Deux larmes tièdes qui marquent,
Point d'orgue final,
Le soufflet de l'instrument
Que le vent gonfle
Et dégonfle.

Este soldado nostálgico, que canta al son del acordeón mientras los cañones rugen, y que, en medio de la tormenta, piensa en la tierra lejana. en los amores pasados, en las antiguas *kermesses*, es la encarnación íntima del pueblo belga. Entre sus risas y entre sus maldiciones, en las horas trágicas como en los días tranquilos, el flamenco tiene siempre presente la imagen de la patria. Pero la patria no es para él una cosa abstracta y sublime, sino un paisaje local, un rinconcillo de la llanura, un barrio gris con casitas puntiagudas, un *estaminet* oloroso á tocino, un rostro de mujer joven bajo una cofia de encajes y otro rostro de mujer anciana bajo un rebozo negro... Hay algo de pequeño, algo de estrecho, sin duda, en tal sentimiento, y si se compara con el ideal francés, tan amplio, tan universal,

tan lleno de promesas de libertad, de justicia, de democracia, resulta casi una pasión de campanario. Pero para iluminar esa falta de ideas geniales, existe un rayo de luz que ningún soldado del rey Alberto olvida, y que irradia del sacrificio consentido por todo un pueblo para defender no un interés material, sino un principio de justicia humana. "Si fuera necesario volver á sufrir lo que hemos sufrido para oponernos de nuevo á la violación de los Tratados internacionales—escribe un sargento—, todos apoyaríamos una y cien veces más á nuestro Gobierno." Y este no es un grito aislado. En coro, esos hombres desterrados y arruinados, hijos de los comuneros implacables de la Edad Media, proclaman la conciencia de su acto heroico de 1914. Ante tal dignidad, ante tal generosidad, ¿qué son los egoísmos menudos que se notan en su sentido abstracto del patriotismo?... Muy á menudo se ha dicho que no existe una patria belga, y que entre valones y flamencos no hay más lazo que el de la administración común. Políticamente, puede que sea esto cierto. Pero, á falta de un sentimiento de patriotismo integral y nacional, hay en cada belga un amor de la tierra, una pasión del término municipal, una ternura del hogar, que bastan á formar el núcleo compacto de los móviles generales. Además, no debemos olvidar las palabras de

Dumond Wilden, que dice: "De la guerra saldrá lo que antes no existía: un alma belga templada en el sacrificio y en el odio." Los alemanes, que soñaron en destruir un país, lo han edificado.

VII

CARTAS DE AMOR

Un sacerdote ha tenido la buena ocurrencia de reunir en un tomito impreso como un devocionario unas cuantas docenas de cartas de amor escritas en las trincheras. La literatura epistolar de la gran guerra es ya tan copiosa que llenaría más de una biblioteca. Hay, desde hace tiempo, centenas de cartas descriptivas, de cartas anecdóticas, de cartas patrióticas, de cartas poéticas, de cartas religiosas, de cartas estratégicas... Sólo las pobres cartas íntimas que el "peludo" escribe á su novia ausente ó á su esposa lejana no habían aún inspirado la curiosidad de los formadores de antologías. El temor, sin duda, de la frivolidad del asunto, que siempre tiene algo de escabroso, habia detenido las manos piadosas de los que realizan la recolección de las flores de retórica guerrera. Y ha sido necesario

que un hombre de iglesia, heredero de aquellos monjes singulares que inventaron la espuma del champaña, el aroma de los licores y el secreto de ciertos perfumes, venga á darnos este antifonario galante, que, á decir verdad, ni siquiera es muy católico. Que sus superiores lo castiguen si ha pecado... En cuanto á nosotros, profanos libadores de todas las mieles, no debemos tener para su obra sino reverencias gratas.

Porque habéis de saber, lectoras, que en las trincheras, con las manos manchadas de sangre, el guerrero de nuestros días, tan hirsuto en apariencia, no es menos aficionado á decir lindos madrigales que sus abuelos los mosqueteros. Escritas con un mal lápiz en un papel peor, estas epístolas tienen, en sus frases, un aroma exquisito de misticismo erótico. Las hay muy pulidas, muy finas, muy aristocráticas, en las cuales el amante no tutea nunca á la amada; las hay melancólicas, lánguidas, angustiosas, que parecen humedecidas por lágrimas que resbalan por rostros pálidos; las hay bruscas, risueñas, llenas de promesas fanfarronas, en las que el vino se mezcla con la pólvora, cual en los billetes de los capitanes de Bonaparte; las hay celosas, terriblemente celosas, sin nada de artificial en la frase, salidas del pecho que sufre y que ruge; las hay muy humildes, sin ortografía, y tan

buenas, y tan cándidas, y tan graves, que adquieren una verdadera belleza... En lo que todas son iguales es en la confesión de que el alejamiento ha despertado en los corazones de los que escriben un sentimiento pasional que antes no habían nunca experimentado en alto grado.

Escuchad á este capitán de coraceros que, según él mismo lo dice, ya tiene las sienes encanecidas:

“Te escribo en la madriguera en que vivo y que gracias á ti se ilumina de claridades increíbles. Sobre mi cama de campaña está la piel que me diste. En la pared tu imagen me sonríe con su divina sonrisa suave. Tu perfume flota aún en mi saco de viaje. Y cuando estoy solo, con la frente entre las manos, se me figura que estás á mi lado, y digo tu nombre como una letanía, digo Irene, mi Irene, mi cielo, mi vida... Pero ¡ay! un momento llega siempre en que, sin que yo lo note, sin que tenga tiempo para defenderme contra mi propia cobardía, las lágrimas caen, una por una, sobre la tierra helada. ¡Ah!... ¡cómo mal digo entonces el alejamiento!... Si yo fuera capaz de ser justo, no obstante, en vez de maldecirlo, lo bendeciría, puesto que gracias á él he sentido que el amor no es lo que yo me figuraba, que no es un perpetuo placer, una fiesta en la que el hastío pone á veces notas

obscuras, una perpetua lucha de pequeños caprichos, de pequeñas susceptibilidades, de pequeños sacrificios, sino un sentimiento hon-do, profundo, grave, sin ningún egoísmo, casi sin palabras, algo que es más espíritu que ma-teria y más, mucho más misticismo que ga-lanteria. ¡Ah! mi Irene, en ciertos momentos, cuando me doy cuenta de lo que es el amor verdadero, casi estoy tentado de definirlo di-ciendo que es la única santidad terrestre!”

Me diréis, sin duda, que ni todos los mili-tares son capaces de sentir así, aun estando lejos de sus mujeres, ni todos los franceses son capaces de escribir así, aun estando ena-morados. Evidentemente... Entre los cuatro millones de “peludos” muchos debe haber que, si son casados, piensan menos en sus es-posas que en las fatigas de la guerra. Y mu-chos, también, que no le encuentran á la vida de campaña sino una ventaja, que es la de haberlos alejado de sus compañeras... Pero el coleccionador de cartas que ahora leo no ha reunido sino las que han sido escritas por verdaderos enamorados. Y éstos, aun no te-niendo siempre la poesía del capitán de cora-ceros, experimentan en general sensaciones iguales á las tuyas. No hay muchas páginas en mi epistolario, en efecto, que no contengan la confidencia de una exaltación causada por el alejamiento.

Oid á este cazador alpino que, en lenguaje nada académico, entre travesuras y sonrisas, deja ver un fondo de alma igual al del autor de la carta antes citada:

“¿Me preguntas si te quiero siempre, mi chipi?... ¿Me preguntas si no te olvido estando tan lejos, desde hace tantos días?... Ganas tengo de decirte que sí, que te olvido, para ver la carita que pones... Pero un chipi no puede mentirle á su chipi, y debo confesarte que te quiero, que te adoro... ¿Tanto como antes?... Adivínalo... No, no tanto... No tanto, pero mucho más, setenta y siete veces más.. Ha sido como una cosa que se desgarrá aquí, en el pecho, y luego, poco á poco, ha sido como una gota de fuego que cae en la herida y que cae sin cesar, mi chipi, demostrándome que *je suis mordu au cœur*, según dice la canción... ¡Eh! sólo que no hay que hablar así, porque este señor mosquetero que tan fuerte parece, se pone á llorar cuando cuenta las lenguas y los días... Hablemos mejor de cosas serias...”

Este tono muy parisiense, este modo ligero de decir cosas hondas, este estilo que danza para no dejar ver el dolor pintado en la faz, es frecuente en las cartas de amor de los soldados. A su manera y con su poesía, cada “peludo” es un Cyrano que mezcla las lágrimas con las bromas bajo el balcón remoto de

su Roxana. Todos dicen: "Sufro, sufro por ti". Y todos agregan: "Pero no me gusta confesarlo".

¿Por qué esto último?... ¿Por pudor de hombres acostumbrados á soportar sin la menor emoción las más terribles peripecias de la vida de campaña, y avergonzados de no poder ver con los ojos secos un retrato amado?... ¿Por una delicada piedad que teme agrandar las penas de la ausente, revelándole sus propias cobardías sentimentales?... ¿Por un eterno é innato temor del ridículo mal entendido?... Por todo eso un poco, probablemente, y tambien por el misterioso afán de menudas contradicciones que siempre existen en el alma mística de los enamorados. De cualquier modo, lo que se nota como principios generales del amor en las trincheras, del amor del guerrero, son: primero, el descubrimiento de un aumento de la pasión determinado por la ausencia, y luego, un rubor ante las flaquezas del alma que se cree robusta y no lo es. Los jóvenes cadetes recién casados, los aristócratas conquistadores de damas elegantes, los intelectuales habituados á examinar sus emociones y los rudos marinos sin letras confiesan, con la misma inocencia, sus uniformes sentimientos.

Pero hay, en mi antología, otras cartas que, reunidas en una serie aparte, podrían titular-

se “gritos de congoja”, y que son, si no las más enternecedoras ni las más bellas, por lo menos las más dolorosas. Como alucinados, como rumiantes, los “peludos” que las escriben parecen preguntarse en todas partes, á todas horas, en medio de todos los peligros: “¿Qué hace ella en estos momentos?... ¿con quién está?... ¿en qué piensa?...” Los ecos de los periódicos nos han hablado á menudo de militares que, después de observar una conducta ejemplar durante meses y meses, desaparecen una noche de sus puestos y corren hacia su hogar lejano sin darse cuenta de la gravedad de la falta que cometen. Ante los Consejos de guerra que luego los juzgan sin rigor, esos infelices contestan: “¡Los celos!... Tenía necesidad de sorprenderla...” Y es que, en los campamentos, los celos son todavía un mayor monstruo que en la existencia de las ciudades. Voy á copiar una carta de uno de estos poseídos. Hela aquí:

“Cada vez que el cartero pasa por nuestro sector y que no me trae ninguna noticia tuya, siento impulsos de preciparme sobre él y ahogarlo. ¡Qué culpa tiene el infeliz! La culpa es tal vez mía, que he puesto mi amor en tus manos y que no siento que lo aprecies en lo que vale, á pesar de todas las pruebas que te he dado. Sé de antemano lo que vas á contestarme, pues nunca te faltan pretextos de fa-

milia para excusar tus silencios. Pero te confieso que mi martirio es tan grande, que sólo el sentimiento del deber me impone soportarlo con paciencia. Hay días que, en el combate, espero que una bala me saque del infierno en que vivo, y hay días peores en que quisiera poder, desde aquí, disparar mi fusil contra ti. Tu dirás de nuevo que soy celoso é injusto y que me quieres con todo tu corazón. No dudo que me quieras, pero no como yo lo desearía, sin pensar más que en mí, lo mismo que yo pienso sólo en tí."

He escogido este rugido como grito típico porque es el que más secamente dice lo que pasa por el corazón de los que arden en llamas de celos. Es la carta más cruel de la antología, pues ni siquiera tiene esos velos de suavidad con que el amor propio suele atenuar sus clamores febriles. En la gama descendente, las notas de los que padecen el mal terrible se enternecen, razonan y hasta sonríen. Hay un pudor en el que duda, lo mismo que en el que llora.

Pero, ¿y la guerra—se dirá—y las sensaciones épicas que todo guerrero debe tener ansia de confiar á su amada, aunque no sea sino para aparecer ante sus ojos envuelto en llamas de apoteosis?... La guerra pasa á menudo entre las frases de amor. Pero cuán diferentes son estas visiones de las que llenan páginas

enteras en las epístolas dirigidas á simples amigos ó parientes lejanos. El amante ofrece á la amada lo que es bello ó lo que es trágico en la lucha, como se ofrece una flor roja. Y casi nunca lo hace objetivamente. Si pinta un cuadro, es, en general, para colocarse él mismo en el centro y para embellecerlo espiritualmente con el recuerdo del ser amado. “Bajo aquella lluvia de fuego—dice uno—yo no perdía de vista tu imagen.” Más ó menos desarrollado, más ó menos lírico, más ó menos sentimental, el tema es siempre el mismo, no sólo en la lucha, sino también en los detalles de la vida de trincheras. “Querría que me vieras, vestido de troglodita, en mi cueva, que sólo tu último retrato adorna”—escriben varios “peludos”. Y cuando entran en largos detalles pintorescos, describiendo los peligros constantes, los sacrificios de cada día, de cada hora, los rigores del clima, la falta de sueño, el cansancio de las interminables jornadas subterráneas, lo que constituye la dolorosa y sublime existencia de las trincheras, en fin, siempre encuentran, después de muchas frases melancólicas, una sonrisa amorosa para decir con galantería: “Nada de eso es tan triste como tu ausencia”.

En verdad, Stendhal tenía razón al decir que no hay en el mundo un pueblo que sepa amar con tanta gentileza como el pueblo fran-

cés. Fuera de aquellos que, enloquecidos por los celos, pierden todas las nociones de la cortesía, los demás saben unir el miticismo con la voluptuosidad y el fervor con la ligereza. Hay otras razas que poseen el mismo ardor, el mismo entusiasmo, la misma rendida y sentimental y religiosa llama de alma. Pero ninguna cual ésta pone con tanta delicadeza un velo risueño en sus transportes eróticos. Aun en los hombres del pueblo, ingenuos y casi primitivos, algo hay á menudo que juguetea entre las líneas pasionales.

En las breves líneas que encabezan la antología amorosa de la guerra, el editor nos asegura que "la vida de trincheras, que tanto ha influido en la metamorfosis del carácter francés, ha purificado y engrandecido las antiguas nociones de la pasión". Es cierto. Algo hay en estas cartas de más hondo, de más casto que en las que escribían los hombres en tiempo de paz. Frente á la muerte, en el alejamiento forzoso, en medio de una existencia de sacrificios, el amante llega á cristalizaciones excel-sas de sus propios sentimientos. Pero, en general, el fondo del carácter es siempre el mismo. Una gran claridad, una gran armonía, un gran tacto, una gran delicadeza, un gran sentido de los matices, anima á los que escriben. Aun en los casos en que la fanfarronería domina, se nota el temor de dejar ver demasia-

do el aprecio que hace de sí propio el hombre atacado de egolatría. Se adivina que nadie pierde de vista que la mujer á quien se dirige es un ser muy sutil, muy comprensivo, muy bien dotado de espíritu crítico, al cual no se le puede engañar fácilmente. "Se me figura—dice un humilde "peludo"—que veo tu carita de angelito con su reflejo de dulce ironía, y por eso, á veces, no me atrevo á contarte ciertas cosas que aquí nos parecen muy transcendentales y que tú tomarías por niñerías indignas de un padre de familia." ¿No es siempre el espíritu de madame de Sevigné poniendo una pauta de discreción al entusiasmo que va á desbordarse?...

Pero claro que, si el término medio es así, las excepciones á la regla no faltan. Guerreros hay que, desdenando el tono ciranESCO, rechazando el pudor de las lágrimas, escapándose de la medida clásica, se precipitan en pleno romanticismo invocando el socorro de los dioses y evocando las imágenes más exaltadas. La última carta que figura en mi antología es una muestra admirable de este estado de alma alucinado, purificado, casi puede decirse sobrehumanizado.

Hela aquí para terminar:

"Es preciso que me dejes amarte como te amo, con un amor que no está exento de voluptuosidad, pero que, poco á poco, á medida

que se agranda, se santifica, se espiritualiza, toma ternuras de hermandad mística y se convierte en un fervor tierno. Muy á menudo, cuando pienso en ti y te dirijo la palabra para confiarte, en el silencio de la noche, mis íntimos sentimientos, me sorprendo llamándote mi hermana, mi hermanita del alma, y buscando, ya no tus labios como antes, sino tu frente serena y tus divinos ojos verdes. ¡Ah! mi nena, si tú pudieras leer en el fondo de mí ser verías que no hay nadie que ame tan puramente como yo te amo. Esta mañana, soñando despierto, me sentí atravesado por una bayoneta enemiga y no pensé sino en ti, que te quedabas sola... Te vi envuelta en tus velos de viuda, vi tu toca negra con su cintita blanca, vi tus guantes mates... ¡Qué linda estabas!... Y luego, ¿sabes?... Luego te vi volver á tu tierra, al lado de tu familia, allá muy lejos, muy lejos, y me figuré que me esperabas siempre, sabiendo, sin embargo, que no podía moverme. Entonces, en mi tumba, en mi estrecha tumba de soldado, levantando la tierra, me arrodillé y le pedí á Dios nuestro Señor que, si te daba otro esposo, no te arrancara nunca del pecho el recuerdo del hermano muerto, del hermano que no tiene celos de la mujer, pero que sufriría eternamente si supiera que el alma fraternal lo traicionaba."

El sacerdote que ha compuesto la antología

epistolar coloca esta carta al final de su libro, como para perfumarla de castidad ardiente. Es una carta única por su belleza idealista. Pero tal vez también no es sino un gesto pasajero de un alma compleja que quiere, en la multiplicidad de sus sentimientos, gozar de todas las voluptuosidades. Lo curioso, lo interesante, hubiera sido ofrecernos la correspondencia entera de este soldado, que de seguro es un intelectual ó, mejor dicho, un poeta. ¿Qué habrá en sus demás cartas? Cuando á una amada se la llama nena, no es, en general, para ofrecerla siempre el sacrificio demasiado sublime de un amor sin la menor sombra de celos y de deseos.

En todo caso, si del conjunto de la correspondencia erótica puede sacarse una conclusión psicológica, no hay duda de que el editor nos la ha dado de antemano, diciéndonos, en diez líneas, algo secas, que la guerra purifica y exalta el alma del amante.

VIII

LOS TRIBUNALES DE CAMPAÑA

¡Qué no darían las damas aristocráticas por asistir á una de esas audiencias secretas, en las cuales un grupo de oficiales juzga á alguna gran aventurera ó á algún ilustre intrigantel... Y, sin embargo, no son esos juicios solemnes los que mayor interés despiertan en los psicólogos, sino los otros, los que se verifican todos los días en todos los tribunales del frente, y en los cuales se representan las más tristes, las más conmovedoras escenas del gran drama. "No hay alma humana, por fuerte que sea—dice Ibils—, que no tiemble ante la perspectiva de la corte marcial." Y eso que en Francia, donde el Poder civil no abdica nunca sus derechos, los jueces del Ejército no tienen de militar sino el uniforme. Movilizados en 1914, lo mismo que los demás ciudadanos, los magistrados ordinarios pasaron á

servir en el acto en los Consejos de guerra. El capitán Bouchardon, que, como instructor de las grandes causas actuales, se ha convertido en el personaje más popular de París, pertenece á la carrera judicial, y cuando la paz se firme volverá á ocupar su gabinete en el Palacio de Justicia. Hombre distinguido, de una cultura extraordinaria, ese relator, que á la gente se le figura un ser terrible, es el más suave, el más moderado, el más amable de los jueces. Los periódicos dicen que cuando, en el curso de sus interrogatorios, el ex ministro Caillaux eleva el tono y toma actitudes irritadas, el juez se contenta con sonreír; aconsejándole la calma y dándole, con el ejemplo, saludables lecciones de cortesía. “Los demás—asegura René de Planhol en su libro sobre la justicia en el Ejército—están cortados por el mismo patrón.” Y ni necesidad hay de asegurar que es natural que así sea. Por su patética gravedad, por su prestigio sombrío, por el terror que inspira, y sobre todo por la naturaleza misma de los delincuentes que ante ellos comparecen, los Consejos de guerra tienen que representar al propio tiempo la más sutil inteligencia de los arcanos del corazón y la más pura conciencia de las necesidades de una disciplina nacional. La rigidez del Código militar es inflexible. Cada una de sus páginas habla de deshonra ó de muer-

te. Hace pocos días, refiriéndose á los artículos invocados ante el Congreso para justificar las diligencias contra el diputado de Mamers, los periódicos hicieron notar que cualquiera de ellos bastaba para provocar una condena á la pena capital. Dichosamente, la espada de la Temis guerrera es de las que, en manos hábiles y fuertes, se plega sin romperse. ¿Qué sería de los soldados, en efecto, si la ley marcial fuese aplicada al pie de la letra, sin discernimiento, sin matices, sin consideraciones de sentimiento? Los estudios de Planhol sobre la vida judicial en campaña son de los que honran á un pueblo, demostrando que ni en los días más trágicos pierden la noción de la piedad. “Nuestros tribunales de campaña—dice—son más bien de hecho que de derecho. Los oficiales que los forman no se aplican á un texto de la ley en cada caso definido, sino que escrutan el alma del acusado, sus móviles, su conducta, su historia y las circunstancias morales del delito. Luego, lo absuelven ó lo condenan, teniendo en cuenta más bien lo que es que lo que ha hecho. No olvidan nunca que, al mismo tiempo que jueces, son jefes. Un coronei decía á un soldado, en cuyo rostro leía-se el terror: “Hable usted libremente, pues si somos sus jueces, también somos sus compañeros de armas.” La mayor parte de los procesos son, para esos hombres de honor, casos

de conciencia más que casos jurídicos. En suma, pues, puede decirse que una corte marcial francesa es un jurado y un tribunal de honor, ante el cual un guerrero puede comparecer con confianza y hasta con esperanza. ¿Por qué, no obstante, ese miedo cerval que se apodera de aquellos que se presentan á sus audiencias? Las mismas salas en las cuales tales audiencias se verifican, no tienen nada de solemnes. Un día, es en un locutorio de escuela, en una ciudad provinciana; otro día, en el comedor de un castillo; otro día, en una biblioteca municipal... Los jueces acompañan á los Cuerpos de ejército y se contentan con los locales que el azar les depara. "Hasta en los teatros de los pueblos—dice un abogado—he defendido algunas causas." Pero, sea donde sea, todos están acuerdo para declarar que no es frecuente ver á un soldado conservar la sangre fría que se nota á menudo en los reos civiles que responden ante la Policía correccional ó ante la Corte de Justicia de delitos ó de crímenes comunes. Algo debe contribuir á ello el sentimiento del respeto hacia los superiores y algo también el sentimiento de la honra militar. "No hay nadie, por grave que sea su caso, por baja que sea su moralidad, que no tiemble ante la sentencia que lo condena á la degradación." "Por encima de la moral humana, en efecto, ciertas castas, que con-

servan un orgullo sano y fuerte conservan siempre la moral especial de su gremio. Esto se nota, sobre todo en los sacerdotes y en los militares.

Existe otro resorte más sensible todavía en el soldado, y es el del valor. Entre las causas instruídas en tiempo de guerra, las más numerosas son las provocadas por el miedo. Hé- roes hay que después de realizar actos admirables de arrojo durante largo tiempo, siéntense un día paralizados por un instinto súbito de conservación, y lejos de avanzar contra el enemigo, se esconden, retroceden, huyen. Para castigar tal crimen, que el lenguaje corriente califica de cobardía, el Código no conoce más pena que la muerte y la deshonra, en principio.

Digo en principio, porque los jueces militares saben, en los casos dignos de piedad, desdeñar la ley escrita y proceder conforme al mandato de sus conciencias. Basta que el acusado pida que se le permita volver á las trincheras, con objeto de rehabilitarse y de borrar la vergüenza pasajera de su crisis, para que el Consejo de guerra conceda lo que se llama el *sursis*. Al cabo de algunos meses, si un informe del coronel del regimiento declara que su nueva conducta lo hace digno de que su falta pasada se olvide, el culpable queda absuelto. Y cuando un bra-

vo ha pasado por semejante trance, nunca más vuelve á pecar por tímido.

Pero ¿Y los otros... y los que realmente tienen miedo y lo confiesan, y son incapaces de corregirse?... Por muy guerrera que sea el alma colectiva de un pueblo, siempre hay entre las masas llamadas á filas en virtud de la ley de servicio obligatorio algunas docenas, y aun algunas centenas, de individuos que, según la frase vulgar, “no han nacido para eso”. Y como los tales son, por lo general, en la vida civil muy buenos padres y muy buenos hijos, muy buenos ciudadanos y muy buenos trabajadores, comparecen ante sus jueces con un pasado lleno de recomendables antecedentes. “¿Qué quiere usted, mi coronel?—murmuran, llorando, los infelices—. Tengo miedo... es una desgracia... es una enfermedad de la que he querido curarme y no he podido... La razón me abandona en la pelea, y ni el ejemplo de mis compañeros ni las órdenes de mi capitán bastan para hacerme avanzar. Muy á menudo he pensado en suicidarme, para salir de este infierno, y tampoco he tenido valor para eso... Soy un cobarde...” ¿Qué hacer, qué pensar ante casos de tal especie?... La ley, que no se mete en matices psicológicos, dicta la pena suprema. Pero los jueces, que son hombres, y que oyen la voz de su conciencia, y que conocen las debilidades huma-

nas, no pueden inclinarse ante la ley, y buscan un pretexto, por pequeño que sea, para perdonar. Los médicos son, en estos casos, los cómplices del Consejo. Examinando al acusado, tratan de descubrir en su organismo alguna circunstancia atenuante. La defensa, por su parte, inventa novelas de atavismos alcohólicos, de herencia degenerada, y como el fiscal no tiene empeño ninguno en probarle lo contrario, casi siempre hay medio de acordar el perdón, y de emplear al "enfermo" en los servicios auxiliares, lejos de la metralla y de las burlas de sus compañeros. Pero hay casos terribles, casos implacables, ante los cuales toda la benevolencia de los jueces se estrella. Hay casos de hombres fuertes, sanos, que en la vida ordinaria se han mostrado enérgicos, y que, sin embargo, en la batalla tiran el fusil y huyen. En el fondo, éstos también tienen la excusa del miedo inconsciente, y también lloran, cofesando su flaqueza de ánimo, su desequilibrio nervioso. ¿Qué hacer con ellos? Hay que condenarlos. "Yo he visto los ojos llenos de lágrimas de los que pronuncian la sentencia"—dice Planhol. Y luego, para no dejarnos la sensación de una injusticia, agrega: "Una de las características de la justicia militar es que sus veredictos no se cumplen casi nunca. El general en jefe del sector tiene, en efecto, la facultad de aplazar las ejecu-

ciones hasta el fin de la guerra y lo hace siempre que puede, sabiendo que al firmarse la paz hay siempre una amnistía." Sólo un crimen no obtiene nunca piedad en el Ejército: el de traición. Pero no son nunca, ó casi nunca, los soldados los que cometen ese crimen.

IX

LAS TRAGEDIAS DE LA JUSTICIA

De vez en cuando, en los campos de las inmediaciones de las trincheras se encuentra, al pie de un árbol, un cadáver. Un letrero colgado de una rama, reza: "Fusilado por crimen de traición y de espionaje". Y el centinela que custodia los restos humanos cuenta á los militares que se detienen la lamentable historia, que casi siempre es la misma. Era un pastor de cabras que llevaba su rebaño á ciertos puntos estratégicos, sobre los cuales poco después las bombas alemanas comenzaban á llover... Era un campesino en cuya choza se encontraron unas cuantas palomas mensajeras... Era un buhonero que, entre sus baratijas, llevaba croquis de las fortificaciones más recientes... A veces, en ciertos sectores, es una aventura más novelesca y más patética: un oficial enemigo que, disfrazado de soldado francés, ha

penetrado en las trincheras para sorprender los secretos de los ataques que se preparan, ó una mujer de nacionalidad indeterminada, de situación social enigmática, que con sus encantos ha seducido á un incauto guerrero... Todos estos seres, ante los tribunales militares, no tardan mucho en confesar sus crímenes, y generalmente lo hacen con arrogancia, como jugadores que se declaran vencidos en el juego trágico y que no regatean la puesta. Convictos desde el principio del sumario, comparecen al Consejo de guerra muy pálidos, pero muy decididos, muy resignados. Y cuando se trata de firmar, después de la sentencia, una ilusoria súplica de gracia, rechazan á menudo esa última formalidad, que sólo sirve para prolongar sus agonías durante algunos días. Sin clemencia, que sería delictuosa, los jueces les aplican la ley en su estricto rigor.

Pero en esta categoría hay también casos menos claros, en los que el mecanismo de la justicia encuentra obstáculos de conciencia. La historia del soldado Rouget, que René Planhol refiere en su libro, es uno de los más curiosos y de los más complicados. Bravo hasta la temeridad, y tan inteligente como bravo, Rouget ofreció siempre sus servicios para las misiones peligrosas y difíciles. Cuando se trataba de ir á sorprender en medio de las

sombras de la noche un secreto del enemigo, él era el primero en decir: Aquí estoy. Sus actos de arrojo frío habían constelado su pecho de palmas de guerra. Una noche, el cabo que iba á reemplazarlo en un puesto avanzado no encontró sino su fusil y su casco. La patrulla encargada de buscarlo no encontró ninguna huella de sus pasos. Los centinelas próximos declararon que lo habían visto al anochecer, y que luego no habían sabido nada de él. Una encuesta hizo averiguar que Rouget tenía una novia, de quien estaba muy enamorado, en una aldea cercana. Pero la muchacha tampoco sabía nada, nada de él, hasta que un día recibió una tarjeta postal suya fechada en Alemania. De deducción en deducción, á causa del momento de su desaparición y del sitio en que se verificó, el juez instructor llegó á adquirir el convencimiento moral de que Rouget había pasado al enemigo para venderle los secretos de su sector. El Consejo de guerra llamado á juzgarlo en rebeldía condenólo á muerte como traidor, fundando su sentencia en las declaraciones formales de un prisionero bávaro que había visto llegar á las trincheras alemanas á un soldado francés la noche misma de la desaparición de Rouget. Transcurrieron largos meses. En la compañía nadie se acordaba ya de la aventura, cuando una mañana el capitán recibió á un hombre que pedía ser reintegra-

do en filas y que llevaba certificados de las autoridades holandesas demostrando que se había escapado de un campamento de prisioneros de Prusia. Invitado á explicar de qué manera había caído en poder del enemigo, dijo que, sorprendido por tres alemanes que lo amenazaban de muerte si no se rendía sin pronunciar una palabra, había tenido que dejarse llevar atado. Ante un nuevo Consejo de guerra, el primer proceso fué revisado cuidadosamente. Las circunstancias materiales eran contrarias á la tesis de la defensa. Al lugar donde el acusado se hallaba al desertar, no podía el enemigo llegar sin ser visto por los demás centinelas. Además, el bávaro ratificó su primera declaración bajo juramento. La misma facilidad con que había podido escaparse de su cautiverio, en fin, constituía un indicio sospechoso. Pero la hoja de servicios era tan brillante, que los jueces no se atrevían á confirmar la sentencia anterior. Y, además, el abogado defensor decía:

—Si este hombre fuera culpable, se habría quedado en Holanda, donde las autoridades le ofrecieron internarle hasta el fin de la guerra.

¿Cómo conciliar tanto elemento contradictorio de juicio? Después de un largo debate, la tesis de la clemencia fundada en la duda, que es la mejor y la más humana de las

tesis jurídicas, triunfó. Rouget fué absuelto.

—¿Por unanimidad? —preguntó al oír la sentencia.

—No—le contestó el presidente—. Por mayoría... Hay un voto contra la absolución...

—Entonces no me queda más recurso que hacerme matar para salvar mi honra.

Y en la primera batalla, en efecto, aquel soldado cayó muerto gritando "viva Francia..."

Otro caso curioso de conciencia es el de Louchin, que, como dice Planhol, "muestra un alma agitada por el heroísmo, por la ternura, por la codicia y por el terror, é inspira admiración y desprecio, piedad y tristeza". Louchin era soldado, y tenía un hermano que servía en su misma sección. Queriéndose entrañablemente, aquellos dos muchachos, que parecían gemelos, rivalizaban en bravura y en buena conducta. Siempre unidos, huyendo de sus demás compañeros de armas, se paseaban solos, buscando la soledad. En la pelea nadie les ganaba en bravura, en sangre fría, en inteligencia. Un día, uno de ellos tuvo la suerte de capturar una bandera enemiga, y su coronel le ofreció, en recompensa, la cruz de Guerra. —Por favor—contestó el agraciado—, no me condecóre usted todavía; mi hermano ha de merecerlo también muy pronto y entonces nos condecorará usted á los dos juntos. En efecto, poco después el otro realizó

un acto magnífico, y el jefe del regimiento pudo prender las dos cruces de bronce en los dos uniformes fraternales. Una mañana de Mayo, en el asalto de una trinchera, uno de los dos cayó muerto. El otro, despreciando las balas, arrodillóse ante el cadáver y lo cubrió de lágrimas. Luego, poniéndose de pie, á pesar de las órdenes de su sargento, echó á correr como un loco en medio de la tormenta de fuego y desapareció. Deseoso de no exponerlo á un castigo, su capitán esperó tres, cuatro días su regreso. En una aldea cercana lo habían visto en una taberna, borracho, hablando solo. —El infeliz—pensaban sus camaradas—se habrá vuelto loco.—Al cabo de una semana, fué necesario dar parte á la justicia. Su caso era grave. La sentencia lo condenó á muerte, por haber abandonado su puesto de combate ante el enemigo y por haber desertado. Los gendarmes encargados de su captura lo encontraron dos meses después en un pueblo, en casa de una mujer de mala vida. Estaba vestido de paisano y en la cartera tenía más de dos mil francos en billetes belgas, franceses é ingleses. Interrogado sobre el origen de aquel dinero, dió mil explicaciones contradictorias. La instrucción demostró en seguida que la suma pertenecía á la mujer con la cual vivía Louchin, y que había sido ganada en los diversos campamentos

del Norte en un comercio poco honroso. —Es cierto—confesó el acusado—, yo era su amante y ella me daba lo que tenía. —Ante sus jueces, oyendo el requisitorio del fiscal, mostróse tranquilo, hasta que al llegar al relato de la muerte de su hermano púsose de pie y, llorando, exclamó: —¡Mi pobre Nazario... mi pobre Nazario... Desde que te vi morir, no sé ni lo que hago ni lo que soy!... Y en seguida, dirigiéndose al presidente, agregó: —¡Fusíleme usted, por favor, mi coronel, pues ya ni fuerzas para matarme tengo!...—Aprovechando las emociones del tribunal, el defensor habló de los misterios insondables del ser humano, y logró, si no la absolucíón, por lo menos las circunstancias atenuantes. Condenado á diez años de presidio, obtuvo el favor del *sursis de guerra* y volvió á las trincheras, donde murió heroicamente.

Las historias como éstas, que demuestran la terrible dificultad de poner de acuerdo la conciencia y el principio de disciplina, son innumerables. Más que en la vida normal, en la existencia de campaña el juez que no se contenta con ser un intérprete ciego de la ley, encuéntrase á cada instante ante la angustia del que, al asomarse al borde de su alma, siente el vértigo de lo desconocido.

En los países donde el servicio obligatorio existe, el Ejército, en tiempo de guerra, con sus ocho ó diez "clases" convocadas simultáneamente, representa toda la población válida. De veinte á cuarenta y cinco años, en efecto, nadie que sea capaz de llevar un fusil escapa á la movilización general. El sacerdote como el banquero, y el sabio como el campesino, forman parte de la inmensa masa guerrera. Ahí están, pues, reunidos y confundidos los vicios y las virtudes de que se compone el alma humana en su infinita complejidad.—No nos engañemos—dice un capitán, acariciando el espejismo de una falange perfecta, sólo compuesta de seres caballerescos—. Lo real es siempre más bello que lo ideal, y en nuestras filas se hallan mezclados todos los caracteres y todas las pasiones que existen en el hombre desde el principio del mundo. Si á esto agregamos el factor psicológico de la vida de campaña, en la cual los hombres, sintiendo lo deleznable de la existencia, se dejan llevar de sus instintos, encontraremos en cualquier ejército que combate una imagen exaltada de las sociedades modernas. Que los seres virtuosos son más virtuosos todavía en las trincheras, muy á menudo se ha dicho, al hablar del heroísmo sublime de los clérigos soldados. Lo lógico sería, pues, que al propio tiempo los individuos que pertenecen á las ca-

tegorías viciadas, los que, en tiempos normales, forman la clientela de los tribunales ordinarios, se mostrasen en los campamentos tan perversos, por lo menos, como en la existencia ordinaria. Las estadísticas, sin embargo, nos demuestran lo contrario. Aun en ciertos lugares abandonados por la Policía, el número de delitos graves cometidos por los militares es menor que el cometido por los paisanos. ¿Debemos atribuir este fenómeno á la influencia moral del uniforme, que siempre ennoblece al que lo lleva?... ¿Debemos atribuirlo más bien al miedo del castigo inmediato?... Porque los Consejos de guerra, que guardan su indulgencia para los casos de conciencia, castigan severamente los delitos comunes. Por un robo, cuando no hay circunstancias extraordinarias, la pena que aplican los jueces militares es la de diez años de presidio, con degradación militar. Pero claro que no se trata de esos hurtos sin importancia que las tropas cometen siempre en los corrales, y que no indignan sino á los campesinos que son víctimas de ellos. No. Ante las gallinas y los conejos que aparecen de pronto en las cocinas de campaña, los oficiales cierran los ojos. Y si alguna vez hay que castigar á los *chapeards*, el capitán de la compañía lo hace sin acudir á la justicia. Lo que provoca la cólera implacable de Temis es el robo de dinero

ó de objetos de valor cometido en los pueblos, y, sobre todo, el robo entre compañeros. Cuando el portamonedas de un "peludo" desaparece, la gendarmería no descansa mientras no descubre al ladrón. Una vez el ladrón descubierto, nadie lo salva de la cárcel, por muchos actos de heroísmo que haya realizado en las batallas.

—Se trata del honor del regimiento—dicen los jueces.

En realidad, se trata también de la defensa contra el mal más generalizado en el Ejército. Cuando, hace dos años, yo publiqué un artículo sobre las Memorias de Goethe, haciendo observar el ingenuo cinismo con que el gran poeta confesaba no sólo los robos de sus compañeros de armas, sino los suyos propios, Remy de Gourmont me contestó en *La France*, con citas de Stendhal, que también se vanagloriaba de haber robado durante la retirada de Rusia. En medio de la tragedia, la idea de propiedad pierde su valor moral. Los hombres que exponen su vida á cada instante, se creen con derecho á aprovechar el bien ajeno sin pedir permiso á su dueño. La justicia tiene, pues, que oponerse á este instinto con una severidad que está en contradicción con sus amplios principios de sutil benevolencia, pero que constituye una higiene moral indispensable para el mantenimiento de la disciplina. El caso

más típico de rigorismo que registra la historia anecdótica de los Consejos de guerra se halla, á mi ver, en esta rama de su actividad. Una noche, teniendo noticias vagas de que en las trincheras enemigas se preparaba un ataque, el jefe de un sector buscó á un voluntario capaz de hacer el sacrificio de su vida para sorprender los movimientos alemanes.—A pocos pasos de la trinchera *boche*—dijo—hay un montón de muertos. El soldado que quiera ir á acostarse entre esos cadáveres, aprovechando la obscuridad, podrá enterarse de lo que combinan nuestros adversarios.—Yo voy—exclamó un muchacho de París, que tenía fama de listo y de bravo. El coronel le hizo notar que se exponía á sucumbir bajo el bombardeo, á ser reconocido por las patrullas y, en fin, lo que era aún más terrible, á ser quemado vivo si los germanos decidían incinerar aquella noche á los muertos.—No importa—dijo el voluntario. Y arrastrándose llegó hasta el sitio designado y se echó boca-abajo entre algunos cadáveres, que comenzaban ya á oler mal. Dos ó tres veces las patrullas pasaron á su lado. Más de una granada estalló á poca distancia de su cabeza. Impasible é insensible, el héroe no se movió hasta que, en la mañana, se dió cuenta de que los alemanes comenzaban á salir de sus abrigos para asaltar las posiciones francesas. Incorpor-

rándose en medio de los muertos, echó á correr gritando: "Vienen los *boches*. Vienen los *boches*." Su acto salvó á sus compañeros de una sorpresa; su coronel le concedió en el acto la cruz de Guerra. Pero ¡ay! la historia no concluye aquí. Para entretenerse, el buen voluntario había explorado los bolsillos de los cadáveres franceses en cuya compañía había pasado la noche, y se había apoderado de sus portamonedas. Convicto y confeso, sus jueces lo condenaron á varios años de presidio. Su defensor, para salvarlo, había dicho en la Audiencia:

—Al apoderarse de esos objetos, el acusado proponíase devolverlos á las familias de sus dueños.

Sonriendo, el parisiense murmuró:

—No es cierto... Los cogí para beber con los compañeros... No hay que contar mentiras...

¿Qué podía hacer el Consejo ante tal cinismo?... Por fortuna, el general, en uso de sus facultades, acordó el *sursis* de guerra, que permitió á aquel bravo morir heroicamente poco tiempo después en una batalla.

Junto á las historias de codicia, hay en los anales de la justicia militar dramas de amor. "En las trincheras—dice René de Planhol—las mujeres sólo están presentes en la memoria de los maridos y de los amantes; en el

curso de los días de descanso, en los sectores de retaguardia, en cambio, la mujer aparece en carne y hueso, y los idilios pasajeros suelen convertirse en pasiones vehementes, que transforman en locos de amor á los más cuerdos." Las consecuencias de estas exaltaciones son, por lo general, las riñas por celos, las deserciones y los robos en favor de las dulcineas. ¿Quién no recuerda, como ejemplo típico, el proceso famoso de aquel capitán enamorado de una gran modista parisiense que, para demostrarle su amor, le mandaba cada semana una parte de los víveres destinados á su compañía?... Pero entre oficiales esto es muy raro. Son los pobres soldados los que, no teniendo dinero para mantener á sus amigas, caen en la tentación de buscar en los carros de la Intendencia "artículos de primera necesidad"... En la escala de las penas, el robo al Estado, menos deshonoroso que el robo á los particulares, es castigado con meses y no con años de cárcel. Además, el amor es siempre una circunstancia atenuante, hasta cuando se trata de desertores.

—¿En qué se reconoce un desertor por amor?—le pregunté un día á un oficial.

—En que generalmente vuelven espontáneamente, al cabo de un mes... Las pasiones no suelen durar más de cuatro semanas en estado álgido... En cuanto la sed de besos se

calma, el soldado que ha abandonado su puesto en un momento de delirio, comienza á sentir la gravedad de su falta. Algunos, en ese despertar de un sueño, se suicidan. Otros, más indecisos, no saben á punto fijo lo que deben hacer y van á pedir consejos á los amigos, que no siempre les indican el buen camino. Al fin estos últimos acaban siempre por volver al regimiento contritos, confesando su falta y no invocando sino la excusa de la demencia pasajera.

Entre los numerosos procesos que Planhol cita, todos los relativos á esta clase de delitos terminan, si no con el perdón completo, al menos con la piedad relativa de las circunstancias atenuantes. En vez de cinco ó de diez años de presidio, los desertores por amor son condenados á uno ó dos años de trabajos públicos. Me diréis, sin duda, que ya es bastante para un delito que entra en la categoría de lo pasional y que está siempre atenuado por el arrepentimiento. Cierto. Pero no hay que perder de vista, cuando se trata de sentencias de guerra, que los jueces saben, en ciertos casos, pronunciarlas de un modo platónico é inofensivo. Gracias á las facultades que la ley le confiere, el general de cada sector puede, después de estudiar la causa, aplicar al reo la ley de *sursis*, que si no anula en teoría la condena, por lo menos puede suspender su apli-

cación durante la guerra, lo que, en suma, es lo mismo. Un soldado que vuelve á las trincheras lleva la certidumbre de que los meses ó los años de cárcel que le han sido impuestos no significan nada. Con un poco de cordura en su conducta y un mucho de heroísmo en la pelea, no tarda en obtener un indulto completo, sobre todo si su defensor no lo pierde de vista é interviene en su favor.

Uno de los problemas morales de la justicia militar es el de la eficacia de la defensa. ¿Es posible — nos preguntamos—que un oficial, designado de oficio, tome su misión tan en serio que, olvidándose de que los jueces ante los cuales se presenta son sus superiores, les dispute palmo á palmo el terreno de la lucha jurídica?... ¿Qué aliciente puede, por otra parte, sentir el defensor militar? Material, ninguno; puesto que está establecido que el abogado de oficio no cobre nada. Moral, tampoco; puesto que las audiencias se celebran á puertas cerradas. Es un ministerio, pues, el que ejerce quien se encarga de los intereses de un acusado en el Ejército. Y en ciertos países donde la disciplina y la jerarquía se superponen á la idea del derecho, es un ministerio peligroso. ¿Os figuráis, por ejemplo, á un teniente prusiano designado para defender á

un soldado y teniendo que contradecir á un fiscal con galones de comandante? En Francia el reo puede escoger su abogado fuera de las listas de los defensores de oficio. Si no lo hace en general, es porque sabe que no hay ni grados, ni galones, ni prestigios capaces de intimidar al hombre encargado de salvar á un inocente ó de disculpar á un culpable. "Puedo afirmar—dice un abogado—que jamás he tenido queja de la justicia militar y que nunca un presidente de Consejo de guerra me ha cortado la palabra ó se ha opuesto á la audición de un testigo, como suelen hacerlo los presidentes de las audiencias ordinarias. Con mi uniforme de simple soldado he entablado debates rudos contra los capitanes relatores, y, más de una vez, los he obligado á callar ó á reconocer sus errores; lo que digo de mí puedo decirlo de todos mis colegas." El mecanismo de estos tribunales de campaña es de una gran sencillez. Como jefe supremo del sector, el general de la división recibe las denuncias y las quejas de las diversas compañías y las comunica al comisario relator para que instruya la sumaria. En caso de delito probado, el comisario relator, que ejerce las funciones de juez instructor y de fiscal, sostiene ante el Consejo permanente la acusación. Este comisario es siempre un magistrado de carrera. Los cinco jueces, que no for-

man sino un jurado, un tribunal de conciencia, son: un coronel, un comandante, un capitán, un teniente y un sargento. Cuando el acusado no tiene confianza en los abogados defensores de su regimiento, puede encargár de sus intereses á la persona que mejor le convenga. No se requiere ningún título para ser defensor, y Planhol nos habla, no sin cierta ironía, de un gendarme iletrado que, gracias á su elocuencia natural, llegó á crearse una verdadera fama como defensor. "Mi coronel—decía siempre—, yo conozco á los criminales; yo estoy acostumbrado á tratar con criminales; yo no me dejo engañar por ningún criminal... Pues bien: este hombre no es un criminal... No hay más que verlo, no hay más que oirlo, no hay más que examinar su existencia, para comprender que, si ha delinquido, es en un momento de locura... ¡Ved sus lágrimas de arrepentimiento!..." El buen gendarme decía siempre lo mismo. El tribunal, cansado de oirlo, sonreía. Pero el acusado acababa por llorar, y sus lágrimas conmovían á todo el mundo.

Un abogado nos refería poco ha, en casa de Maeterlinck, un caso extraordinario de abnegación femenina. Celoso de su querida, un sargento corso había la sorprendido una tarde en compañía de un amigo suyo. Para castigarla, y, sobre todo, para desfigurarla, le ha-

bía cortado la nariz. Ante el Consejo de guerra negó su crimen, diciendo: "No he sido yo; yo no soy capaz de un acto tan odioso." Todo el mundo, sin embargo, sabía la verdad de la historia. Dos testigos declararon que habían presenciado la escena. El tribunal hizo, al fin, comparecer á la víctima, que hasta entonces, á causa de su estado, no había podido salir del hospital.

—¿Reconoce usted á este hombre?—preguntóle el fiscal.

—Sí, señor, lo reconozco; es mi amigo.

—¿Es el mismo que le cortó á usted la nariz?

—No, señor; no... La nariz me la corté yo misma...

Y por más que los jueces hicieron, no hubo medio de que aquella mujer consintiera en confesar la verdad. Diez, veinte veces, juró que era ella, y nadie más que ella, la que, en un momento de locura, se había cortado la nariz.

El abogado que nos cuenta esta aventura termina diciendo:

—Era absurdo aceptar la tesis de la inocencia... Pero, ¿qué iban á hacer los jueces?... Mostrarse más severos que la víctima hubiera sido contrario á la justicia. Por piedad hacia la mujer, el Consejo absolvió al sargento. Uno de los más nobles principios de la justicia

marcial consiste en preferir caer en el error perdonando al culpable, que condenando á un inocente...

Es cierto. Todas las crónicas de las audiencias de guerra reunidas por René de Planhol demuestran el mismo escrúpulo, la misma incertidumbre ante los casos difíciles, el mismo deseo de no negar á la defensa ninguno de los medios de acción que pueden serle útiles. La severidad del Código militar, que no conoce sino penas graves y á veces excesivas, impone á los que tienen el deber de aplicar sus reglas un sentido muy fino de los matices. Que en la jurisprudencia de tiempos normales un juez no pierda el sueño después de haber impuesto algunas multas ó algunas semanas de detención, se comprende. Pero cuando se trata de sentencias de las cuales depende la honra y la vida, es preciso tener un alma de acero para pronunciarlas si existe siquiera una sombra de duda. Ya sé que ciertos jefes del Ejército ponen por encima de todo la necesidad de conservar, gracias á los ejemplos crueles, la disciplina. "Es preferible cometer una injusticia—dice Goethe—que dejar peligrar el orden." Con teorías así, se llega á excusar los crímenes cometidos en Bélgica, donde los alcaldes eran condenados á muerte por delitos imaginarios, con el solo objeto de aterrorizar á las poblaciones y de evitar las

dificultades de las requisas. Pero, por fortuna, en Francia los oficiales piensan de otro modo y sienten con más humanidad. En las doscientas causas analizadas por Planhol, sólo dos veces las condenas á muerte fueron ejecutadas. "Lo importante—agrega este escritor—es que el mecanismo exista, y que se sepa que, en casos de urgencia, sus ruedas se mueven con un rigor y una rapidez extraordinarios. El miedo que los Consejos de guerra inspiran es muy necesario. El honor, el patriotismo, el sentimiento del deber, la religión, todo eso existe, sin duda. Mas contar con ello para mantener la disciplina en una masa de varios millones sería una locura. La bestia humana necesita el temor para no desencadenarse. Así como no existe la moral sin sanción, no existe tampoco el orden sin el castigo. Toda la eficacia del Ejército reposa en el funcionamiento de los Consejos de guerra y en el terror que inspiran."

Que este terror existe, es indudable. Los hombres que exponen todos los días su vida sin la menor emoción, ante la perspectiva de una sentencia de la corte marcial, tiemblan. ¿Por qué, puesto que no hay jueces más clementes que los militares? Esta pregunta, que acudió á mi mente al comenzar á leer la obra de Planhol, vuelve, ahora que termino mi lectura, á preocuparme. ¿Por qué tal miedo ante

la más suave y la más humana de las justicias?... Nadie logra explicárselo, y menos que nadie los abogados defensores, que saben, por las estadísticas, cuán platónica es, en el fondo, la dureza implacable de la Temis guerrera.

X

YPRES LA MUERTA

Acongojados y atónicos caminamos lentamente por en medio del arroyo. Hay algo de feérico en el cuadro que va desarrollándose, poco á poco, ante nuestra vista. De una calle pasamos á otra calle, de una plaza á otra plaza y en todas partes es la misma desolación, la misma tristeza, el mismo silencio sepulcral. Nosotros mismos no nos atrevemos á decir una palabra, como temerosos de despertar el alma dormida de las ruinas. Las lamentaciones, las imprecaciones, las exaltaciones, serían aquí insuficientes, por lo demás. ¿Dónde encontrar, en efecto, salmos bastantes para tanto horror y tanta angustia?... En otras ciudades destruidas, los escombros no forman sino islas que rodean espacios aún llenos, si no de vida, por lo menos de esperanza. Aquí es la muerte absoluta, la muerte completa, la

muerte sin ilusiones de resurrección. Los edificios que conservan sus tapias en pie, no son sino esqueletos cuyas entrañas están calcinadas. Un soplo de viento bastaría para derribar lo que se empeña en desafiar la cólera del fuego. Evocando el recuerdo de antiguas visitas á este relicario de los grandes siglos flamencos, me pregunto con angustia lo que será de las casas que más me interesaron. ¿Existirá alguna de ellas?... ¿Se habrá salvado por milagro algo de lo que constituía el encanto de la arquitectura local?... Con la imaginación contemplo el venerable café de la Buena Voluntad, donde pasé tantas horas agradables hace algunos años, y veo al viejo hostelero que solía decirme, sin darse cuenta de que halagaba en mí un sentimiento muy íntimo: "¡Ya no estamos en los tiempos de Alberto é Isabel, por nuestra desgracia!" Veo también la plaza del Museo, con sus casitas puntiagudas, y oigo al cicerone que, después de enseñarme los tesoros de las colecciones artísticas, salía hasta la puerta con la gorra en la mano y se quejaba también de los tiempos modernos. Luego, como en un cinematógrafo, pasan por mi memoria las fachadas ilustres de la rue de Lille, de la rue de Dixmude, de la Bouche, de la plaza Van den Peereboom, del Marché aux Bois, de la rue Elverdinghe, de la rue du Temple... ¡Aquellas

casitas labradas como joyeles, con sus pórticos, ligeros, con sus ventanas festoneadas, con sus cornisas floridas!... ¡Aquella maravillosa Boucherie con su doble *pignon* escalonado, con su fachada ojival, con sus frisos esculpidos!... ¡Y el antiguo Beaterio, convertido en cuartel de gendarmería!... ¡Y la casa de los Templarios, que parecía un juguete de encaje, un relicario de piedra, algo en que las proporciones diminutas contrastaban con la suntuosidad de la ornamentación!...

— Todo destruido — murmura el oficial que me acompaña, un oficial belga que vivió aquí largos años de paz, que luchó aquí á principios de la guerra y que aquí, entre estas ruinas, dejó su brazo izquierdo.

En el silencio de esta mañana de bruma, en la soledad inmensa de esta necrópolis, hay algo de mortuorio que me penetra, que me llena de angustia. Sé que mi compañero de peregrinaciones conoce cada una de estas piedras, y ni siquiera me atrevo á interrogarle, por no aumentar su pena. “¿Que debe experimentar él — me pregunto —, cuando yo mismo, que no soy sino un extranjero, oigo en el fondo del pecho voces de congoja? De vez en cuando, al verlo detenerse un instante ante ciertas casas destruidas que encontramos en nuestro camino, se me figura que algún recuerdo íntimo lo entristece, que

algún fantasma familiar surge ante su vista de los montones de escombros, que algún quejido desgarrador le hace estremecerse.

Por las calles muertas vamos hacia el Mercado de los Paños, que era el Partenón de la arquitectura cívica de Europa. Ya sé que no encontraremos sino ruinas, siempre ruinas. Las fotografías nos han acostumbrado al espectáculo de este formidable esqueleto de piedra. "No queda nada"—nos dicen los que han estado aquí antes que nosotros. Pero la imagen de aquel palacio de encanto se halla tan grabada en mi retina, que no lo evoco tal cual las últimas tarjetas postales lo ofrecen á la lástima universal, sino tal cual lo vi hace años, una de aquellas mañanas primaverales en que los romeros del arte veníamos á contemplar sus cien ventanas, sus techos de encaje, sus torrecillas aéreas, su enorme atalaya... Entre los innumerables monumentos de las viejas Flandes, laboriosas y guerreras éste era tal vez el único incomparable. Catedrales como la de Amberes, las hay en otras ciudades. Palacios como el Municipio de Bruselas, también los hay. En cambio, sólo una Halle aux Draps existía en el mundo... Y era una obra tan singular, que quien la veía una vez no la olvidaba nunca... Era, al mismo tiempo, una joya afilegranada, calada, labrada, con detalles de una delicadeza exquisita,

y un baluarte enorme, una masa imponente, un santuario cíclico. Era la perfección y la armonía con sus líneas puras, con sus ojivas simétricas, con sus soportales severos, y era el capricho, era la fantasía, era la sorpresa... Era la serenidad de una raza de negociantes enriquecidos y era el orgullo de un comuna batalladora. "Figuraos — dice Verhaeren — una catedral gótica que fuese á la par un palacio veneciano y un alcázar árabe: eso era nuestra Halle." Era el gran relicario del arte belga, en efecto. Diez, veinte veces, los ipreses habían temblado, no ante la idea de su ruina completa, pues esto parecía imposible, dada su grandeza, sino ante el temor de su mutilación. Las guerras, á través del tiempo, habían amenazado su fiera atalaya. Sin embargo, ni los españoles del príncipe de Parma durante el sitio de 1584, ni los franceses en el siglo xvii, habíanse atrevido á atentar contra su belleza. Sólo en 1794, cuando la tormenta de la Revolución francesa se encarnizaba contra los muros más venerables, un concejal republicano propuso la demolición completa del edificio. En vez de hacerle caso, los habitantes de Ypres se decidieron entonces á restaurarlo. ¡Y con cuánto entusiasmo, con cuánto respeto histórico lo hicieron! En las vastas salas, antes desiertas, todo el pasado local surgió de pronto, en una serie de

frescos, con sus miserias y sus grandezas. Para que nada faltara, hasta á la peste de mediados del siglo xiv se le atribuyó un muro, al pie del cual se leía la antigua frase: "La muerte de Ypres"... Hoy, ese cuadro, como todos los demás, ha sido pasto de las llamas; pero su recuerdo hace comprender á los flamencos que la muerte de la Edad Media, la muerte de la ciudad, causada por la peste negra, fué poca cosa comparada con la muerte actual.

Hoy, sí puede escribirse en todas las piedras que encontramos en las calles: "Dood van Yperen"... Hoy, las otras poblaciones que se creían sepultadas, las Brujas muertas, las Malinas muertas, aparecen llenas de vida comparadas con este camposanto. Ni Soissons, ni Reims, ni Arras, ni la misma Dixmude, pueden poner sus martirios junto al martirio de Ypres. En las largas calles que recorreremos á pie, encaminándonos hacia el centro, no hemos hallado más que un edificio habitable: las antigua cárcel. Allí se hallan los soldados que guardan las ruinas.

—Ahí debieran estar los incendiarios—me dice mi compañero.

Pero luego exclama:

—No... No... No basta la justicia humana para exigir cuentas de un crimen como éste... Es toda la historia, es todo el arte, es toda la

existencia de una comuna que merecía seguir viviendo, la que así ha sucumbido asesinada... Ya verá usted los mercados y la catedral...

El oficial que me acompaña parece dar á la destrucción de la catedral una importancia mayor que á la de los demás edificios de la ciudad. De pie, frente á las ruinas del templo, permanece inmóvil, mudo, evocando sin duda recuerdos enternecedores de su adolescencia cristiana. De la alta torre no quedan sino restos informes. Las naves se han hundido. Las pilastras que sostenían la bóveda y que parecían á los artistas demasiado gruesas, demasiado bastas para una carga tan aparentemente ligera, yacen, convertidas en polvo, bajo el hacinamiento de los techos. Las maravillosas sillerías del coro, obra maestra del famoso Urbano Taillebert, no son sino ceniza. Los frescos, los altares, los pulpitos labrados, las verjas áureas de las capillas, las tumbas de los obispos con sus figuras de mármol, todo lo que constituía el tesoro religioso de la venerable basílica de San Martín, se halla allí, en ese monton caótico y negro...

—Todo, todo — murmura mi compañero como para hacerme sentir que el corazón de Ypres estaba en su catedral.

Para mí, sin embargo, la pérdida de tan bello templo, que en otra parte me habría emocionado, aquí apenas me interesa. Y es que, á pocos pasos, otras ruinas aparecen más grandiosas, más trágicas, más lamentables, haciéndome olvidar las pompas religiosas de la cuna de Cornelio Jansenio, para no pensar sino en las luchas y en las victorias de los burgueses medioevales que encerraron en ese alcázar extraordinario sus ideales.

En Ypres, en efecto, la verdadera catedral era el Mercado de los Paños, una catedral de creencias cívicas y municipales, un santuario de la fe laboriosa que logra sobreponerse á las tiranías de los príncipes.

Decir que todas las reivindicaciones del socialismo moderno se hallaban realizadas en la Edad Media, gracias á la organización de las *gildes* flamencas, es no conocer ni el pasado ni el presente. No es una lección sindicalista la que estas ruinas nos dan. Es, quizás, una lección contraria... Sin sentimientos comparables á lo que nosotros hoy llamamos patriotismo, pero animados de un profundo amor de sus ciudades y, más que todo, de un deseo de buen gobierno y de amplia libertad municipal, los flamencos pasaban del partido de sus condes al partido del rey de Francia, según las esperanzas del momento. Justamente los años en que los mercados edificaban, derro-

chando tesoros, el palacio cuya ruina lloramos hoy, son los más agitados de la historia local.

Para luchar contra Gui De Dampierre, que, á fines del siglo XIII, pretendía imponer su despotismo personal, los demócratas, "los hombres del común", según la expresión de la época, llamaron en su auxilio al monarca francés, que ofreció defender la causa del pueblo contra los patricios. Las ilusiones de los trabajadores no duraron mucho tiempo. "Durante la pelea dentro de las ciudades—dice Pirenne—en la cual los ricos estaban frente á los pobres, despertóse en estos últimos una especie de conciencia nacional."

Cómo terminó aquella guerra, todo el mundo lo sabe: terminó en Courtray con la magnífica batalla en la cual los obreros, armados de picas y de garrotes, destruyeron la magnífica falange de Chatillon. "Es nuestro triunfo—gritaron los hombres del común—, la hora de nuestro reino ha llegado." Y, en efecto, durante algunos años la eterna ilusión de todas las democracias victoriosas hizo creer en el advenimiento de la era de la igualdad social. En el nuevo régimen, cada oficio, cada categoría de ciudadanos disponía de una parte del poder público. "Pero—dice el gran historiador belga—tal sistema no podía poner un término á las luchas sociales. Si los pequeños industriales y los mercaderes lo aceptaron,

aquéllos con entusiasmo y éstos resignados, los trabajadores no se mostraron satisfechos, pues lo que esperaban de la democracia era un cambio completo de su situación. Habían tomado las armas para salvarse del yugo del patronato, acariciando ensueños de igualdad, de fraternidad, de justicia absoluta. Muchos de ellos proclamaban la fórmula de que cada uno debía tener tanto como los demás. Y de pronto veían que si habían destruído el patriarcado y si habían adquirido derechos políticos y electorales que para nada les servían en el fondo, si habían logrado el privilegio de elegir á los jefes de las corporaciones, no por eso dejaban de seguir condenados á trabajar perpetuamente." Los mercados de Ypres, con su alta atalaya, con sus altos muros, con sus torres angulares, fueron el verdadero baluarte del orden burgués contra la perpetua agitación de las clases trabajadoras en la Edad Media, y también, aunque la historia socialista no lo diga, el ancla salvadora del pueblo. Arruinados periódicamente por sus huelgas, los obreros encontraban de nuevo, al volver á la labor necesaria, gracias á las organizaciones patronales, los elementos indispensables á la existencia.

Buscando la lana en regiones remotas, buscando mercados en toda Europa, estudiando los progresos del arte de tejer, los pañeros

flamencos, durante varios siglos, no sólo triunfaron de la concurrencia extranjera, sino que mantuvieron la riqueza local por encima de las tormentas comunales. Rigurosos para con los humildes, aquellos industriales lo eran al propio tiempo para consigo mismos.

En las viejas ordenanzas echevinales todo está previsto y para todo hay sanciones. La lana había de ser, no sólo pura, sino de una sola calidad. El que mezclaba dos especies de lana era castigado severamente. El número de hilos era contado con escrúpulo por los inspectores. En el tinte, la materia grasa tenía que ser "manteca de vaca pura", y los colores no debían salirse de ciertas recetas. El trabajo nocturno era un delito. Emplear niños, un delito. Secar los paños de modo que se alargaran al ser estirados, más que un delito, casi un crimen... Junto á esta parte técnica del patriado encontramos la parte de la solidaridad capitalista. "Cuando los hermanos de la cofradía de los pañeros salgan de la villa—dice una ordenanza—han de ir varios, para prestarse mutua ayuda de consejos, de bolsa ó espada. Para rescatar á un hermano prisionero ó cautivo, los otros han de contribuir. Ninguno puede entrar en la cofradía antes de jurar que no siente odio por alguno otro de los hermanos."

Y tampoco olvidan los reglamentos la ca-

ridad para con el pueblo. El artículo 4.º ordena que "cuando los hermanos se reúnan en banquetes y beberías, den el diezmo de lo que consuman á los pobres".

Viendo ahora la ciudad destruída y desierta, no me la figuro cual era hace cuatro años, en la melancolía de su decadencia, en su pálida gloria de santuario histórico, sino tal como debe de haber sido en el siglo XIII y en el siglo XIV, con sus calles llenas de animación, con sus fiestas perpetuas, con el ardor de sus luchas, con la fiebre de su comercio, con el orgullo de su poder y de su riqueza.

En una bula pontifical de 1247, el número de sus habitantes está calculado en 200.000. Pero lo que el documento romano no dice es si esa cifra, ya muy considerable para la Edad Media, se refiere sólo al recinto de la villa fortificada y cercada, ó también á sus suburbios obreros. Porque, en realidad, lo que las antiguas estampas nos ofrecen como "panorama de Ypres" no era más que una *cité* comparable al centro de Londres, en la cual no había sino residencias de magnates, de magistrados municipales y de mercaderes importantes. El pueblo, "el común", según la fórmula flamenca, vivía extramuros, en casitas de madera, que sin duda eran edificadas para ellos por sus patronos, puesto que en los cartas de Varkindera se lee que "los trabajadores no tienen

derecho á llevarse sus casas si abandonaban la comuna". En cuauto á las viviendas de los industriales, que eran *steenens*, ó sea de cal y canto, con torres y con muros de defensa, resultaban verdaderas fortalezas, capaces de defender las vidas de sus dueños contra la cólera del proletariado, y hasta la independencia del Municipio contra las fuerzas enemigas.

Cuando en 1383 los ingleses y los ganteses unidos, "con gran número de pueblos en armas", pusieron sitio á la ciudad y la atacaron "de ruda manera", los burgueses, bajo las órdenes de sus concejales, defendieron tan bien sus muros, que al cabo de dos meses de varias tentativas, *anglois et gantois considerant le peu de prouffit que jusq' alors ils avaient fait, partirent d'illec.*

Pero, en realidad, no era el enemigo de fuera el que más temor infundía al patriciado flamenco, sino el adversario de dentro. Hasta en pleno centro y en pleno día, los hermanos de las cofradías estaban dispuestos de tal modo á los ataques de sus obreros, que el reglamento primitivo de la cofradía de los pañeros condena á pagar una multa á aquellos de sus socios que van al mercado sin cota de mallas y su ballesta. La vida, en medio de este perpetuo peligro, tenía para los ricos hombres un sabor intenso que, por una parte, los inci-

taba á gozar de todos los placeres sin moderación, aprovechando sus ganancias, y, por otra, obligábalos á someterse á una organización municipal tan minuciosa y tan perfecta, que aun podría servir de modelo á los que sueñan en resucitar el regionalismo basado en la independencia municipal.

—Con las leyes que se promulgaron y se hicieron cumplir en nuestro Mercado de los Paños—me dice mi guía—, muchas ciudades modernas serían felices...

Por las calles desiertas, vamos, sin rumbo fijo, siguiendo las huellas del asesinato de la ciudad. Hay una gran monotonía en el espectáculo que contemplamos. Lo que antes era un museo de arquitecturas grandiosas ó pintorescas, con su mezcla de estilos de varios siglos, con sus contrastes de casitas puntiagudas y de altos palacios ojivales, con su abundancia de pórticos ornados y pintados, hoy es un hacinamiento informe de piedras y de ladrillos. De vez en cuando algunas hileras de fachadas aparecen, si no intactas en realidad, por lo menos aparentemente enteras. Las bombas han pasado por ciertos lugares sin encarnizarse contra las construcciones humildes. Y cuando se piensa en el número incalculable de bombardeos que ha sufrido la ciudad

durante tres años de martirio, esas islas de muros y de techos sorprenden más que las ruinas. Me acuerdo del día en que los partes oficiales hicieron saber al mundo que los alemanes habían disparado sus cañones contra la plaza del Mercado. "Ha habido muchos muertos entre la población", decía el telegrama. Y un corresponsal de guerra, pintando las impresiones causadas por aquel atentado, agregaba: "Los belgas tienen tal confianza en la próxima victoria de las tropas que combaten en las inmediaciones, que no quieren alejarse de sus casas. Sólo las familias ricas han emigrado. La gente del pueblo dice que no vale la pena de asustarse." Muchos de aquellos patriotas pagaron con sus vidas el amor á sus hogares. Los demás tuvieron que huir, poco á poco, á medida que sus viviendas caían bajo la lluvia de fuego.

—Hubo un tiempo—me dice mi guía—en que no quedó aquí ni un paisano, ni un soldado, ni un perro, ni nada... La ciudad estaba envuelta en un torbellino de metralla. De lejos, las tropas inglesas veían las llamas que devoraban los monumentos y oían las explosiones, que hacían temblar el suelo. Y aquello duró meses y meses. De vez en cuando, un aviador heroico volaba sobre las ruinas humeantes y se daba cuenta, de un modo vago, de que la catástrofe era irreparable. Luego,

cuando en el curso de las batallas fué posible ensanchar el cerco enemigo, los soldados comenzaron á poder penetrar en el brasero inmenso, cautelosamente, aprovechando las sombras de la noche. En cuanto á ocuparla de nuevo, y poblarla, y aprovecharla militarmente, un imposible. Ahora mismo, la visita no se verifica sin correr algún peligro, como lo demuestra la aventura del general ruso que hace tres días fué, en una de estas plazas, víctima de una granada.

Hoy los obuses tudescos no quieren turbar la paz angustiosa de nuestra romería. No hemos oído un solo disparo en toda la mañana. El silencio es tan absoluto, la soledad es tan completa, que para respetarla hablamos en voz baja y marchamos con cautela, como conviene en un cementerio. Mi guía me señala de vez en cuando un montón de escombros, murmura un nombre y se detiene para dejarme el tiempo de llorar las reliquias destruidas.

—La iglesia de San Pedro—me dice, indicándome un vasto espacio rodeado de árboles, que también han sido heridos por las bombas.

Después es el hospital, que aún conserva algunos de sus pórticos escalonados...; después, una casa de la rue de Dixmude, que debe haber sido una joya, con sus muros calados y labrados...; después, otra casa igual,

con aire de joyel roto; después el Beaterio, que era una especie de barrio para muñecas, con sus ventanillas estrechas, sus puertecillas bajas, sus jardincillos minúsculos...; después el mercado de la madera, que no tenía nada de la grandeza del *Halle* de los paños, que no pasaba de ser una calle llena de tiendas... Y siempre la misma desolación, siempre la misma ruina, siempre el mismo silencio de muerte...

Ante los hierros torcidos de un ventanal, mi compañero pronuncia un nombre que resucita en mi alma el recuerdo de una hora deliciosa. ¡El hotel Merghebgny!... Y me acuerdo del día ya lejano en que penetré en ese palacio que parecía una invención de cuento de hadas, á causa de sus grandes salones alhajados para recibir á una princesa siempre ausente. Su dueño había querido hacer un museo de objetos y de muebles del siglo XVIII; pero huyendo del método mortuorio de las galerías en las cuales las cosas preciosas se amontonan, había colocado cada mesa, cada silla, cada lecho, en el lugar que le hubiera correspondido en una casa habitada. Sobre los veladores, las bujías no esperaban sino una mano blanca que las encendiera... La gran cama de aparato tenía sus sábanas y sus mantas de seda, para que la princesa ausente pudiera acostarse... En las chimeneas, la leña estaba

preparada... Y había algo de alucinante en aquel perpetuo esperar de un ser que no llegaba nunca, en aquel lujo que sólo necesitaba la animación de una dueña, en aquel silencio que pedía una voz armoniosa que lo turbara.

—Era una de las más admirables colecciones del siglo de Luis XV—me dice mi guía con voz acongojada.

En realidad, era algo más poético y algo más raro; era como una casa habitada por el fantasma de madame de Pompadour...

¿Qué será ahora de todos los tesoros de Merghebgny?...

Pero llorar aquí la pérdida de un mobiliario artístico sería como enternecerse en un cementerio ante una flor muerta...

Es toda la ciudad, es todo un relicario de la Edad Media, es uno de los santuarios históricos de Europa y del mundo, lo que lloramos en estas calles desiertas, en estas plazas lúgubres, ante estos muros calcinados. Es un crimen de lesa humanidad el que todos los hombres de todos los países deben llorar en Ypres.

¡Ah! Ya sé que las palabras, en épocas de horrores, pierden, con la distancia, todo su valor trágico... Pero figuraos lo que sería para vosotros, que me leéis en España, el bombardeo de Toledo, un bombardeo que no dejara piedra sobre piedra y, sobre todo, un bom-

bardeo inútil, un bombardeo sin la menor utilidad nacional ó militar... Figuraos la Catedral, y el Alcázar, y el Tránsito, y Santa María la Blanca, y los grandes conventos castellanos, y hasta la pobre casa del Greco, convertidos en ceniza... ¿Qué voz no se elevaría en el universo para clamar contra semejante sacrilegio?... Y el de Ypres no es menor. Ypres, como Toledo, era una noble población que dormía un sueño de glorias pasadas al abrigo de todas las ambiciones y de todas las convulsiones del tiempo... Ypres no acariciaba quiméricas esperanzas de poderío ni de esplendor... Ypres era una bella del bosque durmiente que ningún príncipe debía sacar jamás de su lecho de piedra... Vestida de encajes góticos esperaba sin impaciencia el paso de los siglos, sin más ilusiones que las de agonizar lentamente, tranquilamente, rodeada del respeto de los hombres y del amor de los poetas. Sus campanas mismas tenían voces apagadas que parecían marcar horas ancianas y celebrar ceremonias desvanecidas. Su atmósfera gris, tibia, húmeda, sugería ideas de pereza mediativa y de dulce escepticismo. Sus calles eran demasiado grandes para su población, sus palacios demasiado señoriales para sus burgueses, su mercado de los paños demasiado orgulloso para sus burgomaestres... Pero esa misma humildad, ese mismo

alejamiento de las fiebres modernas, parecían una garantía para su larga vejez tranquila... ¿Quién podía pensar en asesinar á la venerable princesa de las añoranzas?... Y, sin embargo, el asesino ha venido...

XI

VISIONES MACABRAS

Antes de llegar á Noyon, nuestro automóvil se detiene al pie de una colina coronada por un castillo en ruinas. El paisaje sonríe, con sus frondas autumnales, y del fondo de la espesura escápase una lenta melopea, entrecortada por breves gritos. Se nota que la vida y el trabajo renacen en esta campiña fértil que no ha sido talada por las tropas.

—Vamos á ver un espectáculo interesante—nos dice nuestro guía.

¿Es acaso el *chateau* en el cual el príncipe Eittel tuvo su corte durante dos años?... ¿Es una de las viviendas históricas de Francia que conservan las huellas de la invasión?... Un amplio sendero sube hacia los torreones de piedra, entre manzanos cargados de fruta. Pero no seguimos ese camino, sino otro más

estrecho y más corto, al cabo del cual nos hallamos ante una tapia almenada.

—El cementerio...

Los pobres cementerios se han convertido así en fortalezas deleznales... En los cementerios los muros ostentan troneras, poternas y rastrillos improvisados... No se cita una batalla en la que el cementerio haya dejado de desempeñar un papel estratégico considerable... Y todos comenzamos á temer una conferencia técnica sobre alguna acción local, cuando, de pronto, al penetrar por una brecha en el recinto del camposanto, experimentamos una extraña sensación de sorpresa y de angustia. ¿Qué desorden es el que ahí reina?... ¿Qué traza de hienas son las que ahí se notan?... ¿Qué vendaval es que por ahí ha pasado?... Las cruces, las estelas, las lápidas. Todo yace en montones, fuera de su sitio. Mas no es eso lo que nos deja espantados, sino algo que en un principio apenas podemos explicarnos, que adivinamos mejor que vemos, que es macabro y enternecedor á la vez.

Alguien interroga:

—¿Huesos?...

Nuestro guía contesta:

—Huesos...

De casi todas las tumbas, en efecto, manos profanadoras han sacado los humildes féretros y han dispersado sobre la tierra sagrada

los despojos de las tumbas. Lentamente, para no poner los pies sobre los restos humanos, pasamos entre los hoyos siniestros, preguntándonos si es posible que este trabajo macabro haya sido llevado á cabo sin motivo, por el puro gusto de destruir y de profanar. La idea de que tal vez no fueron los hombres, sino las granadas, las que así se encarnizaron contra la pobre necrópolis, acude un instante á nuestra mente. Pero á medida que avanzamos tenemos, por fuerza, que darnos cuenta de que el cementerio fué, durante algún tiempo, un campamento de tropas. Junto á las tapias se descubren aún los abrigo, los hornillos, los puestos de reposo. He aquí una cama de hierro... He aquí una mesa... He aquí una cocina de campaña... Tener que vivir en semejante sitio es triste, sin duda, y tal vez sentiríamos algo de lástima al pensar en los que acamparon bajo estos cipreses, á no ser por los detalles horribles que nos demuestran la manera que tuvieron de vivir. Todas las tumbas están abiertas... Por todas partes se encuentran calaveras, jirones de sudarios, fragmentos de féretros...

—Vean ustedes—murmura nuestro guía.

En un ángulo, cuatro lápidas sirven para sostener una plataforma de hierro, que probablemente soportó el peso de un cañón. Y eso no es nada. Eso es explicable en la gue-

rra. Eso tal vez cualquier pueblo lo haría. Pero, en otro lugar, vemos un sepulcro que ha sido convertido en letrina, y en el cual hay una tabla que dice: "Abtitt".

Poco á poco, una gran tristeza, una profunda y dolorosa congoja se apodera de nuestras almas. Sin hablar, sin atrevernos á comentar lo que vemos, sin preguntarnos nada, marchamos paso á paso por en medio de los restos de lo que hasta hace algunos años fué un camposanto y que hoy es un osario profanado.

El recuerdo de los ritos macabros de la Edad Media germánica acude á mi memoria. Con orgullo, los profesores de Heidelberg han resucitado últimamente, para dar, sin duda, á sus discípulos lecciones de impasibilidad ante la muerte, el viejo ceremonial gótico de la agonía y del entierro. "En aquellos tiempos de hierro, en que la existencia no tenía ningún valor—dice el doctor Troels Lund—, las lágrimas mortuorias se reducían á una etiqueta rigurosamente observada". Para acostumbrarse en vida á la idea del más allá, los ricos señores preparaban, desde su mocedad, no una tumba, que es cosa lejana, sino un féretro, que ocupaba, en el dormitorio, un lugar vecino al de la cama. En el siglo xiv, el mue-

ble más lujoso de las casas linajudas era el féretro del barón, un féretro siempre negro; pero tan adornado, tan dorado, tan labrado, que parecía un relicario de iglesia. En los festines, la "carroza celeste", como la llaman los poetas medioevales, colocábase junto á los toneles de vino, no para recordar, como en las abadías meridionales, que la muerte es nuestra eterna compañera, sino para hacer ver la poca importancia que los hombres fuertes deben dar á la idea de morir. "Las enfermedades—dice un *lied*—no son sino las mensajeras de la dama de la guadaña." Este principio hacía casi innecesaria la ciencia de los médicos. ¿Para qué luchar contra lo inevitable?... En cuanto el señor caía postrado por alguna dolencia grave, su familia daba principio a los ritos supremos. El único deber ineludible del agonizante consistía en no expirar antes del fin de las ceremonias, y por eso, en los casos en que el cuerpo comenzaba á enfriarse á destiempo, se le sentaba en una butaca y se le ponía al lado del fuego. La familia y la servidumbre cantaban para distraerlo, sin dar importancia á las muecas y á los lamentos del que agonizaba. Era preciso que "su gracia" esperase al señor cura "para oír el nombre de Dios" y para repetir la fórmula postrera. "Habla", gritábale el clérigo. Y si ya era tarde, si ya no tenía fuerzas para murmurar las preces,

el "hombre de iglesia" lo sacudía rudamente, cogiéndolo por las orejas y amenazándolo con la llamas del infierno. Luego era la viuda la que exigía que "su amo" le indicara el nombre de la persona con la cual debía unirse para no sufrir de viudez. Muy á menudo, esta escena revestía un carácter dramático. "Ya sé—decía la esposa—que tú me ordenas que escoja á Fulano." "No—respondía el agonizante—, no, ése no; ése es el que comete adulterio contigo; ése no." Pero ella insistía á gritos, hasta que, rendido ó muerto, el esposo no podía ya contestar. Una vez estos asuntos íntimos arreglados, el cadáver era colocado en su féretro, donde se pudría esperando el festín fúnebre.

Los viejos poemas germánicos hablan de estas fiestas, á las cuales asistía el muerto con un entusiasmo macabro. Durante un día entero, los deudos y los amigos comían y bebían á la salud del alma que acababa de salir del mundo, y, al fin de la fiesta, colocábanse á los pies del difunto "clavos muy agudos", para que no pudiera levantarse y volver á turbar la paz de su viuda. No hay una sola lágrima en las crónicas mortuorias de la Edad Media alemana. No hay más que jarros de vino, canciones, risas...

Todo eso, cuando lo leemos en los libros de los historiadores germanos, nos sorprende como un rito remoto y pagano, del cual ya no queda sino el recuerdo. Pero aquí, en medio de estos cementerios profanados, en los cuales las botellas vacías se confunden con los huesos desenterrados, se nos figura ver resucitar el alma feudal y despiadada de los pueblos del Norte.

Para nosotros, lanzados en el respeto supersticioso de la muerte, un cadáver es más sagrado que un hombre vivo. La voz de Antígona, gimiendo ante el cuerpo insepulto de su hermano, luchando contra la tiranía para obtener una tumba, invocando la protección de los dioses para lograr un puñado de tierra, suena siempre en nuestros oídos, dándonos una eterna lección de piedad suprema.

Los mismos héroes á quienes la muerte no les inspira temor ninguno, tiemblan ante la idea de no obtener, en la tumba, el reposo supremo. "Por tus padres—dice Héctor, agonizando, á Aquiles, furioso—, por tus padres, te suplico que no dejes mi cuerpo en el campo para que los perros lo devoren." Y la virgen tumular, ante Creón, exclama: "Las más crueles amenazas me parecen menos crueles que la vista de mi hermano sin sepultura."

Toda la poesía de los pueblos mediterráneos está embalsamada por el incienso que se quema ante las tumbas, por las flores que adornan la necrópolis, por las lágrimas que humedecen los féretros. La teoría del nacionalismo, fundada en el amor de nuestra tierra y de nuestros muertos, es un símbolo de civilización generosa. Al pie de una estela funeraria, hasta los seres menos sensibles experimentan una vaga impresión de miticismo. “Cuando una de nuestras granadas destruye algunas cruces en un cementerio—escribe el capitán Bernard—, nuestros “peludos” se emocionan.”

Los alemanes, en cambio, parecen complacerse en la destrucción y en la profanación de los camposantos franceses. Los *rapports* oficiales de las Comisiones americanas que han visitado estas regiones de Noyon y de San Quintín, señalan con asombro los espectáculos que han contemplado en Cartigny, en Peronne, en Hervilly, en Dompierre, en Ponsoy, en Manancourt, en otras muchas aldeas. Cosa increíble—dice uno de esos *rapports*—: en Manancourt, las tropas prusianas abrieron el mausoleo de la noble familia de Rohan é instalaron en él una cocina de campaña.” Increíble, efecto... Pero, ¿no hay, en ese lúgubre capricho, algo como una redivivencia de los antiguos ritos germánicos que asociaban los

festines á la muerte? Comiendo y bebiendo junto á los huesos de un príncipe francés, los soldados de von Hertchtritz han resucitado, sin saberlo, una de las ceremonias de su historia medioeval.

XII

ANTE LAS LLAMAS DE SAN QUINTIN

—¿Ve usted algo? ¿Ve usted la catedral?
¿Ve usted las llamas de los incendios?

Como la hermana Ana, cada uno contesta:

—No veo más que un poco de humo blanco
entre las nieblas grises...

Nuestro guía insiste, nuestro guía se impacienta... Ahí están las altas torres, y detrás de las torres las llamas, las perpetuas llamas del perpetuo incendio... No hay más que fijarse bien á la derecha...

Uno tras otro, mis compañeros suben á la plataforma estrecha del observatorio. Y uno tras otro bajan sin haber visto más que el humo, y las nubes, y la bruma, y también, allá, en medio de todo, un alto fantasma de piedras negras. Yo soy el último de todos, y como nadie espera mi descenso para ocupar el sitio,

puedo sentarme tranquilo, en el mirador improvisado.

—¿Ve usted algo?...

Ni siquiera contesto, para que nadie se ría de mí. Pero sí veo algo, veo mucho... Toda la tragedia obscura, oculta, callada y formidable, oparece ante mis ojos con su monótono misterio. En la llanura ne se distingue ni una aldea, ni una granja. Todo ha sido talado por la metralla. Los árboles mismos yacen heridos de muerte y sus copas se deshojan sacudidas por la brisa fría del otoño. Es un desierto del cual hasta los cuervos parecen haber emigrado... Y, sin embargo, en los cuatro kilómetros que me separan de San Quintín hay millares y millares de hombres que viven enterrados atisbándose como salvajes, sin más ideas que la de matar y la de morir. Por la noche, según parece, la planicie se puebla de cortejos cautelosos que van de las trincheras á los puestos de retaguardia en busca de víveres y de municiones. Luego, en cuanto el sol pálido del Norte vuelve á iluminar la tierra, la vida de tepos recomienza.

Es la guerra y es toda la guerra. En cualquier sector del frente, un silencio igual, una desolación igual, una soledad igual nos acogen. Hace tres años que vemos este espectáculo invariable, al cual ya debíamos estar habituados y que nos impresiona y nos sor-

prende siempre como un cuadro inverosímil de tristeza.

Mi tristeza hoy se agrava de nostalgias, y mi visión se complica de reminiscencias. La culpa la tiene nuestro guía, que me enseñaba anoche, en el hotel de Compiégne, donde dormimos, un viejo libro de crónicas locales, ilustrado por un discípulo anónimo de Van der Meulen. "Es el mismo lugar que vamos á visitar mañana"—me decía. Y yo contemplaba las estampas desteñidas, al pie de las cuales figuran los nombres prestigiosos de Enrique II y de Felipe II, del duque de Saboya y del Condestable de Montmorency, del conde de Egmont y de Francisco Díaz... ¡Cuánta animación, cuánta vida, cuánta grandeza en aquellos movimientos de hace cuatro siglos! Los jinetes llenan la llanura, los estandartes flotan al viento, los penachos rematan los morriones... Y uno tiene que hacer un esfuerzo de cálculos precisos para darse cuenta de que la célebre batalla, comparada con la de nuestros días, no fué sino una simple escaramuza, á pesar de que la Historia la considera como "una de las victorias más considerables que se leen en los anales de las guerras". Toda la nobleza española y toda la nobleza francesa estaba ahí. Los condes de Feria, de Olivares, de Fuensalida, de Chinchón, de Ribagorza; el duque Siesa; los marqueses del

Valle, de la Cámara, de Aguilar, de Montemayor, "y otros muchos no menos ilustres por su cuna", combatían contra los duques de Montpensier y de Longueville, contra los señores de Saint-André, de La Roche, de Tournay, de Courton... Y el cronista agrega: "Estos eran los más notables, pues antes que ellos figuraban otros que, como el almirante de Coligny, el príncipe de Mantua y el príncipe de Salmona, pasaban primero en dignidades y empresas. Pero todos estos esplendores militares palidecen cuando al llegar al resultado de la batalla leemos: "Las pérdidas del ejército del rey de España, aquel día memorable, que fué el 10 de Agosto del año de Nuestro Señor (1557), no pasaron de ochenta hombres, y de los franceses murieron dos mil quinientos y dejaron prisioneros entre las manos españolas, además del Condestable y trescientos caballeros, unos cinco mil soldados"... ¿Qué es esto, Dios santo, cuando se piensa en las hecatombes de Verdun, cuando se cuentan los prisioneros de las últimas batallas italianas, cuando se recuerdan las masas del Marne? Nada, nada. Y, sin embargo, yo me pregunto si más tarde, cuando en lejanías para las cuales un espacio de cuatrocientos años no es un abismo, los hombres que estudien las gestas antiguas no encontrarán siempre mayor grandeza, mayor poesía en

una lucha como la de San Quintín, con sus escuadrones vistosos, con sus épicas cabalgatas, con su brillo de corazas, con sus vuelos de estandartes, que en una carnicería cual la del Carso, en la que los regimientos sucumben bajo tormentas de hierro y de fuego sin ver siquiera el rostro de sus adversarios...

Aquí, ahora, lo que más emoción causa á los que vienen á sentarse en el observatorio en que yo me encuentro no es la batalla misma, sino el gran misterio de San Quintín, que arde ahí enfrente, á cuatro kilómetros.

—No hay día en que no se vean llamas—me dice nuestro guía.

Y, melancólicamente, agrega:

—¿Qué vamos á encontrar cuando logremos reconquistarla?

Trágica pregunta, que es preciso repetir ante todas las ciudades ocupadas por los enemigos; pero que aquí, en esta región, donde las tropas, al retirarse, no han dejado sino ruinas, resulta más siniestra que en ninguna otra parte. ¿Qué quedará de San Quintín después de la guerra?... Con melancolía pienso en el Museo discreto, fresco, silencioso y gris como un claustro, en el cual sonreían, con sus labios voluptuosos y escépticos, las damas del siglo XVIII, eternizadas por Latour: ¿Qué será de aquellas pelucas blancas, de aquellas faldas floridas, de aquellos lunares

provocativos en las comisuras de los labios, de aquellas miradas maliciosas que parecían hechas para no contemplar sino galantes cortejos en los parques de Versailles?... El Louvre hubiera querido robar á la humilde galería tan gran tesoro de arte, que ahora debe estar en alguna lejana pinacoteca tudesca. Pero no son esos pasteles, ni son tampoco los famosos marfiles y las preciosas miniaturas del Museo lo que acongoja á los que vemos desde aquí las llamas del perpetuo incendio. Es la ciudad misma, con sus plazas vetustas, con sus venerables viviendas de canónigos, con su carácter medio burgués, medio episcopal, con su aire tan de otro tiempo... Las torres de la iglesia, que se ven entre la niebla, altas, negras, impasibles, demuestran que por lo menos el venerable santuario en el cual Felipe II oró con fervor, existe aún. Pero, ¿y el Hotel de Ville, que con sus muros calados, con sus nichos profundos, con su balaustrada aérea, parecía un relicario labrado por Benvenuto?... ¿Y el palacio de Fervasques?... ¿Y la atalaya de Santiago?... ¿Y el monumento del sitio, que era un recuerdo glorioso para España?...

Mi guía, que ha venido á colocarse á mi lado, y que me señala, entre el humo y la niebla, los resplandores de las llamas, murmura:

—No quedará nada... Nada... San Quintín

ha tenido siempre mala suerte... Todas las guerras y todas las revoluciones se han encarnizado contra ella...

Es cierto. Los españoles mismos, que en Amiens, algunos años más tarde, habían de mostrarse tan respetuosos de vidas y haciendas, en San Quintín fueron crueles. En la relación de la biblioteca de El Escorial, que todos hemos leído, uno de los que entraron á saco la ciudad escribe: "Murió mucha gente, y hubo algunos que después de muertos y desnudos en carnes, los hombres en el suelo los abrían por los estómagos, y aun yo vi uno que le sacaron las tripas por el estómago." No tenemos, sin embargo, por qué ruborizarnos mucho, pues el mismo cronista, á renglón seguido, agrega, haciendo la cuenta de los crímenes que á cada pueblo de los que peleaban bajo las banderas de Felipe II le corresponden: "En las casas que entraban alemanes no dejaban hombre ó vida, ni mujer ni niño. Hallóse de cuenta que mataron setecientos y diez franceses, sin las mujeres y muchachos." La furia era tal en los tudescos, que Felipe II, espantado de las matanzas, tuvo que hacer esconder en las iglesias á las mujeres que aún quedaban por la noche con vida. "Hoy, 28 de Agosto—continúa el narrador—, se sacaron todas estas mujeres que se pudieron salvar, y, por mandato de su majestad, se llevaron de-

lante las tiendas del obispo de Arras. Las monjas recogió el conde de Feria, que en esto hubo mucho cuidado porque no fuesen deshonradas, porque á quedar en sus monasterios los tudescos las mataran.”

Mi guía, á quien le recuerdo estas cosas, murmura entristecido:

—Sí... sí... Pero no es lo mismo... Aquellos hombres no se encarnizaron hasta contra los árboles... Vea usted...

En toda la llanura reconquistada hace pocos meses, y que los alemanes ocuparon durante dos años, los manzanos, los perales y los olmos fueron cortados. No queda en el vasto espacio que nuestra vista alcanza un solo huerto. Como si una tormenta hubiera barrido la comarca, las pobres copas abatidas forman, en el suelo gris, un inmenso cementerio vegetal.

—Es increíble—murmura mi guía.

Y después de un largo silencio, me pregunta:

—¿Dónde pueden haber aprendido este método de guerra?...

Yo no me atrevo á contestar. Pero recuerdo la página en que La Fuente, en su historia de la batalla de San Quintín, después de hablar de la toma de la ciudad, dice literalmente que Felipe II “mandó cortar todo el arbolado de aquella fértil campiña”... Y como aque-

lla campiña es esta misma en la cual ahora me encuentro, tengo ganas de decir á mi compañero:

—Fué, por desgracia, el rey católico quien dió el ejemplo, allá á mediados del siglo xvi...

Pero prefiero callar...

XIII

EL MARTIRIO DE SOISSONS

“Una ciudad blanca, apacible y risueña, que alza sus campanarios á orillas de un río pere-zoso, en medio de un círculo de colinas“... Así me figuraba yo siempre á Soissons, por haberla hallado así, hace muchos años, en la época feliz en que se viajaba para admirar piedras viejas y suaves paisajes...

Y muy á menudo, evocando su recuerdo, veía la admirable fachada de San Juan de las Viñas con sus altas torres desiguales, con sus maravillosos encajes de granito, con su soberbio pórtico, que, en vez de conducir á una nave de catedral, conduce al campo...

Y veía el claustro de San Ligeró, muy apropiado, en su exquisita elegancia, al nombre del santo patrón de la Abadía...

Y veía las nobles viviendas de la *rue des Cordeliers*, á cuyas ventanas, colgadas de hie-

dra, parecíame siempre ver asomarse una buena cara de canónigo indulgente, melancólica y algo irónica...

Hoy, al penetrar de nuevo en la ciudad, noto que ya no es blanca, que ya no es apacible y, sobre todo, que ya no es risueña.

Herida de muerte, herida en sus entrañas de arte, parece contemplar sus mutilaciones con una pena desesperada.

De entre los árboles, de entre las piedras, de entre los escombros, un largo gemido y una perpetua maldición se escapan. “¿Qué te habían hecho mis nobles iglesias, mis claustros desiertos, mis reliquias inofensivas?”— parece preguntar á los que la torturaron. Y es en vano tratar de calmarla hablándola de los dolores más crueles de sus hermanas Arras, Ypres, Reims. Nada, la calma.

Hay, en efecto, en Soissons una especie de mal humor general, que nos explicamos perfectamente. ¡Lo que esta población heroica ha sufrido desde hace más de tres años!... Y con qué energía, con qué desinterés, con qué estoicismo, se ha sometido á su martirio.

Ni las súplicas, ni los consejos, ni las amenazas de la autoridad militar lograron nunca, en los días en que la lluvia de fuego parecía destinada á devorarla, que la ciudad fuese abandonada por todos sus habitantes. Nunca la vida se interrumpió por completo.

A falta de alcalde, una mujer admirable se improvisó alcaldesa. Las escuelas se establecieron en las cuevas. Las tiendas de artículos indispensables ni siquiera cerraron sus puertas. Pero todo esto los soissoneses no lo han hecho sonriendo, como los habitantes de Reims ó de Arras, sino gruñendo.

—¿De veras?—me pregunta el funcionario municipal que me sirve de guía—. ¿De veras?... Yo no lo noto.

Después de todo, tal vez me equivoco; tal vez Soissons no es más hosca que sus hermanas las sublimes ciudades que sonríen bajo la metralla.

—Si los alemanes hubieran logrado quedarse aquí—me dice mi *cicerone*—es seguro que no habrían destruído nuestra catedral, nuestros edificios, nuestras casas. Es por vengarse por lo que nos bombardean desde el 14 de Septiembre de 1914. Fué el día en que nuestras tropas los hicieron salir corriendo. Habían estado aquí trece días... ¡Cómo me acuerdo de la mañana en que llegaron insolentes, arrogantes, marchando como en una paradal... El rey de Sajonia en persona los mandaba... Yo lo vi en su automóvil, rodeado de oficiales de monóculo; insignificante de fisonomía, más bien bondadoso de aspecto... Los encargados de mantener el orden á la prusiana, en cambio, tenían caras patibularias

y trataban de inspirarnos un terror diabólico. Un pobre obrero, llamado Debru, que se permitió gritar ¡Viva Francia! al ver pasar las tropas alemanas, fué fusilado en el acto. Al mismo tiempo, nuestros más eminentes funcionarios son detenidos y encerrados en el Palacio municipal en calidad de rehenes. Unos cuantos oficiales fracturan la caja de hierro de la Subprefectura; otros saquean el castillo de la Rochefoucauld, donde el príncipe Eitel, hijo del kaiser, se aloja... Los días pasaban en una perpetua ansiedad... No sabíamos nada de ninguna parte... Lo poco que nos quedaba los soldados nos lo quitan... El pillaje se convierte en un *sport*. Al fin, el 10 comenzamos á ver pasar tropas alemanas, que se dirigían, no hacia el Sur, sino hacia el Norte... Al mismo tiempo, los aristócratas compañeros de las orgías del príncipe Eitel abandonan el castillo. El 11, el movimiento de retirada acentúase; las tropas pasaban en desorden, ya no al paso de parada, sino andando lo más rápidamente posible. El 12 fué el desbarajuste; la cabalgata sin orden de los que huían y detrás de ellos las primeras patrullas de nuestros cazadores, que galopaban persiguiendo á los ulanos... ¡Ah, el hermoso día!... ¡Ah, los divinos minutos!... Nos creíamos felices para siempre, libres para siempre de todo peligro, de toda humillación. Pero, ¡ay!, veinticuatro

horas despues, el bombardeo comenzó, ese bombardeo que dura aún, que nos ha martirizado sin cesar desde hace más de tres años.

Lo mismo que todos los demás soissoneses, mi guía, cuando se habla de lo que la ciudad ha sufrido, piensa, ante todo y sobre todo, en la catedral.

—Era una de las más bellas de Europa— me dice—, y por eso los bárbaros se han propuesto destruirla.

Era una de las joyas de la arquitectura cristiana, en efecto, la muy antigua y muy venerable basílica. Era la hermana mayor de la de Reims, y aunque no podía comparársela en esplendores y en lujo exterior, siempre era digna de figurar en la maravillosa familia de las grandes catedrales de Francia.

Ahora es un fantasma agujereado, cuyos altares, cuyos adornos, cuyas vidrieras yacen convertidos en escombros. En el exterior, las mutilaciones se notan menos que en el interior. Son tan enormes las masas de estos templos de la Edad Media, que aun encontrándose, como el de Reims, más muertos que vivos, siempre producen desde fuera una sensación de vigor invencible.

Pero cuando se penetra bajo sus naves, cuando se ven los coros y los transeptos convertidos en montones de piedras, cuando se camina sobre los restos informes de sus vi-

drieras, cuando se ven las brechas por las cuales aparece el cielo indiferente, entonces se nota que el daño es mucho mayor de lo que al principio habíamos creído.

Oyéndome bablar español con mi compañero de viaje Miguel Moya Gaston, nuestro guía me dice:

—Las vidrieras de Soissons que ahora ve usted destrozadas, habían sido regaladas á la basílica por una compatriota de ustedes, por la reina doña Blanca de Castilla.

Y como Miguel Moya parece extrañarse de que á principios del siglo XIII ya esta catedral estuviese terminada, el *cicerone* exclama:

—Es la primera de todas; es la más antigua, es la más bella, es la más santa...

Los enamorados de las glorias locales exageran siempre. Pero no puede dudarse de que hay una majestad inmensa, unida á una delicadeza exquisita, en esta nave, cuyas columnas ligeras suben entre florecimientos de encajes hasta la alta bóveda.

“Con sus enormes rosas de luz—dice un crítico—, el interior de la catedral de Soissons constituye una obra de genio.”

Ahora, por desgracia, las vidrieras han desaparecido y la claridad entra por todas partes, cruda, sin matices, para hacer apreciar mejor la obra de los bárbaros. En el suelo, bajo nuestras botas de viaje, los fragmentos multi-

colores de sus vidrieras de Blanca de Castilla, se rompen en mil pedazos y forman en el suelo fantásticas combinaciones de piedras preciosas.

Más que la catedral me interesa en esta ciudad las ruinas de San Juan de las Viñas, con su alta fachada gótica, detrás de la cual no hay ningún templo con sus claustros abandonados, con su refectorio misterioso.

¿En qué guerra antigua, en qué revolución terrible, desapareció la nave de la iglesia y el resto de la abadía?...

La crónica local, algo irónica, nos contesta:

“San Juan de las Viñas no es una víctima de las revoluciones ni de las guerras, sino de la catedral y de sus obispos.”

En efecto, aunque parezca mentira, á principios del siglo XIX habían los arquitectos notado que tanto la abadía como la catedral necesitaban urgentes reparaciones. ¿De dónde sacar el dinero?

El obispo no lo tiene, ni el Municipio tampoco. Pero el obispo tiene una idea, que consiste en hacer demoler la iglesia abacial para vender sus materiales y pagar con su producto las reparaciones de la catedral. El historiador que nos refiere este acto de vandalismo episcopal, concluye diciendo: “La suma que se necesitaba era de 23.786 francos.”

De la fachada, que por fortuna no fué des-

truída y que es una de las más armoniosas de Francia, el conjunto ha sido relativamente respetado por los cañones alemanes; sólo una de las torres ha perdido su flecha.

—¿Y Nuestra Señora, con los restos de su monasterio?—le pregunto á nuestro guía.

—Queda tan poco, que no es fácil que lo destruyan los alemanes... Un muro de la antigua iglesia de Notre Dame, un fragmento de la nave de la iglesia de San Pedro, algunas piedras de otra iglesia.

Porque aquella abadía de monjas nobles tenía en su recinto varias iglesias, todas magníficas y magníficamente alhajadas, como conviene á las hijas de los reyes, de los príncipes y de los cardenales cuando se deciden á consagrarse á la oración.

En uno de esos santuarios las monjas guardaban la tumba de San Drausin, que tenía la virtud de asegurar la victoria á los guerreros que pasaban una noche orando á sus pies... Esto permitió á muchos capitanes penetrar aquí al anocheecer y no salir sino al día siguiente.

Miguel Moya sonríe. Nuestro guía se santigua. Yo apenas oigo sus discursos históricos.

El aspecto de las calles por las cuales nos encaminamos hacia la puerta de la ciudad me interesa más que los recuerdos de la Edad Media. A cada instante un estallido formida-

ble hace temblar el aire. Son las baterías francesas que tiran ahí mismo, en el extremo del paseo público, á pocos pasos de las trincheras.

Y las trincheras alemanas están á cien pasos más lejos, detrás de los suburbios, de tal modo, que por la noche, en el silencio de esta ciudad sepulcral, los que aún viven entre sus ruinas oyen los cantos guturales de los guerreros del kaiser confundidos con las alegres coplas de los soldados de la República.

—Por ahí no puede pasarse—nos dice de vez en cuando el *cicerone* al llegar á ciertas bocacalles.

Y es que allá, en el fondo, detrás de unas enramadas que parecen inofensivas, se esconden unas malditas ametralladoras que se entretienen en disparar apenas ven una sombra en los espacios descubiertos.

—¿Cómo pueden ustedes seguir viviendo aquí?—le pregunto á nuestro amigo.

—En primer lugar—me dice—, apenas somos unos cuantos centenares... Tal vez mil... Además, el peligro no es tan grande para nosotros como para los monumentos. Nosotros, en cuanto comienza el bombardeo, nos metemos en nuestras cuevas. Luego nos echamos todos á la calle para ver lo que ha pasado y para maldecir á los *boches*... Cuando ustedes llegaron acababa justamente de terminar un bombardeo.

Ahora me explico el aspecto relativamente animado que le encontramos á la ciudad. Y ahora me explico también su aire hostil y gruñón... La gente estaba maldiciendo...

Por eso, sin duda, la primera vieja á quien le pregunté nuestro camino me miró con ojos hostiles...

Por eso, el anciano á quien le pedimos agua para nuestro automóvil no nos contestó siquiera.

—Póngase usted en su caso—me dice Miguel Moya.

Es cierto. Pobre gente, pobres víctimas de la miseria, de las costumbres burguesas, del amor del hogar... Por no alejarse de los rincillos en los cuales han vivido años y años, en los cuales han visto morir á sus padres y nacer á sus hijos, se exponen así á todos los peligros, á todas las privaciones, y se consuelan maldiciendo á los enemigos y gruñendo contra los gendarmes que los molestan, contra los amigos que los visitan, contra los soldados que cantan...

XVI

LAS RUINAS DEL LOURDES DEL NORTE

“¡Nuestra Señora de Brebières, el Lourdes del Norte, protegido por su Virgen de oro... Va usted á ver!“... Y yo me figuraba un santuario como el de los Pirineos, más misterioso aún, más impregnado de milagros y más velado de brumas; algo muy gris en medio de un bosque profundo, un paisaje antiguo y discreto, embellecido por el dolor y por las preces milenarias; un fondo de cuadro de Memling coronado de murallas vetustas, de torres negras, de vuelos de estandartes místicos... Recordando las viejas crónicas de la Abadía de Saint-Aignan evocaba la sombra de Hugo de Camp de Avesnes, señor de Saint Pol, excomulgado por Inocencio II por haber querido apoderarse de las tierras de la santa Colegiata. Y á través de diez siglos de fe veía los largos

cortejos de canónigos, de abades, de frailes descalzos, encaminándose desde los confines de Europa hacia el inmenso priorato picardo... Fortificado por Hugo Capeto, bendecido por todos los papas, venerado por todos los reyes, el dominio espiritual de Ancre tomaba en mi imaginación proporciones soberbias de devoción grave y sombría...

Y he aquí que de pronto mi ensueño se desvanece ante la realidad. De sus fastos antiguos, ni el nombre le queda siquiera al famoso santuario. Ancre se llama hoy Albert. Ancre no tiene misterio. Ancre es una villa de aspecto burgués. Nuestro guía nos lleva á lo que aquí se llaman los Alpes picardos, y nos asegura que no hay sitio más pintoresco en todo el Norte de Francia. Pero por mucho que nos empeñemos en admirar, no vemos sino rocas que parecen artificiales, una cascada de teatro, un riachuelo pobre y turbio. La gruta misma, la ilustre gruta que los devotos visitan con fervor, tiene paredes de cemento. En cuanto á los restos de la antigua muralla, con sus remiendos de ladrillo, lo único agradable que tienen es su tapicería de hiedra.

Hay tal fe, tal entusiasmo, tal patriotismo local en el anciano que nos guía, que no me atrevo, sin embargo, á dejar ver mi desencanto.

—Cuando Lourdes no era sino una monta-

ña desconocida—me dice—, aquí llevábamos ya cerca de diez siglos de existencia milagrosa...

Es muy remota, en efecto, la santidad de Nuestra Señora de Brebières. “En el siglo x—dice la leyenda—un pastor de ovejas que apacentaba su rebaño en las inmediaciones de Ancre notó que uno de sus blancos animalitos se quedaba horas y horas quieto ante una mata seca, sin buscar en la hierba verde su alimento. Cansado de verlo así, inmóvil, el pastor azuzó á sus perros para que obligaran á la oveja á seguir á sus compañeras. Pero la oveja, á pesar de su timidez natural, resistió á los mordiscos y no se movió del lugar en que estaba. Entonces el pastor, impaciente, cogió su cayada y se puso á aporrear la mata.

¡Cuál no sería su sorpresa al oír una voz dolorosa que le decía: “Detente, pastor, que me hieres.” Y más aún espantóse al ver su palo ensangrentado. Con manos febriles púsose á cavar la tierra, y no tardó en desenterrar una estatua de Nuestra Señora con el niño Jesús en los brazos. La estatua tenía la marca sangrienta del golpe que había recibido.”

El milagro, en lo que tiene de local, no termina aquí. La leyenda agrega que cuando los obispos de la comarca oyeron lo que acababa de pasar decidieron hacer transportar la santa imagen á un gran monasterio lejano. Pro-

cesionalmente colocaron á la Virgen en un carro tirado por dos magníficos caballos. Todos los esfuerzos del cochero fueron vanos. El carro no se movió. Entonces comprendiendo la voluntad divina, decidió el clero dejar á la Madre de Dios en aquel lugar y edificar un santuario para abrigarla.

Del santuario primitivo no quedan ni las huellas. La iglesia actual es un enorme edificio bizantino, sin ninguna belleza, digno hermano de la Basílica de Lourdes. En lo alto de su torre de ladrillo, que los cañones alemanes han destruído, la Madona dorada no se inclina ya bendiciendo á los fieles.

—Es el interior—me dice mi *cicerone*—lo que había que ver.

El interior, ahora, es un montón de escombros informes. Pero en ese desorden de columnas rotas, de piedras calcinadas, de ladrillos hechos polvo, se descubre el brillo de los metales preciosos. Todo era áureo aquí. Generaciones de peregrinos habían traído para adornar los altares milagrosos lámparas de oro, vasos de oro, floreros de oro, paños de oro, ángeles de oro. Y los arquitectos, por su parte, habían prodigado los mármoles blancos, los mosaicos multicolores y las vidrieras policromas en la decoración. Aún vemos en la vasta tribuna del órgano, entre dos inmensos querubines, un mosaico de púrpura, de zafiro

y de oro. En lo alto de la nave, un friso representa una teoría de santos que se dirigen hacia el lugar del descubrimiento de la sagrada imagen. Entre las pedrerías de los ventanales, de que ya no quedan sino fragmentos, adivínase también la historia del pastor y de su hallazgo.

—Este templo—me dice mi *cicerone*, repitiendo sin duda una frase popular—era una oración de oro en honor de Nuestra Señora.

Luego, pensando en los alemanes, agrega con voz patética:

—¡Ah, los miserables!... Dios les pedirá cuenta de lo que han hecho aquí...

Durante los quince días, durante los cuales los soldados del kaiser ocuparon la ciudad, no puede decirse que se hayan conducido de un modo cruel. No fusilaron ni al alcalde, ni al cura, ni á los notables. Sabiendo que la población era rica, prefirieron pillar á matar. Metódicamente, militarmente, saquearon todas las casas inhabitadas y exigieron fuertes contribuciones. En el templo ni siquiera penetraron; sin duda porque ignoraban las grandes riquezas que contenía. Pero cuando después de la derrota del Marne tuvieron que desalojar la plaza, comenzaron á destruir lo que no habían podido conservar. Sin la menor razón estratégica, por puro juego de niños diabólicos, dirigieron el fuego de sus cañones primero contra el templo, en seguida contra las fábricas, al fin

contra las pobres casas particulares. Albert, en medio de su miticismo era una villa muy práctica y muy laboriosa, que sabía unir el esfuerzo material á los entusiasmos espirituales. Durante once meses del año sus habitantes se consagraban á fabricar ruedas de hierro, limas de acero y objetos de cobre. Sus habitantes no eran muy numerosos; pero todos tenían su casita, su jardín, su libreta de la Caja de Ahorros. Era una colmena en la cual vivían unos 8.000 capitalistas. Por lo mismo, las huelgas y los conflictos entre patronos y obreros no ensangrentaban nunca su suelo. Interesados en los beneficios, los trabajadores respetaban á sus amos. Los cálculos estadísticos prometían un porvenir risueño á la industria local.

Y además, durante un mes entero, desde principios hasta fines de Septiembre, la Virgen trabajaba por los más humildes, atrayendo más de cien mil peregrinos, que contribuían con sus limosnas y con sus compras á dorar la ciudad. La oración de oro, de oro acuñado, eran esos piadosos romeros los que la recitaban.

Desde el día de las grandes procesiones de los pastores hasta la tarde del último rosario, las multitudes fervorosas daban al Lourdes del Norte el aspecto de una nueva Compostela cosmopolita delirante de fe, rumorosa de

plegarias, ávida de milagros. Y los milagros menudeaban. No hay más que ver la hecatombe de brazos y de piernas de cera que los cañones alemanes han hecho en la Basilica para comprender el número infinito de paralíticos y de tullidos que recobraron la salud gracias á los favores de la Madona áurea.

—¡Ah! —exclamó mi guía evocando aquellos tiempos bienaventurados—. Si usted hubiera visto... No hay nada que se le pueda comparar en los tiempos modernos... Era más hermoso que Lourdes; era como la Roma de los jubileos; era como las romerías de la Edad Media. ¡Qué devoción, qué fe, qué confianza!... Esa torre de que ya no quedan sino las ruinas estaba compuesta de láminas de cobre *plaquéés* sobre un ligero armazón de hierro. Durante el día su parte superior brillaba cual una ascua, llenando de fulgores de oro el espacio. Por la noche, una infinidad de lámparas eléctricas disimuladas por la corona en la cual se erguía la Virgen, hacía lucir cual en pleno sol la imagen santa, que parecía mantenerse en el aire cual una aparición de oro... Ahora...

Yo no tengo gran amor por los Lourdes modernos. Mis devociones milagrosas van hacia los vetustos santuarios que agonizan en el abandono, como Santiago de Compostela. Pero el dolor de este anciano que encarna el alma de Berbières me entenece.

—Todo renacerá de sus cenizas—le digo—, y los romeros serán más numerosos mañana, después de la victoria.

—Mañana—murmura—, mañana... ¿Pero no ve usted que ya no queda nada, que ya no queda una calle, que ya no queda ciudad?...

Es un cementerio de ruinas, en efecto, la pobre villa de Albert. Como Arras, como Ypres, como Soissons, sólo conserva muros derruidos y techos desplomados. Sus fábricas se han convertido en laberintos de hierros que se retuercen en el suelo. Sus mismos jardines están talados.

—Entonces—le pregunto—, ¿usted no tiene fe en la resurrección de la ciudad?

—Sí—me contesta con energía—; tengo una fe absoluta... Gracias á Nuestra Señora, toda la Francia que sufre revivirá más grande y más pura y más bella en el porvenir...

INDICE

	<u>Páginas.</u>
A RUFINO BLANCO-FOMBONA.....	7
I.—Los campos del Marne.....	9
II.—Los alemanes en Compiègne.....	30
III.—Noyon.....	46
IV.—En los campos reconquistados.....	64
V.—Hablando con los que salen del infierno..	78
VI.—El soldado, belga pintado por sí mismo...	89
VII.—Cartas de amor.....	104
VIII.—Los tribunales de campaña.....	117
IX.—Las tragedias de la justicia.....	125
X.—Ypres la muerta.....	146
XI.—Visiones macabras.....	166
XII.—Ante las llamas de San Quintín.....	175
XIII.—El martirio de Soissons.....	184
XIV.—Las ruinas del Lourdes del Norte.....	194

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

I-II.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:

Bolívar y la emancipación de Sur-América.

Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas. Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno.

III.—MEMORIAS DE O'CONNOR sobre la *Independencia Americana*.—5 pesetas.

IV.—MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.—7,50 pesetas.

V.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.

Por el Capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII.—MEMORIAS DEL GENERAL GARCÍA CAMBA.

Para la historia de las armas españolas en el Perú. Dos volúmenes á 7,50 pesetas.

VIII.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DE LA LEGIÓN BRITÁNICA.

Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana.—4 pesetas.

IX.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:

Ultimos años de la vida pública de Bolívar.

Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolívar y la emancipación*; es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantos años.—Precio: 7,50 p.

X.—DIARIO DE MARÍA GRAHAM.

San Martín.—Cochrane.—O'Higgins.—7,50 pesetas.

XI.—MEMORIAS DEL REGENTE HEREDIA.

Monteverde.—Bolívar.—Boves.—Morillo.—4,50 ptas.

XII.—MEMORIAS DEL GENERAL RAFAEL URDANETA.

General en jefe y Encargado del gobierno de la Gran Colombia.—7,50 ptas.

XIII.—MEMORIAS DE LORD COCHRANE.—6 pesetas.

XIV.—MEMORIAS DE URQUINAONA.

Comisionado de la Regencia española al Nuevo Reino de Granada.—7 p.

XV.—MEMORIAS DE WILLIAM BENNET STEVENSON.

Sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.—5,50 pesetas.

- XVI.—MEMORIAS PÓSTUMAS DEL GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ.—8 pesetas.
- XVII.—MEMORIAS DE FRAY SERVANDO TERESA DE MIER.—8 pesetas.
- XVIII.—LA CREACIÓN DE BOLIVIA, por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.
- XIX.—LA DICTADURA DE O'HIGGINS, por M. L. Amunátegui y B. Vi-
cuña Mackenna.—7,50 pesetas.
- XX.—CUADROS DE LA HISTORIA MILITAR Y CIVIL DE VENEZUELA
(Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la ba-
talla de Carabobo), por Lino Duarte Level.—8 pesetas.
- XXI.—HISTORIA CRÍTICA DEL ASESINATO COMETIDO EN LA PERSONA DEL
GRAN MARISCAL DE AYACUCHO, por Antonio José de Irisarri.
—7,50 pesetas.
- XXII-XXIII.—VIDA DE DON FRANCISCO DE MIRANDA.
*General de los ejércitos de la primera República francesa, y
generalísimo de los de Venezuela*, por Ricardo Becerra. Dos
volúmenes á 8 pesetas cada uno.
- XXIV.—BIOGRAFÍA DEL GENERAL JOSÉ FÉLIX RIBAS, PRIMER TENIENTE
DE BOLÍVAR EN 1813 Y 1814 (ÉPOCA DE LA GUERRA Á MUERTE),
por Juan Vicente González.—5 pesetas.
- XXV.—EL LIBERTADOR BOLÍVAR Y EL DEÁN FUNES. REVISIÓN DE LA HIS-
TORIA ARGENTINA, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.
- XXVI-XXVII.—MEMORIAS DEL GENERAL MILLER. Dos volúmenes á 8,50
pesetas cada uno.
- XXVIII-XXIX-XXX.—VIDA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR, por Felipe
Larrazábal.—Edición modernizada, con prólogo y notas de
R. Blanco-Fombona.—8,50 pesetas tomo.
- XXXI-XXXII.—NOTICIAS SECRETAS DE AMÉRICA (Siglo XVIII), por Jorge
Juan y Antonio de Ulloa.—8,50 pesetas tomo.
- XXXIII.—HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO, por Mariano To-
rrente.—8,50 pesetas.
- XXXIV.—LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y LAS REPÚBLICAS HISPANO-
AMERICANAS DE 1810 Á 1830. (Páginas de Historia diplo-
mática), por Francisco José Urrutia.—8,50 pesetas.
- XXXV.—FORMACIÓN HISTÓRICA DE LA NACIONALIDAD BRASILEÑA, por
M. de Oliveira Lima.—Traducción y prólogo de Carlos Pe-
reyra.—6,50 pesetas.
- XXXVI-XXXVII.—CARTAS DE SUCRE AL LIBERTADOR, coleccionadas por
D. F. O'Leary.—8,50 pesetas tomo.
- XXXVIII.—VIDA Y MEMORIAS DE AGUSTÍN DE ITURBIDE, por Carlos Na-
varro y Rodrigo.—8 pesetas.
- XXXIX.—SU CORRESPONDENCIA (1823-1850), por San Martín.—3 ptas
- XL.—LA EMANCIPACIÓN DEL PERÚ. (1821-1830), por Daniel Florencio
O'Leary.

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

- I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea. Causas y pretextos*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana. Precio: 3,50 pesetas.
- II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores. Precio: 3,50 pesetas.!
- III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme*
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela y Colombia.) Precio: 4 pesetas.
- IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*
Antiguo Profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya. Precio: 4,50 pesetas.
- V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia). Precio: 3,50 pesetas.
- VI.—M. DE OLIVERA LIMA: *La evolución histórica de la América de la Academia brasilera.* rica latina.—Precio: 3,50 pesetas.
- VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.*—Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.
- VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana.)*
De la Academia de la Historia, de Venezuela. Precio: 3,50 pesetas.
- IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina. Precio: 3,50 pesetas.
- X.—PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de Sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores. Precio: 4 pesetas.
- XI-XII.—J. D. MONSALVE: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia. Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

- XIII.—FERNANDO ORTÍZ:** *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
 Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
 Precio: 4,50 pesetas.
- XIV.—JOSÉ NICOLÁS MATIENZO:** *El Gobierno representativo federal en la República Argentina.* - Precio: 5 pesetas.
 Proesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.
- XV.—EUGENIO MARÍA DE HOSTÓS:** *Moral Social.*
 Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
 Precio: 4 pesetas.
- XVI-XVII.—J. V. LASTARRIA:** *La América.*
 Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las Repúblicas del Plata y en Brasil, etc.
 Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.
- XVIII.—CECILIO ACOSTA:** *Estudios de Derecho internacional.*
 Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
 Precio: 3,50 pesetas.
- XIX.—WILLIAM R. SHEPHERD:** *La América Latina.*
 Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
 Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
 Precio: 3,50 pesetas.
- XX.—EMILIO RABASA:** *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
 Ex senador del Congreso Federal de México.
 Precio: 4,50 pesetas.
- XXI.—ALEJANDRO ALVAREZ:** *El derecho internacional del porvenir.*
 Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.
 Precio: 3,50 pesetas.
- XII.—JOSÉ INGENIEROS:** *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.)*
 Proesor en la Universidad Buenos Aires.
 Precio: 3,50 pesetas.
- XXIII.—CARLOS PEREYRA:** *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
 Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.
- XXIV.—DANIEL MENDOZA:** *El Llanero. (Estudio de sociología venezolana.)*
 Abogado venezolano.
- XXV.—AGUSTÍN CODAZZI:** *I. Las costas de Sur-América. II.—Los yacimientos de Yuruary. — III. Las grandes cuencas hidrográficas de Venezuela.—IV. Los volcanes.*
 Director de la Academia de Matemáticas de Caracas.
 Precio: 3,25 pesetas.
- XXVI.—JOSÉ GIL FORTOUL:** *Filosofía constitucional.*
 Profesor de Ciencias políticas.
 Precio: 4 pesetas.

